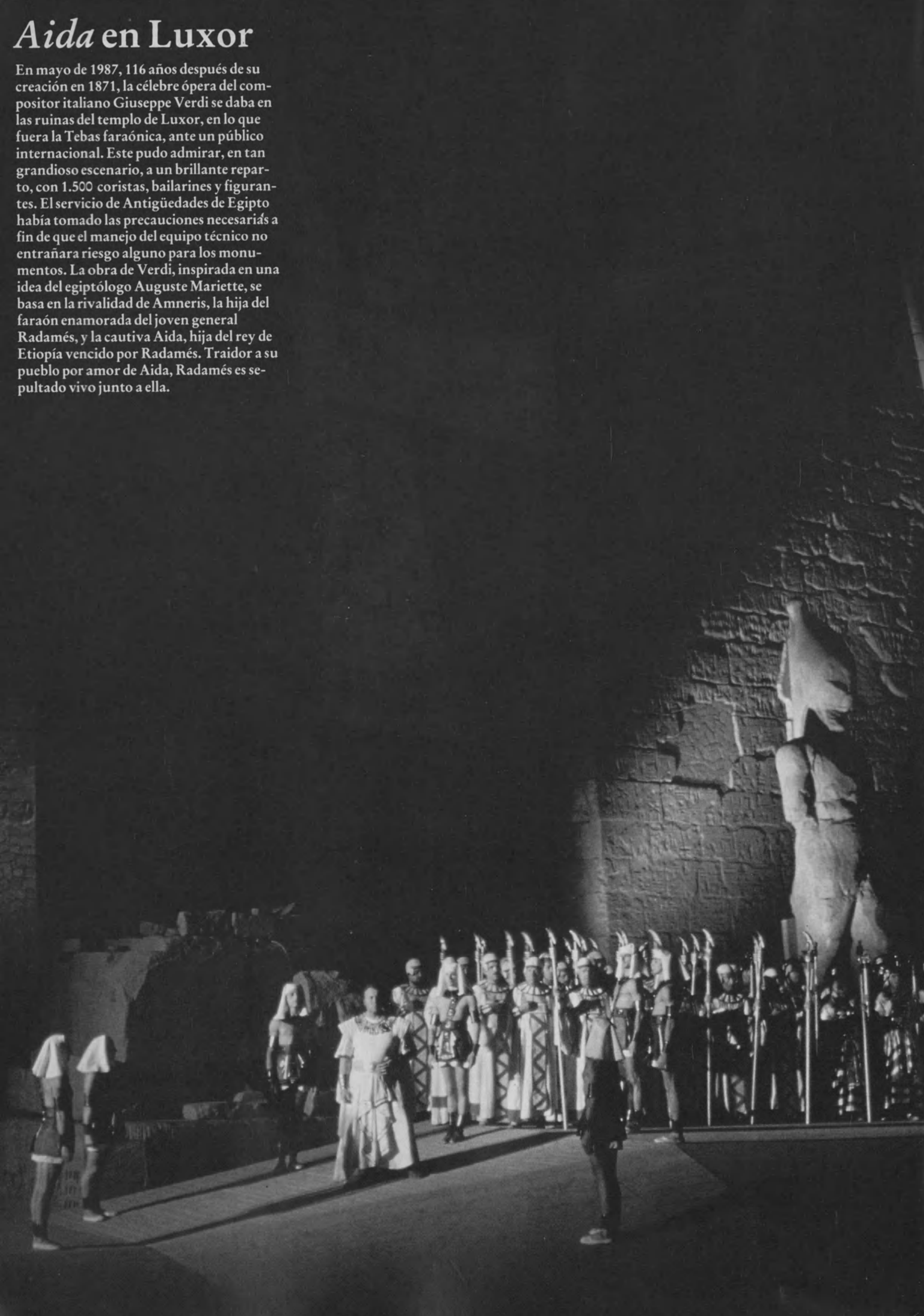
UNESCO El Correo
SEPTIEMBRE 1988 - 9 francos franceses (España: 240 pts. IVA incl.)

El Egipto de los Faraones



Aida en Luxor

En mayo de 1987, 116 años después de su creación en 1871, la célebre ópera del compositor italiano Giuseppe Verdi se daba en las ruinas del templo de Luxor, en lo que fuera la Tebas faraónica, ante un público internacional. Este pudo admirar, en tan grandioso escenario, a un brillante reparto, con 1.500 coristas, bailarines y figurantes. El servicio de Antigüedades de Egipto había tomado las precauciones necesarias a fin de que el manejo del equipo técnico no entrañara riesgo alguno para los monumentos. La obra de Verdi, inspirada en una idea del egiptólogo Auguste Mariette, se basa en la rivalidad de Amneris, la hija del faraón enamorada del joven general Radamés, y la cautiva Aida, hija del rey de Etiopía vencido por Radamés. Traidor a su pueblo por amor de Aida, Radamés es sepultado vivo junto a ella.



Septiembre 1988

Este número contiene, además de 40 páginas de textos y fotos, un encarte de 4 páginas situado entre las p. 2-3 y 38-39.

Nuestra portada: pintura de la tumba de Pachedú en Tebas (Dinastía XIX, 1307-1196 a.C.). El difunto bebe agua de un estanque, a la sombra de una palmera.
Foto © G. Dagli Orti, Paris

Portada posterior: cámara funeraria de Merenptah (1224-1214 a.C.), decimotercer hijo y sucesor de Ramsés II.
Foto B. Brake © Rapho, Paris

El Correo
Una ventana abierta al mundo
UNESCO
Año XLI

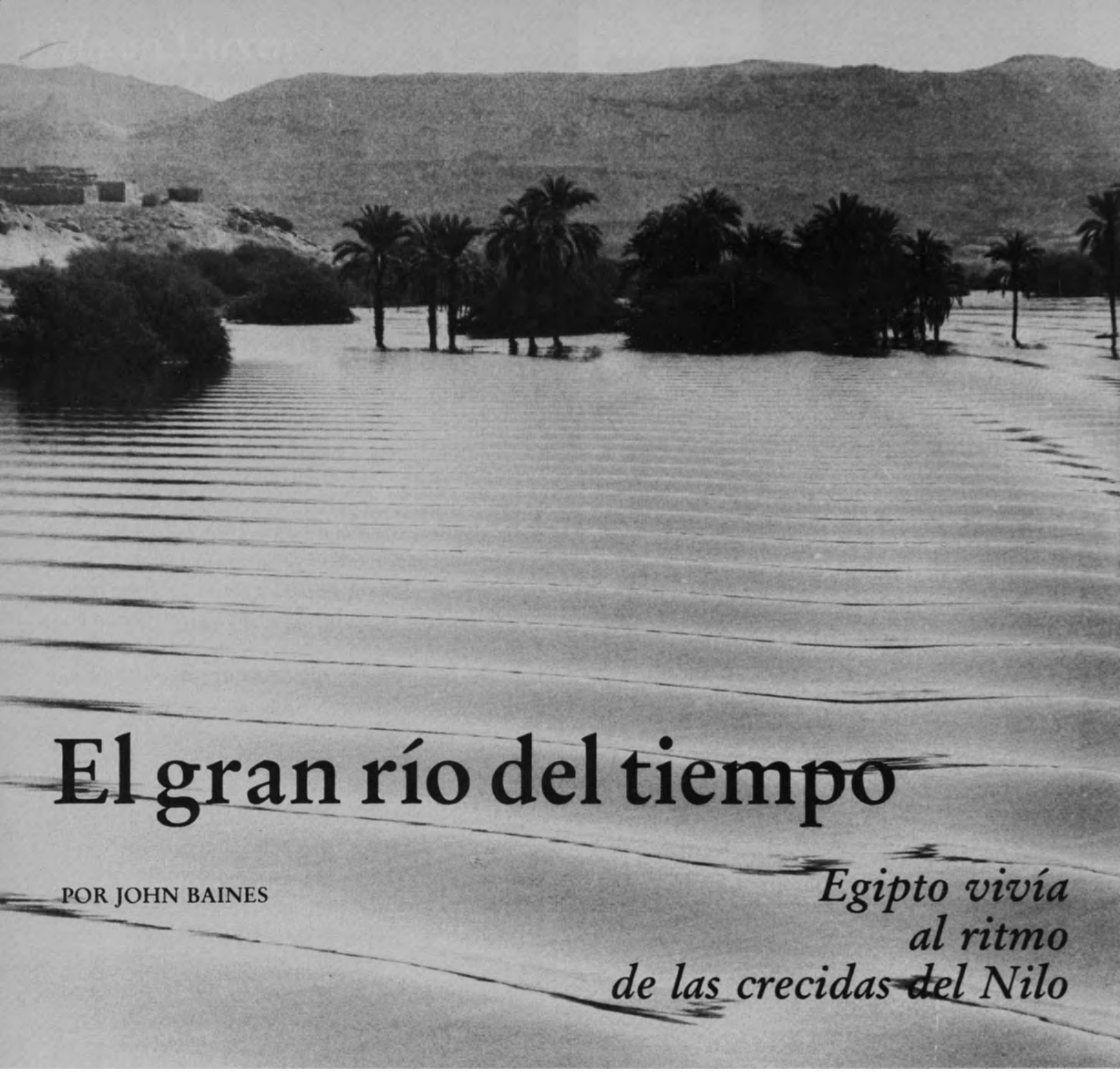
Revista mensual publicada en 35 idiomas:
Español Francés Inglés Ruso
Alemán Arabe Japonés Italiano
Hindi Tamul Hebreo Persa
Portugués Neerlandés Turco Urdu
Catalán Malayo Coreano Swahili
Croata-serbio Esloveno Macedonio
Serbio-croata Chino Búlgaro Griego
Cingalés Finés Sueco Vascuence Tai
Vietnamita Pashtu Hausa

Foto G. Giansanti © Sygma, Paris

este número

El antiguo Egipto, que desde siempre sedujo a sabios y a viajeros, sigue conservando hoy, doscientos años después del nacimiento de la arqueología egipcia moderna, todo su poder de fascinación. La egiptología es una ciencia que progresa constantemente a medida que los especialistas avanzan en su paciente tarea de reconstituir —a partir de vestigios que se han conservado perfectamente gracias a la sequedad del aire y la arena del desierto— una civilización que les entrega sus riquezas pero que aun guarda numerosos secretos. Y las muchedumbres que se agolpan para visitar las exposiciones internacionales de arte egipcio dan testimonio del atractivo cada vez mayor que ejerce la cultura del antiguo Egipto sobre el gran público. Por su parte, la grandeza de las pirámides, el esplendor de las tumbas y de los templos del valle del Nilo, el misterio de los jeroglíficos grabados en piedra o pintados en papiro han proporcionado una visión del Egipto faraónico que, aunque a veces se desvíe de la realidad histórica, nunca ha dejado de estimular, a lo largo de los siglos, la imaginación de artistas, arquitectos, escritores y músicos.

El redescubrimiento del antiguo Egipto en la época moderna y las grandiosas realizaciones de su arquitectura y de su ingeniería son algunos de los temas abordados en el presente número de *El Correo de la Unesco*. De todos modos, nuestro propósito esencial era mostrar, a través de algunos aspectos más íntimos de la vida de los antiguos egipcios que la egiptología actual ha puesto de relieve, la idea que tenían de sí mismos y del universo, su existencia y sus ocupaciones diarias al ritmo de las estaciones y de la crecida anual del Nilo, las extrañas y complejas divinidades omnipresentes en su panteón y su concepción del más allá. Todo ello nos da una visión de una sociedad en la que lo sagrado y lo sublime se fundían íntimamente en la trama de lo cotidiano, de una civilización que supo elaborar una síntesis única de lo pasajero y lo eterno. Tal vez sea en el arte donde mejor se exprese esa armonía; en efecto, gracias a la precisión en el detalle y la búsqueda de los matices más sutiles en la expresión y el movimiento, el arte del Egipto faraónico nos ofrece un vivo retrato de un pueblo, de un país y de una época en la que todos los aspectos de la vida terrena, desde las faenas del campo hasta el círculo familiar y los placeres más efímeros, se hallaban revestidos de un carácter sagrado y cósmico.



El gran río del tiempo

POR JOHN BAINES

Egipto vivía al ritmo de las crecidas del Nilo

SIN el Nilo, que fluye desde el norte de las mesetas etiopes y el Africa central hasta el Mediterráneo, Egipto, donde las precipitaciones son insignificantes, habría sido un país casi completamente desértico e inhóspito. En cambio, gracias al río fue el mayor y más próspero estado del Mediterráneo oriental desde el año 3000 a.C. hasta su conquista por los romanos en el 30 a.C. El país recobró su preeminencia en la Edad Media y hoy es la nación más importante y poblada del Cercano Oriente. Y a lo largo de ese vasto periodo de tiempo Egipto ha mantenido una auténtica continuidad ya que sus fronteras han cambiado poco.

En la Antigüedad la prosperidad del país se basaba en su riqueza agrícola, que es tanto como decir en el Nilo. De todos modos, la agricultura no constituyó la base primitiva para el sustento de los egipcios, sino que se fue creando desde la prehistoria a medida que el país cambiaba. Además de determinar su riqueza material, el Nilo y otros factores geográficos influyeron en los acontecimientos políticos y en el desarrollo de las ideas egipcias.

Durante el Pleistoceno, que concluyó hacia 10000 antes de nuestra era, Egipto formaba parte del Sahara oriental, que entonces habitaban grupos de cazadores-recolectores. La región era algo menos árida que ahora y la población podía mantenerse en zonas que, carentes de recursos, están deshabitadas en la actualidad. El Nilo, cuyo valle y delta estaban formados en gran parte por ciénagas, era excelente como fuente de abastecimiento de agua que atraía a los habitantes de la región y que era muy apreciada por sus plantas y sus peces. Hacia el 12000 a.C. los habitantes recogían también las hierbas silvestres, es de suponer que por sus granos, lo cual requería mayor trabajo que la obtención de otros alimentos de que se nutrían. Lo que parece dar a entender que estaba aumentando el consumo de alimentos.

En los milenios sucesivos el Sahara se fue desecando poco a poco y ya en 2000 a.C. era casi tan árido como en la actualidad. Del 10000 al 5000 a.C. las gentes de la Edad de Piedra se reunían allí donde había agua, explotando los recursos existentes cada vez con mayor intensidad, tanto en el desierto como junto al Nilo. El cultivo de la región era uniforme, al contrario del de otras sociedades campesinas más tardías. La transición hacia la agricultura sedentaria se produjo, bien en el desierto junto a las zonas acuáticas, bien en el valle y el delta del Nilo. El fenómeno se supone que debió de ocurrir hacia 7000-5000 a.C., mucho más tarde que en el Asia occidental. De todos modos, dado que en el valle del Nilo se han conservado pocos testimonios de actividades agrícolas, quizá la



Foto © Almasy, París

◀ La crecida del Nilo, que todos los años transformaba el valle del río en una fértil franja cultivable rodeada de tierras desérticas.

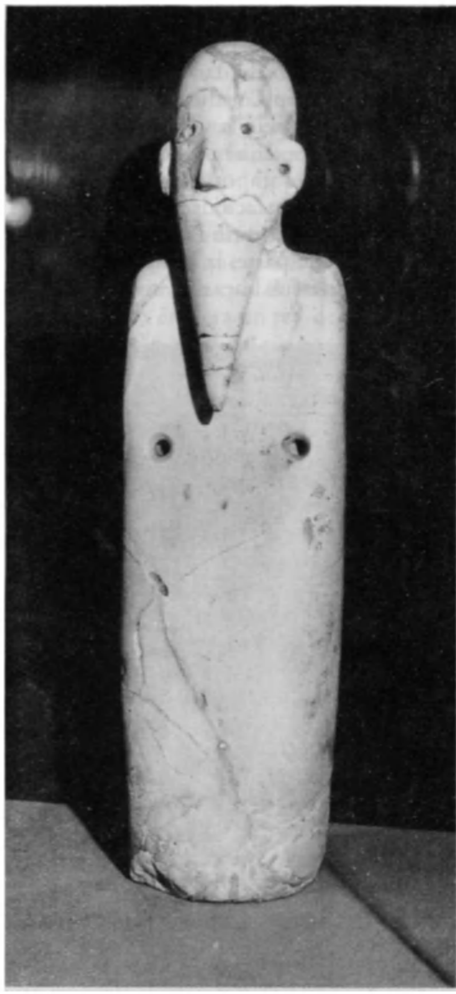


Foto © Bulloz, París. Museo Guimet de Historia Natural, Lyon

Esta estatuilla en brecha veteada de rosa, de 50 cm de altura, que representa a un hombre barbudo, fue esculpida en el valle del Nilo por un artesano del primer período de Nagada, cultura que floreció hacia la primera mitad del cuarto milenio antes de nuestra era. ▶

agricultura se estableció allí antes de lo que esos testimonios nos permiten suponer.

El valle y el delta del Nilo se abrieron progresivamente a la agricultura y la población aumentó. Hacia el 4000 a.C. había sólo dos culturas principales en Egipto: la más vieja, la cultura Merimda, en el delta, y la cultura Badarian, centrada en torno a Asiut en el Egipto superior. Antes de 3100 a.C. quedaba formado el estado egipcio unificado, que es el primer gran estado-nación de la historia.

Egipto continuó desarrollándose y la población aumentando hasta la época romana. Los factores esenciales de ese progreso fueron la unidad y la estabilidad política, así como la posibilidad de ensanchar constantemente las tierras de cultivo. En ese proceso de expansión interna la domesticación y aprovechamiento del Nilo constituyó un factor clave. Las plantas agrícolas podían plantarse o sembrarse tras la inundación anual que cubría el valle y el delta desde julio hasta septiembre; los cultivos necesitaban muy poca agua y maduraban de marzo a mayo. Ordenando la inundación de modo que cubriera del mejor modo posible la tierra y que pudiera regularse el periodo de crecida se obtenían mayores rendimientos, mientras que mediante el avenamiento y el limo del río que se depositaba lentamente se lograba aumentar la superficie cultivada. Las hortalizas plantadas en pequeñas parcelas había que regarlas todo el año con agua acarreada a mano en cubos o vasijas; hasta 1500 a.C. no se empezó a utilizar ningún artificio para elevar el agua. Algunas plantas como las palmeras datileras, cuyos frutos maduraban a fines del verano, tomaban el agua necesaria del subsuelo, sin necesidad de nada más.

Es difícil determinar cuando y en qué grado esta regulación de las crecidas del Nilo y el riego en pequeña escala se convirtieron en un auténtico sistema de riegos. Durante el Imperio Medio (h. 2040-1640 a.C.) se aplicaba plenamente el sistema de riego con albercas o estanques, con los que se regaban amplias zonas de llanura aluvial dividiéndolas en pequeñas unidades; pero quizá el mismo procedimiento era aun desconocido en el Imperio Antiguo (h. 2575-2134 a.C.), cuando se construyeron las grandes pirámides.

Los textos egipcios hablan poco de riegos y de abastecimiento de agua, por lo que resulta difícil determinar cuando se introdujeron las diferentes técnicas. Las únicas excepciones son las autobiografías de diversos dignatarios locales del agitado Primer Periodo Intermedio (h. 2920-2575 a.C.) que proclamaban su mérito por haber construido canales y abastecido de agua a sus gentes mientras otros no hacían nada. La única zona donde se realizaron grandes obras de riego antes del periodo grecorromano fue el Fayum, un oasis al oeste del Nilo y al sur de la punta del delta. Allí los soberanos del Imperio Medio pusieron en cultivo la tierra controlando la crecida del río mediante un canal lateral. Pero las obras terminaron perdiéndose.

La crecida anual del Nilo no presentaba peligros y el valle aluvial y el delta gozaban de una fertilidad excepcional. De ese modo la agricultura egipcia resultaba la más segura y productiva de la región, mientras la estabilidad social permitía almacenar los alimentos para las épocas de escasez. De todos modos, la situación sólo relativamente resultaba favorable. Las malas cosechas producidas por la escasez de la crecida, la disminución de la población a causa de las enfermedades y otros factores fortuitos limitaban la rapidez del crecimiento. Además, al contrario que en el Egipto moderno, sólo podía obtenerse una cosecha principal al año. Por otro lado, las grandes crecidas podían causar enormes destrozos.

Los principales productos agrícolas eran los cereales, el trigo utilizado para el pan y la cebada empleada para obtener cerveza. Ambos productos constituían la dieta esencial de los egipcios y podían almacenarse fácilmente. Otras plantas clave eran el lino, empleado para fabricar diversos productos desde cuerdas hasta las más bellas vestiduras y que también se exportaba, y el papiro, planta de zonas pantanosas que podía ser cultivable o silvestre. Las raíces del papiro podían comerse y los tallos se utilizaban para fabricar desde botes y mástiles hasta ese material para escribir tan típicamente egipcio que lleva el mismo nombre; también el papiro se exportaba. Se cultivaban asimismo gran variedad de frutas y hortalizas. La carne de los animales domésticos era relativamente poco importante en la dieta, pero los egipcios cazaban aves de las ciénagas y el Nilo producía gran cantidad de peces, que para muchas

personas eran la fuente principal de proteínas animales.

Además de posibilitar la agricultura, el Nilo era el principal medio de comunicación. En el idioma egipcio las palabras que designan los viajes se escriben con signos de naves. Los cargamentos importantes se transportaban por el río. Esta facilidad de las comunicaciones fluviales contribuía a la integración del país. Por su parte, la compleja geografía del delta y de sus bocas presentaba fuertes obstáculos a cualquier invasión. Viajar al desierto o a Asia era incomparablemente más difícil que hacerlo dentro de Egipto. También el río podía separar a la gente. Un hombre pobre se caracterizaba sobre todo por no poseer una barca, lo que le obligaba a recurrir a los más afortunados para poder atravesar el Nilo. Morirse era "llegar a la tierra" o "a la otra orilla", y el paso al otro mundo se concebía como una "travesía".

El carácter compacto y unificado del país, centrado en torno al Nilo, favorecía la unidad política, que representaba un gran potencial para aprovechar la fertilidad de la tierra y que al mismo tiempo imponía una serie de obligaciones a los gobernantes. Estos controlaban los recursos agrícolas mediante la propiedad de la tierra, los impuestos sobre sus productos, las medidas administrativas para lograr que se cultivara y el trabajo obligatorio. Como contrapartida, se encargaban del almacenamiento y de la ayuda en caso de malas cosechas, es decir que asumían muchas de las tareas que en las pequeñas sociedades se realizan gracias a la cooperación. La organización centralizada que se fue formando en el tercer milenio antes de Cristo creó una fuerza de trabajo disciplinada que se empleó para edificar grandes monumentos reales y tumbas para los personajes ilustres, en las fortificaciones y pirámides del Imperio Medio, en las campañas de expansión imperial, en los templos y tumbas privadas del Imperio Nuevo y en la construcción y otras actividades durante el periodo grecorromano.

Todo esto fue posible gracias a la organización y a la productividad de la agricultura de inundación, que dejaba temporalmente libres del trabajo de la tierra a muchas personas durante los meses poco activos del verano y que liberaba permanentemente a otras para dedicarse a ocupaciones especializadas o elitistas. Cuando el control de la organización social se derrumbó, principalmente durante los tres Periodos Intermedios, se construyeron pocos monumentos y la expansión política fue escasa, pero no por eso quedó destruida la base agrícola del poder y de la prosperidad. Tras la reunificación cobraban nueva vida los grandes proyectos monumentales y la cultura en general. De todos modos, no debe olvidarse que para mucha gente esta utilización de la mano de obra que hacía posible la productividad agrícola no suponía ninguna ventaja personal, sino que servía simplemente a los gobernantes y a la elite. Si

Fragmento de la cabeza en piedra caliza de una maza perteneciente al período predinástico tardío (h. 3300-3100 a.C.) que representa al rey "Escorpión", llamado así a causa del animal que aparece junto a su rostro. El rey está cavando los cimientos de un templo. ▶

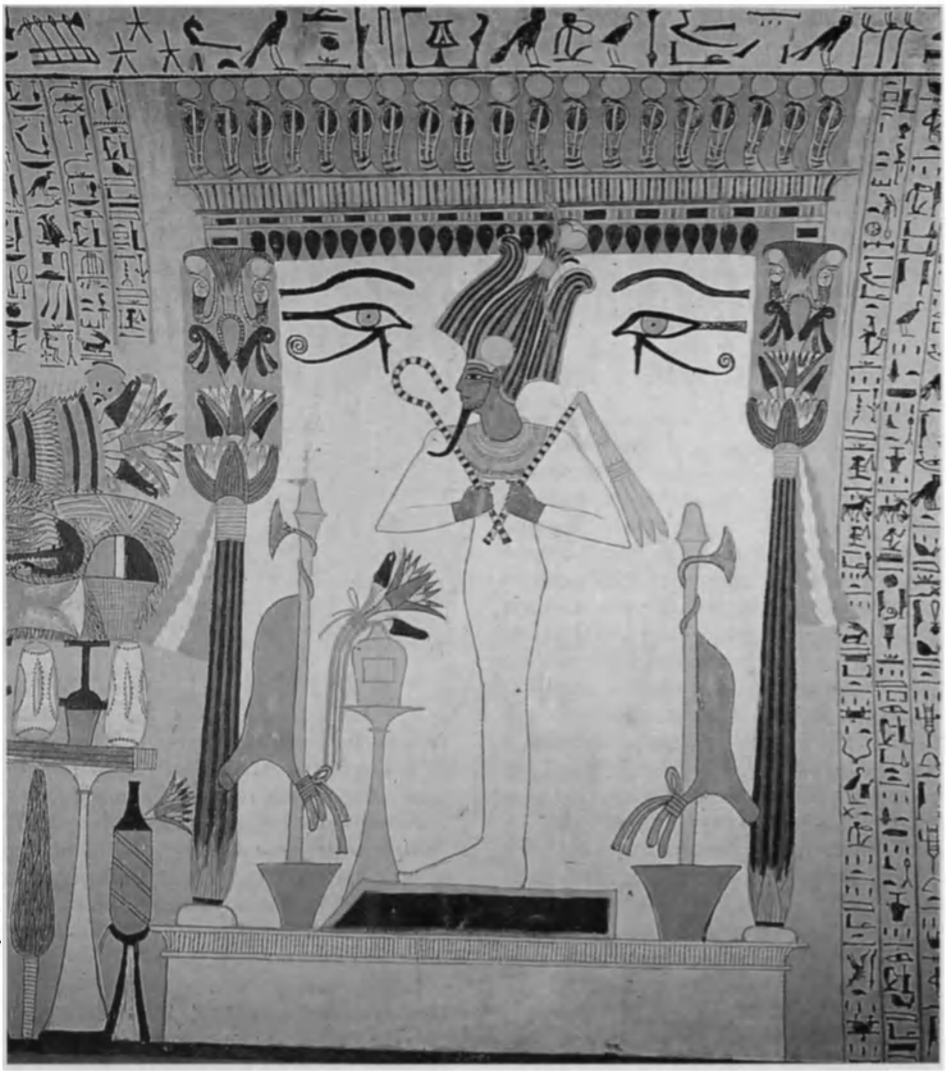


Foto Brian Brake © Rapho, París

◀ **Osiris, señor de los muertos, con el cetro y el flagelo, atributos de la realeza que originariamente eran instrumentos pastorales, representado en una pintura mural de la tumba de Senedjem, en Tebas, que data del reinado de Sethi I (h. 1306-1290 a.C.).**

Relieve del pequeño templo de Abú Simbel con la efigie de Jnum, el dios con cabeza de carnero, señor de la Primera Catarata y de las cavernas míticas donde los egipcios situaban la fuente de las crecidas del Nilo. Era venerado sobre todo en esta región del Egipto superior, particularmente en Elefantina. ▼



Foto © Centro de Documentación de El Cairo



Foto © Ashmolean Museum, Oxford

no hubiera sido por la inestabilidad política, la suerte de muchos egipcios habría sido tan buena o mejor que en los Periodos Intermedios, pero quizá las creencias sobre el soberano y el país influían en su manera de ver.

Por sorprendente que parezca, el Nilo, que tan fundamental era para la vida del país, tuvo escasa importancia en su religión. Los egipcios daban por supuesto que su país, su paisaje era el centro del mundo. No había un nombre especial para designar al Nilo, que era simplemente "el río"; la palabra "Nilo" quizá no sea de origen egipcio. Lo que aportaba el agua y la fertilidad no era el río sino la inundación de sus aguas, a la que se llamaba Hapy y que se convirtió en dios. Hapy era la imagen esencial de la abundancia, pero no era un dios de los principales. Tanto los reyes como los potentados locales se comparaban con Hapy tocante a su prosperidad y su solicitud para con sus súbditos. Un himno dedicado a Hapy habla del carácter generoso de la inundación pero no lo relaciona con el resto de los dioses, como se hacía en las alabanzas dirigidas a otras deidades. No se le pintaba como un dios sino como un personaje obeso que llevaba los productos de la abundancia a los dioses. Carecía de templo, pero anualmente, al comienzo de la inundación, se le adoraba dedicándosele sacrificios e himnos en Gabal al-Silsila, que era probablemente una frontera prehistórica, donde las colinas se yerguen cerca del río al norte de Asuán.

En otros varios puntos tenían vital importancia el Nilo y sus inundaciones para la cosmovisión egipcia. Al contrario que la mayoría de los pueblos, los egipcios se orientaban mirando hacia el sur, de donde venía el río, de modo que el oeste quedaba a la derecha —con el resultado de que era el "buen" lado para pasar al mundo de ultratumba. El año y el calendario estaban determinados por el Nilo y por las estrellas. El Año Nuevo caía en julio, cuando el nivel del río empezaba a elevarse presagiando la inundación, fenómeno que coincidía con la reaparición en el cielo de la estrella Sirio, el egipcio Sothis, tras sesenta días de invisibilidad. El río determinaba tres estaciones de cuatro meses: "Inundación", "Emergencia", entre noviembre y marzo, cuando la tierra emergía y podía ser cultivada, y "Calor" o "Cosecha", época en que se recolectaba la cosecha y las aguas alcanzaban su nivel más bajo.

El dios principal que más estrechamente se hallaba relacionado con el Nilo era Osiris. Según el mito éste era un rey de Egipto que fue muerto a la orilla del río por su hermano Seth, quien le echó a las aguas metido en un ataúd, con su cadáver cortado en trozos. Posteriormente, su hermana y esposa Isis consiguió reunir esos trozos y hacerle revivir para que engendrara un hijo póstumo, Horus. Sin embargo, Osiris no volvió a este mundo sino que se convirtió en soberano del submundo. Su muerte y su resurrección estaban asociadas a la fertilidad de la tierra. Durante la inundación se celebraba un festival en el que se plantaban imágenes de arcilla húmeda de Osiris junto con granos de cebada, cuya germinación garantizaba la revivíscencia de la tierra gracias a la crecida, de tal modo que Osiris, el río y la tierra se entremezclaban en un complejo sistema de ideas relativas a la fertilidad y la resurrección.

Otro dios importante relacionado con el río era Jnum, el "Señor de la Catarata", el dios carnero de Elefantina, en la frontera meridional. Jnum, dios creador, era el soberano del punto por donde la inundación penetraba en Egipto. De todos modos, esta relación tenía un carácter secundario y venía a complementar un antiguo culto local de la diosa Satis, en cuyo templo se celebraba la conjunción entre Sothis y la inundación. Esta alcanzaba más tarde otras zonas más populosas situadas más al norte, pero era en Elefantina donde se rendía culto a la conjunción.

Quizá comprendamos nosotros la importancia capital del Nilo más claramente que los antiguos egipcios, tan acostumbrados a él que para ellos la lluvia en otros países era una "inundación del cielo". Pero, para entender con justeza la posición que ocupaba el gran río en el mundo antiguo, hay que saber mirarlo con ojos antiguos y con las antiguas distinciones entre lo sagrado y lo profano, entre lo divino y lo humano. Los egipcios adoptaban una actitud práctica en relación con el río, cuya inundación podía resultar destructora pero que representaba también una fuerza moral benéfica en su vida. En cambio, la mayoría de los dioses eran seres más complejos cuya morada se situaba fuera del mundo normal. Hubo que esperar a los griegos y a los romanos para que hicieran del Nilo un dios semejante a los de los demás ríos del mundo. □

JOHN BAINES, británico, es profesor de egiptología en la Universidad de Oxford desde 1976. Es autor conjuntamente con Jaromir Málek de un Atlas del antiguo Egipto (1980), traducido a numerosos idiomas; también ha publicado, entre otras obras, *Fecundity Figures* (Símbolos de fecundidad, 1985), que incluye un estudio sobre Hapy, personificación de la inundación del Nilo, y artículos sobre la religión, la monarquía y otros temas egipcios. Ha dictado cursos sobre el antiguo Egipto en Africa, Europa y Estados Unidos.

Sabios y aventureros redescubrieron el antiguo Egipto en el siglo XIX

EL 27 de septiembre de 1822 Jean-François Champollion leía ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París la *Carta al Sr. Dacier a propósito del alfabeto de las escrituras fonéticas empleadas por los egipcios*, texto célebre que fue la clave de bóveda del redescubrimiento del antiguo Egipto.

La civilización faraónica ha despertado desde siempre el interés y el asombro del mundo por el carácter majestuoso de sus monumentos y por los aspectos curiosos de su religión. Ya en los relatos de Herodoto, Diodoro de Sicilia, Estrabón y Plutarco abundan los detalles sobremanera valiosos sobre la vida y las prácticas religiosas de los antiguos egipcios. Pero he aquí que, al imponerse en el siglo IV de nuestra era la religión cristiana en el Imperio Romano, Teodosio I cerró en el año 391 todos los templos paganos. Con ello, poco a poco fueron desapareciendo los sacerdotes egipcios, que eran los únicos que enseñaban la escritura jeroglífica, por lo que ésta terminó convirtiéndose en letra muerta. Ya en el siglo VI nadie sabía leer los textos grabados en los monumentos o conservados en los papiros egipcios.

Habrá que esperar hasta el siglo XVII y sobre todo el XVIII para que algunos viajeros curiosos recuerden la existencia del

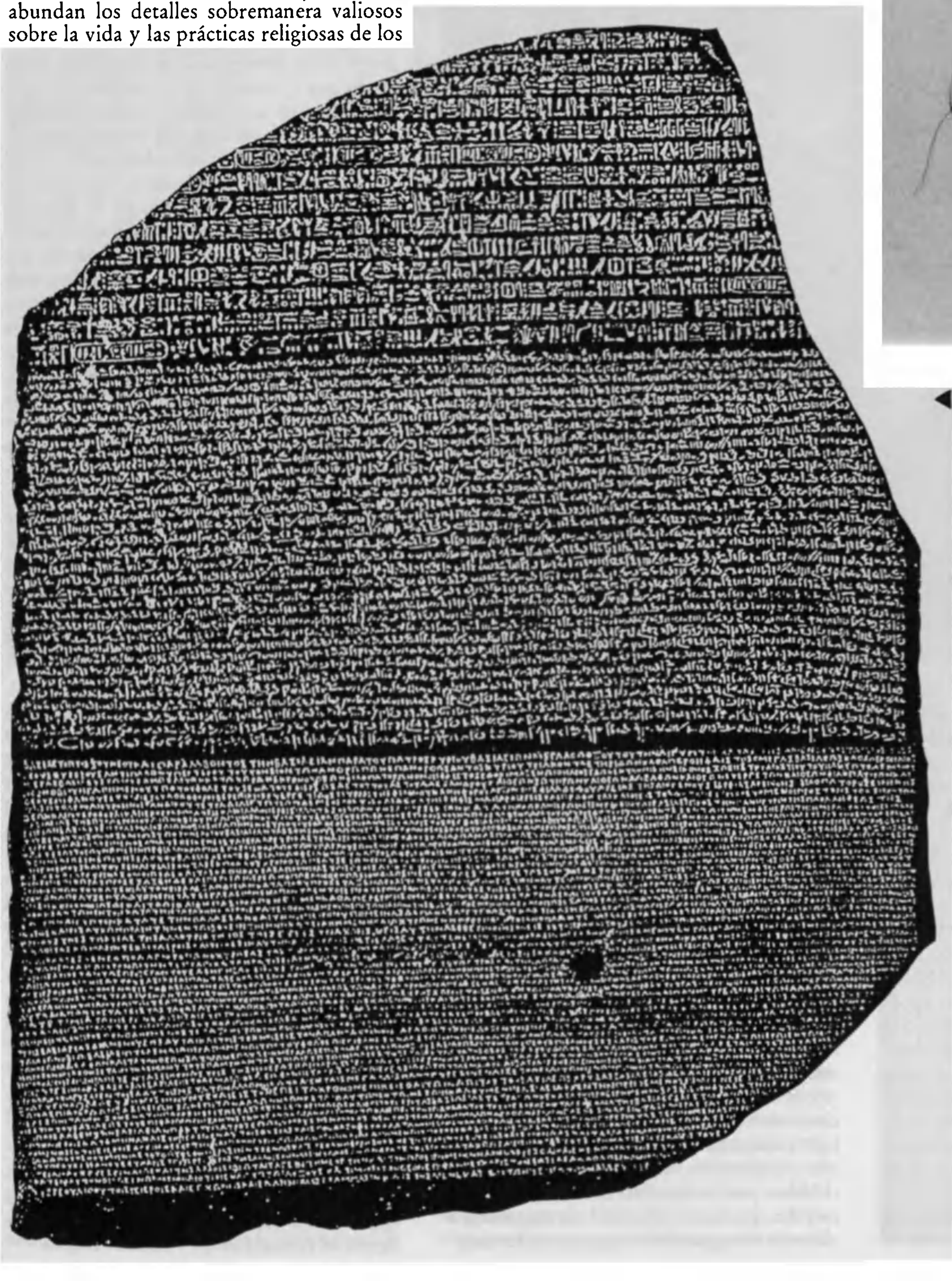


Foto © Artephot, París. Bridgeman, Londres. Museo Británico

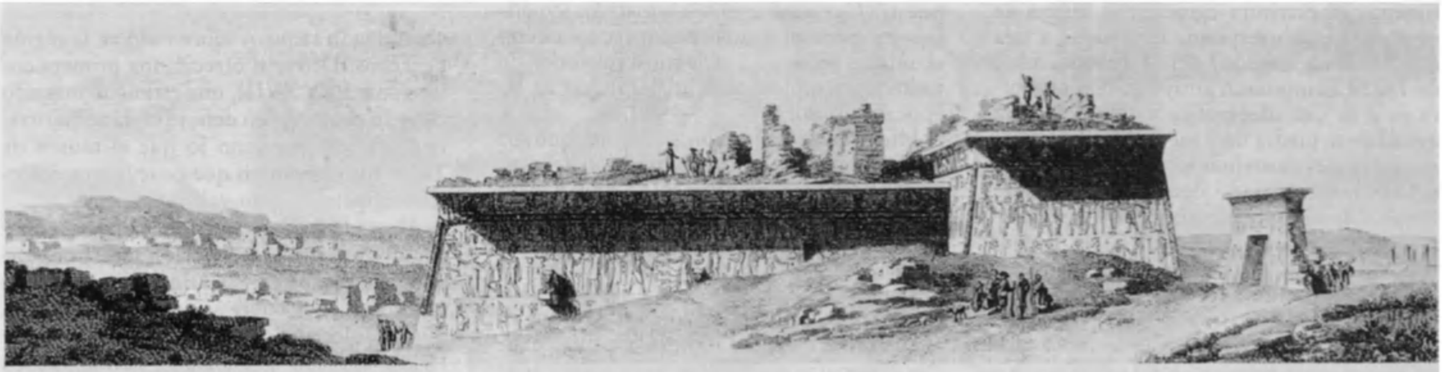


Foto © Jean-Loup Charmet, Museo Carnavalet, París

◀ Descubierta cerca de la desembocadura del Nilo por un oficial del ejército de Napoleón en 1799, la piedra de Rosetta (a la izquierda) iba a dar la clave de la escritura jeroglífica perdida durante siglos. La piedra, una estela de basalto negro, contenía inscripciones en jeroglíficos, en demótico (lengua popular egipcia de la época) y en griego correspondientes sin duda a tres versiones del mismo texto : un decreto (196 a.C.) redactado por sacerdotes egipcios para conmemorar la coronación de Tolomeo V Epífanes, rey de Egipto de 205 a 180 a.C. Entre los especialistas en lenguas orientales que se dedicaron a descifrarlo, el francés Jean-François Champollion (1790-1832) – arriba, en un retrato anónimo del siglo XIX – fue el primero que elaboró una lista completa de los jeroglíficos y de sus equivalentes griegos que iba a servir de base a todas las traducciones posteriores de textos egipcios.

POR JEAN VERCOUTTER

Los sabios que en gran número se sumaron a la expedición de Napoleón a Egipto en 1798-1799 estudiaron todos los aspectos de la civilización egipcia, tanto antigua como moderna, consignando sus observaciones en una monumental *Description de l'Egypte* (Descripción de Egipto, 1809-1830) que contribuyó a avivar el interés que por aquel entonces despertaba ese país en Europa. Abajo, dos ilustraciones tomadas de esa obra, del grabador Vivant Denon (1747-1825), que representan los templos de Dendera en el Egipto superior.
▼





Fotos © Jean-Loup Charmet, París. Bibliothèque des Arts Décoratifs

Egipto antiguo, de sus monumentos y su misteriosa escritura. Las obras de Benoit de Maillet y de Claude Sicard y el *Voyage en Egypte et en Syrie* (Viaje a Egipto y Siria) de Constantin François de Volney aportan datos valiosos sobre la geografía y sobre los grandes templos del país, mientras un personaje de vida agitada y sumamente interesante, Vivant Denon, da a conocer plásticamente Egipto a los europeos con sus dibujos.

Denon, que había sido gentilhombre de cámara de Luis XV y secretario de embajada en San Petersburgo y Nápoles con Luis XVI, recaba y obtiene de Bonaparte permiso para acompañarle en la Expedición a Egipto, y ello pese a su edad (tenía ya 50 años). De vuelta de Egipto, Napoleón le nombra Director de los Museos, y es justamente Denon quien va a crear el Museo Napoleón, el actual Louvre.

La obra de Vivant Denon, *Voyage dans la Basse et la Haute Egypte* (Viaje al Egipto inferior y superior), representa el comienzo del renacimiento del antiguo Egipto. El libro se publica en 1802 y obtiene un éxito fulminante en toda Europa: cuarenta ediciones sucesivas y traducciones al inglés y al alemán. Denon había acompañado al destacamento del general Desaix hasta el Egipto superior, donde, poniendo a veces en peligro su vida y hasta teniendo que utilizar su arma, se dedicó a dibujar todos los monumentos faraónicos que iba descubriendo. El encanto evocador de sus dibujos contribuyó poderosamente a la "egiptomanía" en que caen no sólo los estudiosos sino también el público en general. Así, se multiplican por doquier los muebles y baratijas imitados de los objetos del arte egipcio y, como inesperada consecuencia, se extienden los robos de antigüedades.

La publicación de la obra de Vivant Denon precede en muy poco la de los trabajos de unos 150 científicos y estudiosos que Bonaparte se llevó consigo a Egipto. Esos hombres se dedicaron a medir y dibujar todos los monumentos, dando cuerpo a la imponente *Description de l'Egypte* (Descripción de Egipto) en nueve volúmenes de textos y once grandes atlas de planchas que van apareciendo entre 1809 y 1822. Todavía en esa época era imposible tener un conocimiento real del Egipto de los faraones porque aun no podían leerse los jeroglíficos que cubrían los muros de los monumentos egipcios.

En agosto de 1799, durante los trabajos de explanación realizados cerca de Rosetta, al este de Alejandría, un oficial del ejército de Bonaparte reparaba en una piedra negra cubierta de inscripciones. Su jefe, el general Manou, ordenó que la transportaran a Alejandría, donde se la mostró a los hombres de ciencia y eruditos de la Expedición. La piedra contenía tres textos: uno, en la parte superior, escrito en caracteres jeroglíficos, el segundo en el medio, en caracteres que recordaban un poco el árabe, y el tercero, en la parte inferior, en caracteres griegos. Los estudiosos, algunos de los cuales conocían el griego, descifraron inmediatamente el último texto, un decreto de la época de Ptolomeo V (196 a.C.), y supusieron, con razón, que era la traducción de los dos primeros; cabía así la posibilidad de dar con la clave de la escritura jeroglífica. De los textos de la "piedra de Rosetta" se hicieron varios estampados y numerosas copias. Feliz iniciativa, ya que, al capitular las tropas francesas, los ingleses se apoderaron de la piedra como botín de guerra (hoy se halla justamente expuesta en el Museo Británico de Londres).

En Europa se tuvo en seguida noticia del descubrimiento de la famosa piedra, iniciándose inmediatamente una viva porfía entre los estudiosos para ver quién era el primero en descifrar la misteriosa escritura.

El más ardiente, a la par que el más joven, de aquellos eruditos rivales era Jean-François Champollion, que entonces tenía doce años. Nacido en Figeac en 1790, creció en medio de personas que sentían pasión por la civilización egipcia. Su hermano, Jacques-Joseph, que no había podido participar en la Expedición napoleónica, era secretario de Fourier, prefecto del departamento de Isère. De vuelta de Egipto, éste colabora en la redacción de la obra *Description d'Egypte* para la que escribe un largo prefacio histórico. Educado en contacto con ambos hombres, Jean-François se apasiona también por Egipto. Un día ve una copia de la piedra de Rosetta y jura ser el primero en leer los jeroglíficos. Con tal fin aprende (¡a los 13 años!) no sólo el griego y el latín sino también el hebreo, el árabe, el siríaco y el arameo. A los 17 años agrega a la lista el persa y, sobre todo, el copto, porque ya entonces está convencido de que éste no es nada más que el egipcio antiguo transcrito en caracteres griegos.

Tras sufrir varios contratiempos por haberse mezclado en política, Jean-François Champollion se instala en 1821 en París, junto a su hermano, ahora secretario de Bon

Joseph Dacier, helenista que ejerce el cargo de Secretario Perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Se dedica ahora enteramente a sus investigaciones, mientras sigue con angustia los progresos que van haciendo sus rivales: el inglés Thomas Young, el sueco Johan David Akerblad y el francés Sylvestre de Sacy, que se afanan también en descifrar la escritura egipcia.

Todos, incluido Champollion, tropiezan con la misma dificultad: ¿es ideográfica o fonética la escritura egipcia? O, dicho de otro modo, ¿corresponde cada signo a una idea o a un sonido? El 14 de septiembre de 1822 Champollion intuye que esa escritura es *a la vez* ideográfica y fonética. Con ayuda de la piedra de Rosetta y de copias de inscripciones existentes en otros monumentos que le han enviado algunos amigos desde Egipto, descifra los nombres de los soberanos y soberanas de Grecia y Roma: Alejandro, Cleopatra, Arsínoe, Augusto, Nerón... A partir de esos nombres descubre los signos alfabéticos básicos. De los nombres de los Tolomeos y los Césares pasa a los de los faraones egipcios, los Tuthmosis, los Ramsés...Constantemente incrementa el número de signos jeroglíficos que comprende y así llega a leerlos todos. Ahora ya puede enfrentarse con textos cada vez más largos. ¡Champollion domina al fin el idioma egipcio!

Pese a los celos que despierta, todos terminan por reconocer su descubrimiento. A Champollion le apoyan unos cuantos grandes personajes de la Corte, gracias a cuya intercesión es nombrado Conservador de las colecciones egipcias del Museo del Louvre.

En 1827 le encargan una misión de exploración en Egipto: ¡el sueño de su vida! Parte en 1828 y durante quince meses, acompañado por excelentes dibujantes como Nestor L'Hôte y por un equipo italiano que dirige su alumno y amigo Rosellini, recorre el valle del Nilo desde Alejandría hasta Asuán, visita Abú Simbel y viaja hasta la segunda catarata. Puede entonces escribir con orgullo a su protector Dacier: "Estoy en condiciones de anunciarle que no hay nada que modificar en nuestra *Carta sobre el alfabeto de los jeroglíficos*, nuestro alfabeto es bueno, se aplica con el mismo éxito (...) a las inscripciones de todos los templos, palacios y tumbas en las épocas faraónicas".

Mientras Champollion, lo mismo que sus rivales, trabajaba con ahínco en descifrar los jeroglíficos, la "egiptomanía" que habían puesto de moda Vivant Denon y la *Descripción de Egipto* tenía como primera consecuencia avivar la codicia de los coleccionistas y, en particular, de los grandes museos europeos. Todos estaban empeñados en tener su propia colección de antigüedades egipcias. Por otra parte, numerosos aventureros acudían a Egipto con la esperanza de hacer rápidamente fortuna.

El país se hallaba en principio sometido a la tutela del sultán de Costantinopla, pero en realidad el virrey, Mehmet Alí, gobernaba como soberano absoluto. Empeñado en modernizar Egipto, poco le interesaban a éste las antigüedades. De ahí que, aprovechando las facilidades de que gozaban por su condición de diplomáticos, los cónsules extranjeros obtuvieran de él autorización para efectuar excavaciones y llevarse los monumentos antiguos. Con tal fin contrataban entre los aventureros a agentes a los que encargaban realizar las excavaciones y llevarles las antigüedades descubiertas o compradas en su nombre. De ese modo se iban constituyendo importantes colecciones.

El célebre diplomático y coleccionista italiano Bernardino Drovetti, nombrado cónsul de Francia en 1810 (puesto en el que permanecería hasta 1827), aprovechó su posición para realizar fructuosas operaciones traficando con antigüedades. A veces él mismo dirigía las excavaciones y búsquedas mientras sus agentes se dedicaban a un desvergonzado saqueo, sobre todo en la región de Tebas. Drovetti ofreció una primera colección a Luis XVIII, que estimó demasiado elevado el precio; en definitiva, la adquirió el rey de Piamonte, con lo que el museo de Turín fue el primero que poseyó una colección egipcia de gran valor.

Alentado por el resultado, Drovetti constituyó una segunda colección que, por consejo de Champollion, Carlos X compró para el museo del Louvre y todavía reunió una tercera colección, adquirida ésta por el rey de Prusia en 1836 y que, aun siendo menos importante que las dos primeras, era también muy bella.

Nombrado cónsul de Inglaterra en 1816, el pintor Henry Salt siguió el ejemplo de Drovetti, consiguiendo reunir tres colecciones sucesivas. La primera la compró el Museo Británico, con excepción de la pieza más bella —el sarcófago de alabastro de Sethi I— que fue vendida a un particular por el mismo precio que el resto de la colección. La segunda, mucho más importante, la adquirió Carlos X de Francia en 1824. Gracias a las colecciones compradas a Salt y a Drovetti, el museo del Louvre pudo rivalizar con el de Turín. La tercera colección, vendida tras la muerte de Salt, fue comprada en gran parte por el Museo Británico.

Estas excepcionales colecciones no habrían podido constituirse sin la infatigable actividad de los agentes de los cónsules, en particular del francés Jean-Jacques Rifaud, agente de Drovetti, y, por cuenta de Salt, del griego Giovanni d'Athanasi y, sobre todo, del extraordinario Giambattista Belzoni. Este último, que había nacido en Padua, pensaba a los veinte años hacerse monje, pero después se marchó a Inglaterra donde trabajó de saltimbanqui, asombrando a las muchedumbres con su extraordinaria fuerza física. Posteriormente pasaría a Portugal, España y Malta para recalar en Egipto donde fabrica una máquina hidráulica para facilitar el riego. Su invento no tiene el menor éxito y Mehmet Alí se niega a adquirirlo. Sin un céntimo en el bolsillo, obtiene una recomendación para Salt, quien le toma a su servicio. Su habilidad y su prodigiosa fuerza nos las muestra él mismo en el relato que nos ha dejado de sus *Viajes a Egipto y Nubia*, durante los cuales se dedicó a acumular antigüedades para Salt.

El descubrimiento de Champollion y las publicaciones que le siguieron sirvieron para formar a los primeros egiptólogos, algunos de los cuales iban a adquirir gran notoriedad.

El alemán Karl Lepsius, que había ido a París para asistir a los cursos del "Collège de France", aprendió a leer los jeroglíficos en las obras póstumas de Champollion. De 1842 a 1845 dirigió una gran expedición a Egipto organizada por el rey de Prusia. Nombrado profesor de la Universidad de Berlín, fundó la egiptología alemana con su obra principal

El nombre del egiptólogo francés Auguste Mariette (1821-1881) ha quedado asociado al descubrimiento en Sakkara del Serapeum de Menfis, necrópolis subterránea de los toros Apis que eran la encarnación del dios Ptah. En 1851 Mariette exhumó 64 momias de toros Apis de las cámaras subterráneas. En este grabado de 1858 puede verse una de las puertas de entrada recientemente excavadas del Serapeum. ▶

El busto en granito de Ramsés II (h. 1290-1224 a.C.) es todo lo que queda de una estatua colosal del faraón que se erguía en su vasto templo funerario, el Rameseum, en la ribera occidental del Nilo en Tebas. Esta acuarela, que representa a un grupo de hombres arrastrando la escultura hacia el río, fue realizada en 1816 por Giambattista Belzoni, buscador italiano de antigüedades que se había encargado de su expedición al Museo Británico en Londres. ▼

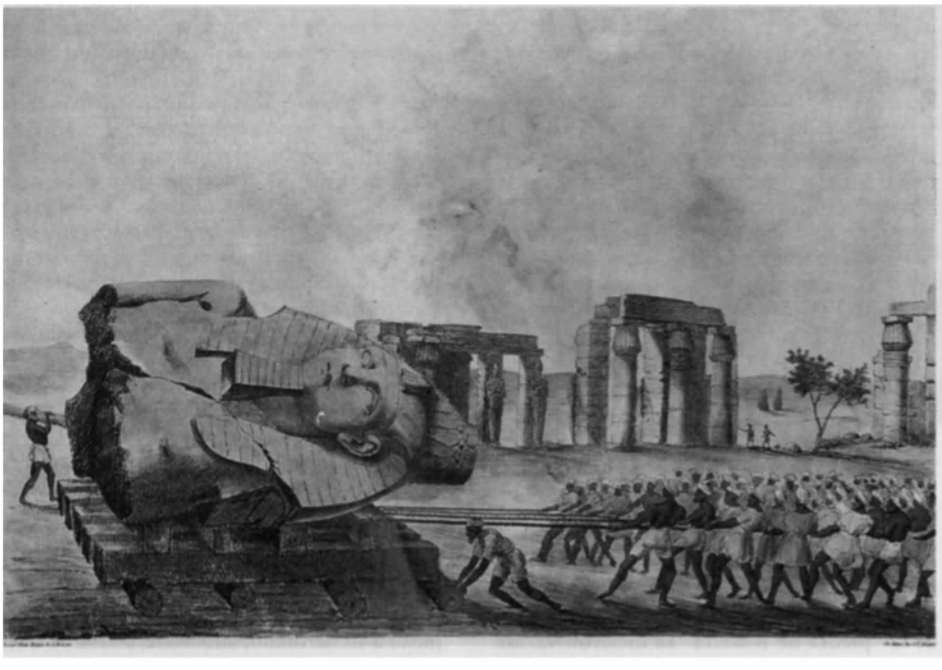


Foto © British Museum Publications, Londres

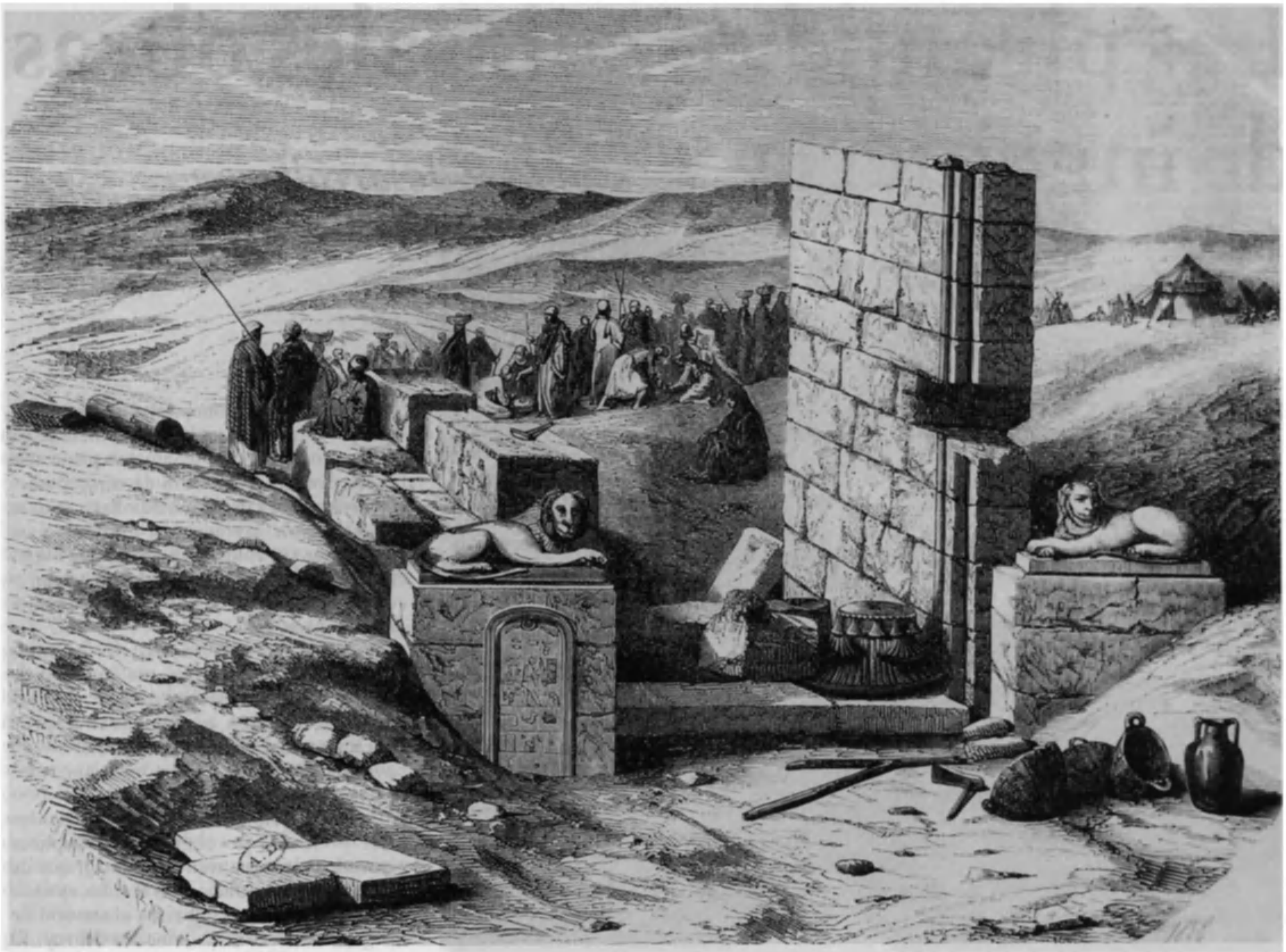


Foto © Jean-Loup Charmet, Paris. Bibliothèque des Arts Décoratifs.

Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien (Monumentos de Egipto y de Etiopía) en la que describe todos los monumentos del valle del Nilo, desde la cuarta catarata hasta el Mediterráneo.

John Wilkinson renuncia a su carrera militar para instalarse en Egipto, donde durante diez años se dedica a las excavaciones arqueológicas. Se le puede considerar como el padre de la egiptología inglesa. Es el primero que describe en *Manners and customs of ancient Egiptians* (Hábitos y costumbres de los antiguos egipcios) la vida cotidiana de los artesanos y de los campesinos de la época faraónica tal como aparece en las pinturas de las tumbas.

Tras realizar estudios de ingeniero y de arquitecto, el francés Emile Prisse d'Avennes tuvo una juventud llena de aventuras : combate en Morea (Grecia) contra los turcos, llega a ser secretario del Gobernador General de la India y acaba por instalarse en Egipto y por dedicarse a la arqueología. Prisse ofreció al Louvre la "cámara del rey" o "sala de los antepasados" sustraída del templo de Karnak justo antes de la llegada de Lepsius que iba a tomar posesión de ella. Además, regaló a Francia el llamado "papiro Prisse", largo y valioso documento del año 2.000 a.C., que se considera el libro más antiguo del mundo.

Por último, Auguste Mariette iba a asegurar el futuro de la naciente arqueología egipcia poniendo término al tráfico gracias al cual, desde comienzos del siglo XIX, gran cantidad de antigüedades, monumentos y papiros podían salir de Egipto con autorización oficial pero también como resultado de excavaciones clandestinas.

Contemplando los dibujos de Nestor L'Hôte, Mariette, que era profesor del colegio de Boulogne-sur-Mer (Francia), sintió una atracción irresistible por Egipto. Utiliza entonces la *Gramática* de Champollion para iniciarse solo en la lectura de los jeroglíficos y, tras obtener un modesto empleo en el Louvre, es enviado en misión en 1850 para comprar manuscritos coptos en Egipto. Mientras espera que le den la autorización necesaria para tales compras, visita Sakkara. Al ver varias esfinges semienterradas en la arena, se le viene a las mientes un texto de Estrabón que alude a una avenida bordeada de esfinges que lleva a las tumbas de los toros Apis. Renuncia entonces a los manuscritos coptos y sigue la avenida que acaba de descubrir; llega así al Serapeum, donde va a sacar a la luz los enormes sarcófagos de los toros sagrados y todo lo que los rodeaba.

El descubrimiento, que tuvo un inmenso eco, granjeó a Mariette una reputación internacional. Pero además, en esos meses de febriles excavaciones, el nuevo egiptólogo se entusiasma por el trabajo concreto, en el terreno, y se deja invadir por la embriaguez de los descubrimientos. Ahora su nuevo oficio le es tan imprescindible como el aire. Gracias a la intervención de Ferdinand de Lesseps, Said Pachá, virrey de Egipto, encarga a Mariette la misión de proteger las antigüedades egipcias y en 1858 le nombra Director de los trabajos de antigüedades en Egipto poniendo a su disposición todos los medios para que pueda cumplir su tarea. Mariette emprende excavaciones en Gizeh, Sakkara, Abidos, Tebas y Elefantina e instala todos sus hallazgos en El Cairo.

En su afán por proteger todos los objetos y monumentos del Egipto antiguo, Mariette tropezará con las mayores dificultades para poner en aplicación las medidas necesarias. Pero es gracias a él como van a echarse los cimientos de lo que será el Servicio de Antigüedades de Egipto y el museo de El Cairo. Cuando en 1881 le llega la hora de morir, Gastón Maspero, su sucesor, podrá continuar su obra. Queda así trazado el camino. Un camino que conduce a toda una serie de grandes descubrimientos que serán esenciales para el mejor conocimiento del Egipto faraónico: el escondite de las momias reales de Deir-el-Bahari, la tumba de Tutankhamón, las tumbas reales de Tanis... □

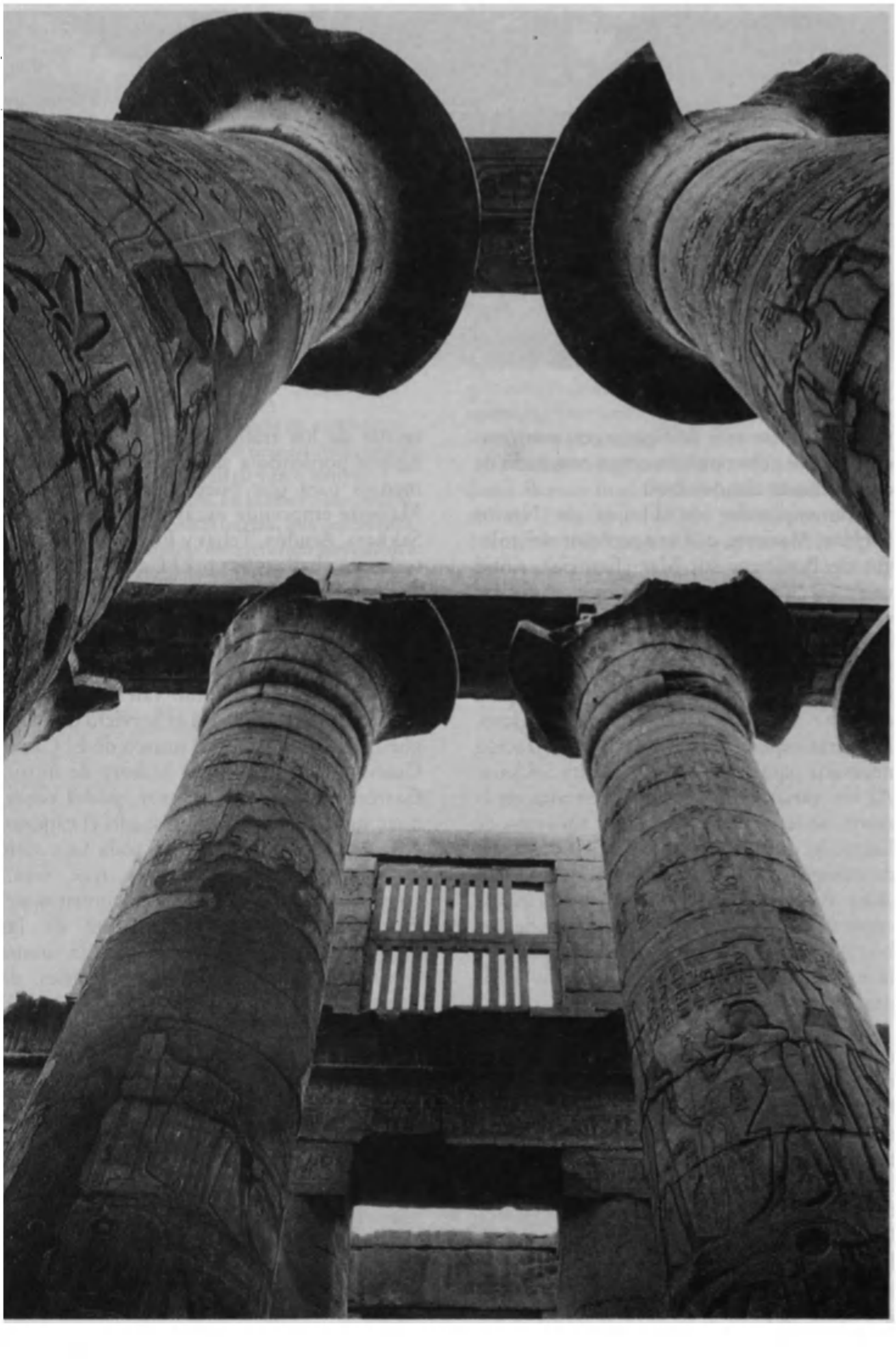
JEAN VERCOUTTER, francés, es miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del Instituto de Francia y ha dirigido el Servicio de Antigüedades del Sudán y el Instituto Francés de Arqueología Oriental de El Cairo. Ha enseñado también egiptología en la Universidad de Lille en Francia. Es autor de numerosas obras sobre el antiguo Egipto, entre las que cabe mencionar *Textes biographiques du Sérapium de Memphis* (Textos biográficos del Serapeum de Menfis, 1962) y *A la recherche de l'Egypte oubliée* (En busca del Egipto olvidado, 1986).

Las pirámides, colosales obras de ingeniería

Cómo se desarrollaron ciencias y técnicas junto al Nilo

POR RAINER STADELMANN

La gran sala hipóstila del templo de Amón en Karnak erigida por Sethi I y concluida por su hijo Ramsés II (h. 1290-1224 a.C.). Sus monumentales columnas con capiteles papiriformes provistos de enormes arquitrabes a una altura de hasta 24 metros dan fe de un perfecto dominio de las técnicas de construcción. ▼



QUIEN haya contemplado, aunque sólo sea una vez, la ingente mole de las pirámides, ha tenido que plantearse necesariamente la cuestión de cómo pudieron construirse tamañas maravillas, cómo se las arreglaron los antiguos egipcios para transportar tan colosales piedras, qué conocimientos técnicos y matemáticos tenían y cuáles eran los instrumentos y las máquinas de que se servían.

Preguntas de este jaez nos las hacemos también ante los obeliscos de Luxor y de Karnak y, con particular acuidad, ante los colosos de Memnón, monolitos extraídos de las canteras del noroeste de El Cairo y en cuyo transporte hasta Tebas hubo que recorrer nada menos que 700 km.

Para el egipcio de tiempos faraónicos técnicas y ciencias no constituían disciplinas especiales, sino que eran parte integrante de la formación y la función del escriba, es decir del funcionario que trabajaba al servicio de los gobernadores de provincia o del rey. El escriba inicia su educación con el difícil aprendizaje de la lectura y de la escritura, recurriendo para ello a textos de contenido literario pero también a obras de carácter matemático y técnico de las que han llegado hasta nosotros varios ejemplares escritos en papiro, menos numerosos desde luego que los de textos literarios.

Por lo demás, desde época inmemorial había una serie de oficios ordinarios cuyos miembros se organizaban con toda probabilidad en gremios de carácter familiar. De que ya en la época arcaica existían artesanos especializados nos dan fe la producción de piezas de alfarería muy perfeccionadas, de un instrumental lítico de gran finura y de recipientes de piedra de formas variadas y la existencia de una metalurgia. En tiempos prehistóricos descubrieron seguramente los habitantes de la región las minas de oro del desierto oriental o los yacimientos de cobre del Sinaí y exploraron varios filones de piedras preciosas de los valles desérticos del sudeste. Y en época histórica descubrieron y explotaron canteras de piedras duras raras, a menudo muy lejos del valle del Nilo. Durante el Imperio Antiguo la talla de la piedra se perfecciona en la escultura, con bajorrelieves y altorrelieves, siendo su resultado más relevante las primeras estatuas colosales, como la Gran Esfinge de Gizeh o las efigies reales de la Dinastía V (h. 2465-2323 a.C.).

Las condiciones naturales del suelo egipcio, sometido en las riberas del Nilo a las crecidas anuales del río que exigen cada año la redistribución de las tierras cultivables, favorecieron el desarrollo de la agrimensura

y, por ende, del cálculo matemático. La altura anual de la crecida se calculaba y se registraba con ayuda de nilómetros —instalados en Elefantina al sur y cerca de Menfis en el norte—; en efecto, de la altura alcanzada por las aguas dependía la recaudación de impuestos por las rentas de los distintos tipos de parcelas y, sobre todo, de las plantaciones situadas en los terrenos más altos. Observando la crecida más o menos regular del Nilo y poniéndola en relación con algunos fenómenos astronómicos, los antiguos egipcios establecieron un calendario anual de acuerdo con el ritmo natural de las estaciones, lo que supuso un progreso importante respecto del antiguo calendario lunar. Asimismo, con los conocimientos obtenidos gracias a la organización agraria y a la observación del cielo y de los astros pusieron los cimientos teóricos de las futuras construcciones monumentales del Imperio Antiguo.

El río constituía también la arteria principal de comunicación del país. Los egipcios remontaban y descendían el Nilo en naves y barcas. En el mismo delta se utilizaban como vías de comunicación las ramificaciones fluviales, unidas entre sí por canales. Otra red de canales servía de enlace entre las instalaciones construidas junto al río. Incluso de un templo a otro se transportaban por vía fluvial las mercancías. El transporte de cargas más livianas, como los sacos de grano dentro de una parcela o desde una parcela hasta el canal o el río, se efectuaba a lomo de burro. En cambio, los vehículos de ruedas, cuyo uso se extendió bajo el Imperio Nuevo, eran exclusivamente carros de guerra o de caza. Ciertamente podían utilizarse para que se pasearan los miembros de las clases altas, pero nunca constituían propiamente medios de transporte. Los altos dignatarios del Imperio Antiguo empleaban sillas de manos para los trayectos cortos, pero para los largos recurrían al Nilo.

Al sur de la pirámide de Keops se ha exhumado una barca real de unos 44 metros. Provista de cinco pares de remos normales y de otros dos de gran tamaño que hacían de timón, la nave presenta señales de desgaste, prueba evidente de que navegó mucho. Probablemente sólo servía para enlazar la residencia real con las ciudades vecinas del delta, ya que los barcos que recorrían el Nilo solían llevar mástiles desmontables. Río arriba, aprovechaban el viento del norte, mientras que río abajo se plegaba la arboladura, bastando con el impulso de los remos. Tenemos datos que dan fe de que los egipcios navegaban por alta mar hasta las ciudades del litoral fenicio ya bajo la Dinastía I (h. 3000 a.C.).

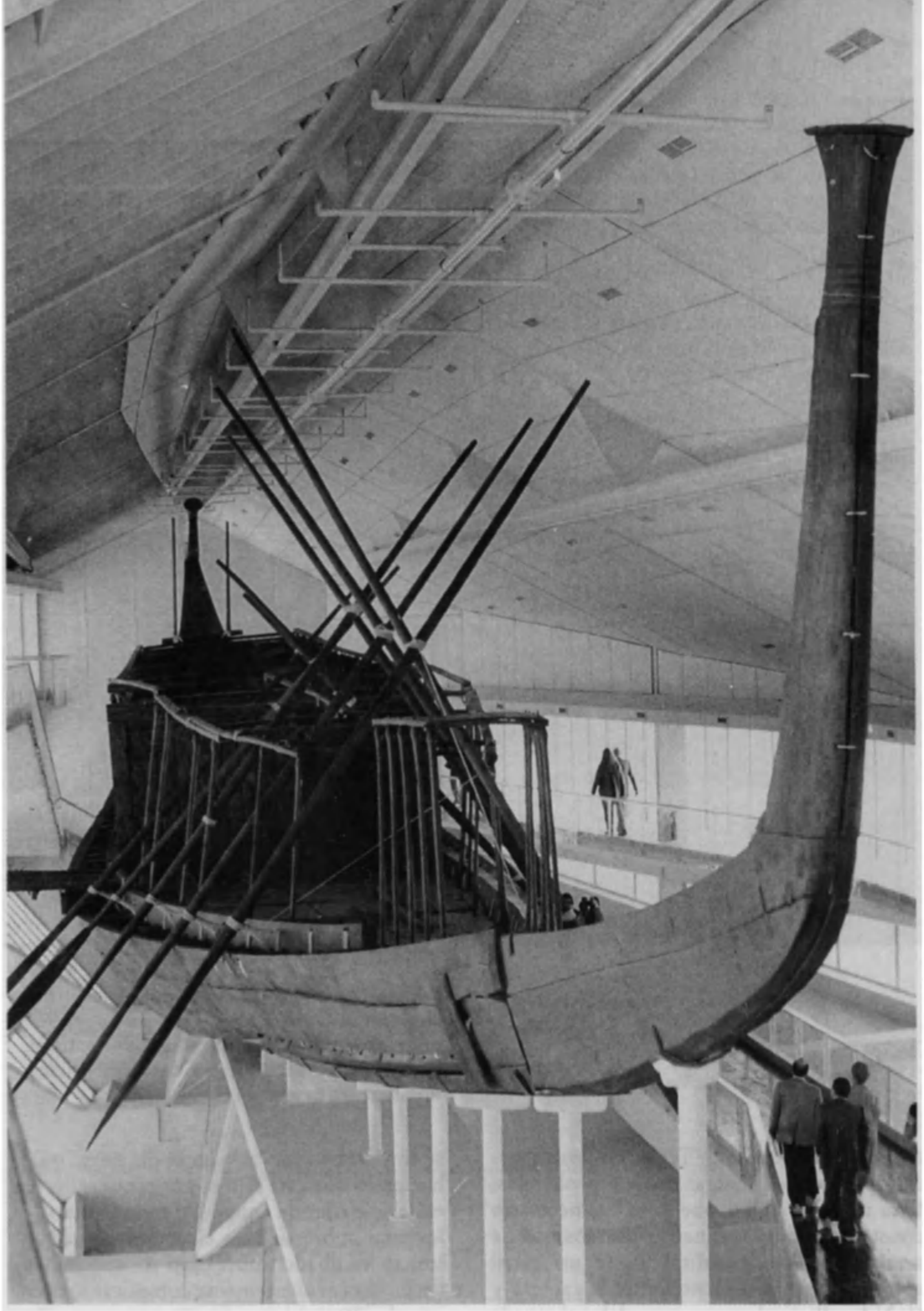


Foto Unesco/A Jalil

▲ Una de las barcas encontradas en el conjunto funerario de Keops (h. 2551-2528 a.C.) y que debían servir para la travesía del faraón por el más allá. Descubierta en 1954 cerca de la cara sur de la pirámide, mide más de 40 metros de largo. Sus elementos de madera de cedro estaban marcados y pudieron ensamblarse como un mecano.

De tiempos de la Dinastía V nos han llegado imágenes que representan naves de un solo mástil transportando productos de las comarcas sirias. Para llevar cargas muy pesadas se empleaban chalanas. En el muro sur de la vía de acceso al templo funerario de Unas (último rey de la Dinastía V, h. 2356-2323 a.C.) se representa el transporte en chalanas de columnas palmiformes estibadas sobre trineos. Y el de los obeliscos de Hatchepsut (Dinastía XVIII, h. 1473-1458 a.C.) figura en el pórtico sur del templo de la reina de Deir-el-Bahari; ambos obeliscos, alineados y apuntando uno hacia la popa y el otro hacia la proa, aparecen en la imagen sostenidos por cuerdas. Una flota entera de 27 barcos hala la chalana, que va acompañada por un barco piloto.

Para transportar el coloso instalado en la parte norte del templo de Memnón, que pesa 800 toneladas, Amenofis, hijo de Hapu, el genial arquitecto del templo de Luxor y del templo funerario de Amenofis III en Tebas, construyó hacia 1550 a.C. una nave especial a la que dio el nombre de "barco de ocho", lo que al parecer significa que sus dimensiones eran ocho veces mayores que las de una chalana normal. Aun así, la tarea de cargar el

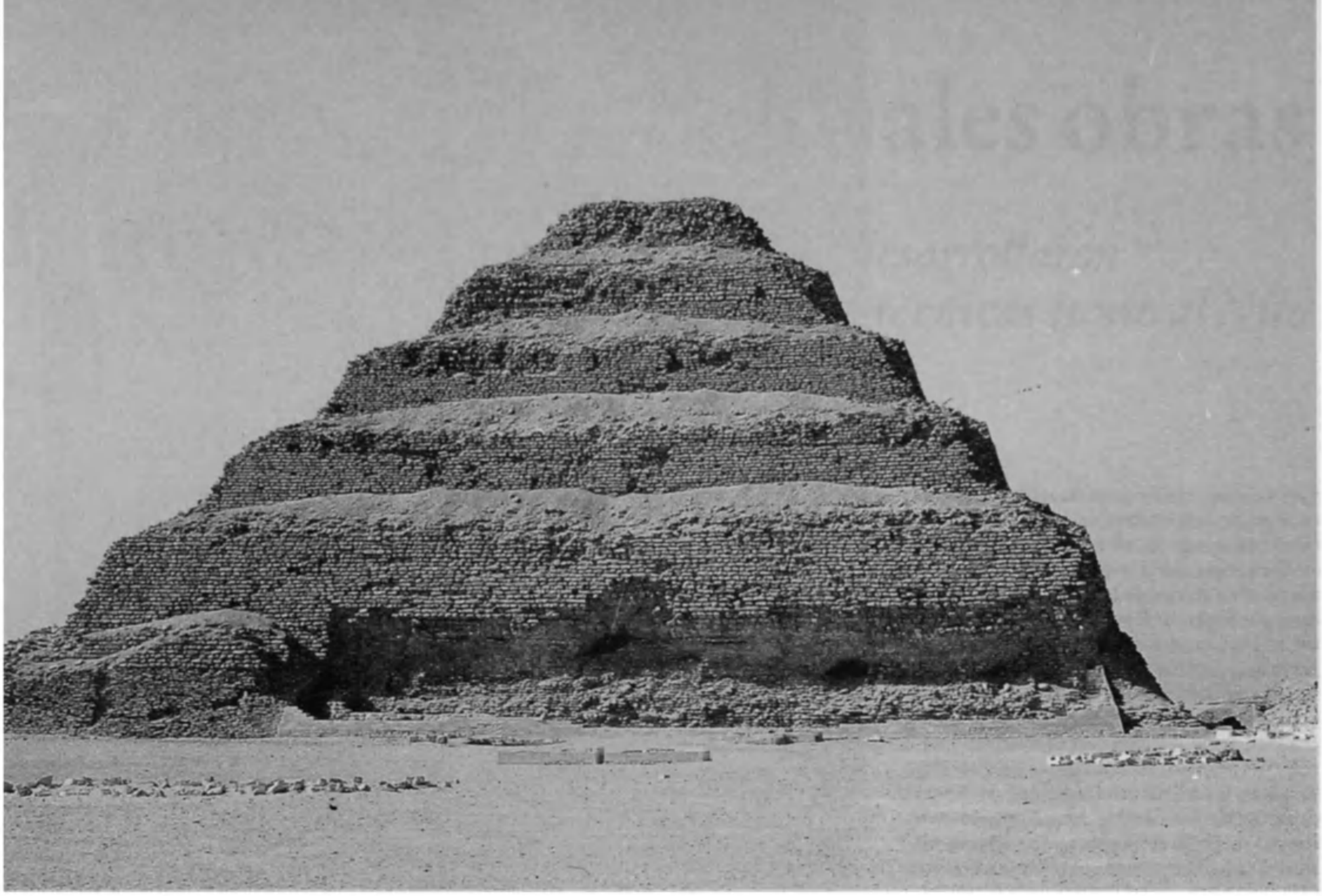


Foto © Muñoz de Pablos, París

▲ La "residencia de eternidad" del rey Djoser (h. 2630-2611 a.C.) en Sakkara. Se estima que esta pirámide de seis escalones y 60 metros de altura, hecha con materia calcárea blanca, es el primer monumento de piedra de la historia.

megalito y, una vez en Tebas, de desembarcarlo debió de plantear arduos problemas. Para transportar los obeliscos era necesario construir planos inclinados por los que se arrastraban los megalitos hasta un canal construido especialmente entre la cantera y el Nilo. Para el transporte del coloso de Memnón se concibió seguramente un procedimiento similar: lastrada con piedras o con ladrillos, la chalana hundida espera en el fondo del canal; el obelisco o el coloso, amarrado horizontalmente a un trineo, es izado a la barcaza a la que se deslastra quitándole las piedras o los ladrillos, con lo que puede emerger a la superficie y es halada por remolcadores.

En los trayectos cortos se podía arrastrar un cargamento de unas 60 toneladas por una piedra allanada, como podemos ver en la famosa imagen del transporte en trineos de una estatua colosal del nomarca* Yehutihotep a su tumba de El-Bersheh. El coloso de alabastro, que según las inscripciones medía 5,5 metros, pesaba al parecer cerca de 60 toneladas; sujeto con cuerdas a un enorme trineo, lo arrastran 172 hombres colocados en cuatro filas. Un obrero que lleva un cántaro en la mano, subido a los pies del coloso, vierte agua delante del trineo para que se deslice mejor por la piedra arcillosa.

En cuanto a los obeliscos, una vez estibados con la ayuda de fuertes cuerdas, probablemente se los hacía deslizarse por una rampa de adobes y arena hasta un pozo repleto de esta última materia. Mientras el obelisco, medio inclinado, colgaba aun de las cuerdas, se empezaba a vaciar la arena del pozo, quizá haciendo que ésta saliera por ranuras hechas en las paredes de aquel. De todos modos, al levantar sobre su base el obelisco hasta entonces tumbado sobre uno de sus flancos (maniobra evidentemente complicada) se corría el peligro de estropear sus aristas y, sobre todo, de que su enorme mole rebotara en la peana y quedara descentrado, de modo que las aristas de su base no coincidieran con las de la peana. En el pedestal del obelisco de Tuthmosis III en Karnak puede observarse un accidente de este tipo, aunque insignificante y apenas visible.

Pero es en la técnica de la construcción monumental donde los egipcios llevaron a cabo su más extraordinaria hazaña. Ya bajo la Dinastía II (h. 2890 a.C.) los arquitectos faraónicos conocían la bóveda, que utilizaban en las superestructuras de las tumbas y seguramente también en las viviendas, que no se han conservado. Además, bajo esa misma dinastía se extiende el empleo de la piedra de sillería en los monumentos funerarios de ladrillo y se comienzan a utilizar las piedras duras. La gran innovación se produce bajo el rey Djoser a comienzos de la Dinastía III (h. 2700 a. C.) en Sakkara, con la construcción del primer monumento en piedra de sillería, la pirámide escalonada, en cuya erección se tardó treinta años. Al analizar las distintas fases de su construcción, comprobamos que los arquitectos egipcios aprendieron en el lapso de una generación a dominar el nuevo material.

Parece que en la primera fase de la construcción de la *mastaba*** inicial escalonada se empleó la piedra exactamente igual que si se tratara del ladrillo habitual; en efecto, los bloques de piedra, concebidos como ladrillos de dimensiones mayores, están dispuestos por capas horizontales y unidos entre sí con mortero de arcilla basto. En cambio, la segunda fase, que es la transformación de la mastaba escalonada en la pirámide escalonada, presenta una técnica diferente; en ella la masa del material empleado es con mucho la más importante (cada bloque de piedra de sillería pesa ahora media tonelada). La mampostería está dispuesta en capas inclinadas con un ángulo de 18 grados hacia el centro del edificio, de modo que su faz exterior presenta ya el resultado de 72 escalones que en su fase última va a ofrecer la pirámide agrandada.

El empleo de bloques de grandes dimensiones y la disposición de las hiladas en lecho inclinado constituyen a todas luces una genial innovación que permitía ahorrar mucho trabajo a los canteros y ganar tiempo, ya que así se evitaba tener que tallar en bisel la cara exterior de los bloques de paramento y, al mismo tiempo, se obtenía más fácilmente el ángulo de inclinación deseado. Esta técnica sólo se abandonará, en la dinastía siguiente, cuando se haya dado forma a la pirámide definitiva cuyo máximo ángulo de inclina-

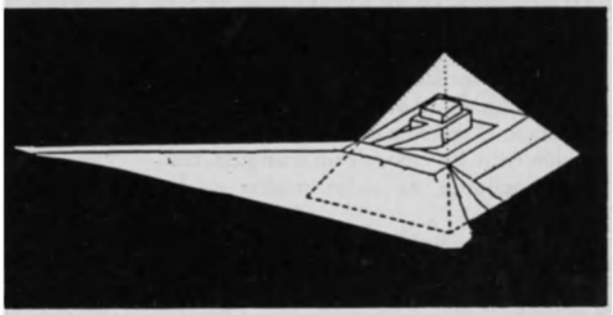
* Nomarca: gobernador de una provincia o nomo. *(NDLR)*

** Mastaba: tumba en forma de pirámide truncada. *(NDLR)*

1

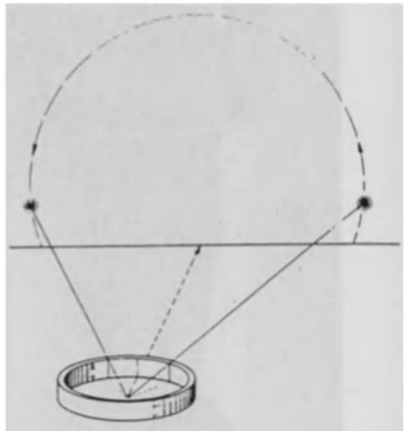


2

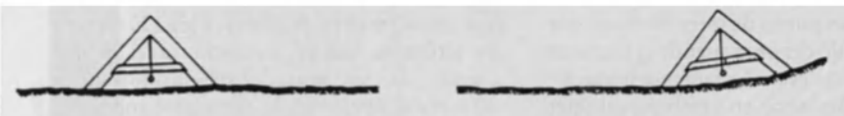


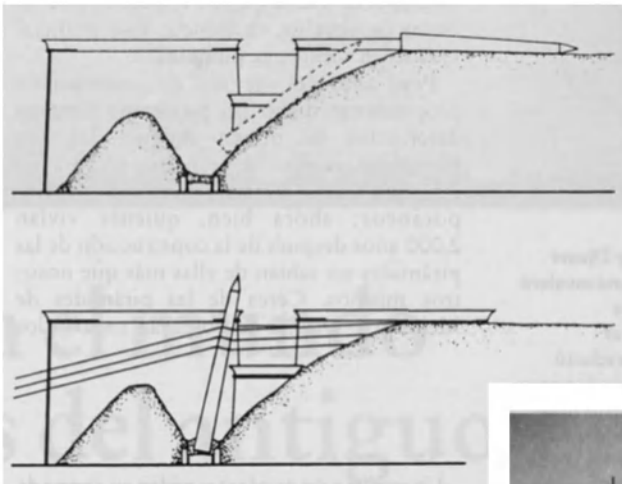
"Hoy se ha abandonado la hipótesis de que para el transporte y la colocación de los bloques en lo alto de la pirámide se utilizaba una sola rampa perpendicular a una de las caras de ésta... Tampoco cabe imaginar, desde un punto de vista técnico, una rampa envolvente... Más probable es que al principio se utilizaran una serie de pequeñas rampas que trepaban en torno a la pirámide (fig. 1) y por las que se podía arrastrar bloques hasta una altura de 25 a 30 metros... y seguidamente una rampa lateral más importante (fig. 2) cuyo borde se apoyaba en una de las caras de la pirámide..."

Instrumento que permitía determinar el norte sobre la bisectriz del ángulo formado marcando la posición de una estrella polar al ponerse y al salir.



Nivel empleado para nivelar el lecho de la pirámide de Keops.





Cómo se erigía un obelisco durante el Imperio Nuevo. Se le hacía deslizar por una rampa de adobes y de arena hasta un pozo repleto de esta última materia. Mientras el obelisco, medio inclinado, colgaba aun de unas cuerdas, se empezaba a vaciar la arena del pozo y a enderezar el obelisco sobre su base hasta que quedaba colocado en la peana.

Dibujos © Rainer Stadelmann

ción (45 a 54 grados) favorece el lecho horizontal y exige tallar en bisel la cara exterior de los bloques de paramento.

La construcción de una pirámide planteaba al estado problemas de organización y dificultades técnicas. La planificación de la labor de un gran número de trabajadores, la prospección de las canteras apropiadas y su explotación, el transporte regular de los bloques de piedra hasta la obra y su almacenamiento y la formación de los talladores de piedra, los albañiles, los transportistas, los arquitectos y los capataces son un conjunto de realizaciones que dan testimonio de la admirable organización de la administración egipcia.

Entre la pirámide escalonada de Djoser (h. 2700 a.C.) y esa maravilla del mundo que es la gran pirámide de Gizeh (h. 2550 a.C.) se produce una mejora considerable de las capacidades técnicas de los egipcios y un perfeccionamiento de los conocimientos geométricos, cada vez más exactos. Los monumentos funerarios siguen teniendo una orientación extraordinariamente precisa. En la pirámide escalonada esa orientación presenta aun una desviación media de 3 grados. En la de Keops ya es sólo de 3 minutos y 6 segundos.

Para obtener una orientación perfecta en un solar previamente nivelado se recurría a la observación de las estrellas polares desde un punto situado en el ángulo norte de la futura pirámide. Los instrumentos utilizados son el *merjet*, barra horizontal provista de una plomada, y el *bay*, varilla de madera con un



Foto © Hans Patzelt, Foto Schaja, Munich

Según las estimaciones hechas, este obelisco inconcluso encontrado en una cantera de los alrededores de Asuán debía de medir 42 metros y pesar cerca de 1.200 toneladas.



Foto © Bulloz, París

▲ Imhotep, ministro-arquitecto del rey Djoser que concibió la tumba de éste como una escalera monumental hacia el cielo construida totalmente en piedra y que debía durar eternamente. Pensador y moralista, redactó también Imhotep la primera antología de textos sapienciales, iniciando uno de los géneros más ricos de la literatura egipcia. Divinizado unos dos mil años más tarde, fue honrado en la época tardía del Egipto faraónico (713-332 a.C) como una deidad protectora, en particular de los escribas. Los griegos lo identificaban con Asclepio a causa de sus habilidades médicas.

punto de mira en el extremo superior. En un arco de círculo se señala la posición de la salida y la puesta de una estrella del norte. Para determinar el "verdadero norte" los egipcios dividían en dos el ángulo formado por la posición de una estrella al salir, la del observador y la de la misma estrella al ponerse. Una vez determinado este norte, con un cordel que unía distintos puntos fijos en la dirección norte-sur se obtenía uno de los lados de la pirámide. Por medio de reglas se establecía la longitud adecuada. El ángulo derecho se precisaba merced a una serie de arcos de círculo. Aunque aun no se había formulado el teorema de Pitágoras sobre la relación entre los lados de un triángulo, debía de aplicarse de todos modos en la práctica.

Todavía hoy suscita admiración la precisión de los ángulos rectos en la pirámide de Keops, que presentan una desviación media de 2 minutos 48 segundos; y lo mismo puede decirse de la nivelación de las cuatro esquinas, que presentan una desviación mínima de 2,1 cm. La nivelación sólo podía obtenerse mediante un nivel en forma de gran escuadra de madera provista de una plomada y formada por secciones iguales que se cortaban en ángulo recto; entre ambas hay una varilla transversal colocada horizontalmente y provista de un punto de mira mediano por el que pasa el hilo del peso cuando el plano en que descansa éste es perfectamente horizontal. Hay que descartar en cambio cualquier otro procedimiento, como el que consiste en llenar de agua un estanque o lago artificial creado en torno a la pirámide.

Pero sobre el método de construcción propiamente dicho no poseemos ninguna descripción de origen antiguo. Lo que Herodoto escribe al respecto se basa en informaciones obtenidas entre sus contemporáneos; ahora bien, quienes vivían 2.000 años después de la construcción de las pirámides no sabían de ellas más que nosotros mismos. Cerca de las pirámides de Meidum y Dashur se observan todavía los restos de rampas que sirvieron para transportar el material de piedra. Hoy se ha abandonado la hipótesis de que para el transporte y la colocación de los bloques en lo alto de la pirámide se utilizaba una sola rampa perpendicular a una de las caras de ésta. En lo que atañe a la pirámide de Keops, tal rampa habría tenido que medir 3,3 km, representando un volumen 3,5 veces superior al del monumento mismo. Tampoco cabe imaginar desde el punto de vista técnico una rampa envolvente ya que habría ocultado al mismo tiempo las cuatro caras de la pirámide y sus cuatro aristas, haciendo imposible controlar los ángulos y la inclinación de las caras.

Más probable es que al principio se utilizaran una serie de pequeñas rampas que trepaban en torno a la pirámide y por las que se podía arrastrar los bloques hasta una altura de 25 o 30 metros; al llegar a ese punto, el cincuenta por ciento de la masa se hallaba ya instalada. Seguidamente, se construía una rampa lateral más importante cuyo borde se apoyaba en una de las caras de la pirámide —lo que permitía ahorrar la mitad del volumen de una rampa libre y al mismo tiempo le prestaba mayor estabilidad— y por la cual se transportaban las piedras hasta una altura ligeramente inferior a la cúspide de la pirámide. Tomando como ejemplo la de Keops con sus 146,60 metros de altura, a los 100 metros de altura se habría instalado ya el 96 por ciento de su masa. Los últimos 20 a 30 metros debieron de rematarse mediante un sistema de construcción en gradas.

Respecto del *piramidion* o piedra de la cuspide, sólo pudo colocarse por medio de un andamiaje adecuado, lo que nos permite suponer que los egipcios conocían la polea, aunque no haya llegado hasta nosotros ninguna representación de ella. En todo caso, tenemos pruebas de la utilización de palancas más sencillas y de trineos. En las imágenes que conocemos de las obras de riego puede verse el *shaduf*, instrumento que permite la elevación por suspensión. Y es muy posible que tal procedimiento se aplicara también a los trabajos de construcción.

Es curioso observar que las mayores conquistas en el terreno de la ciencia, de la técnica y del arte no sólo de la civilización egipcia sino en general de la historia de la humanidad, desde el descubrimiento de la escritura hasta los progresos de la medicina, tuvieron lugar manifiestamente en la primera mitad del tercer milenio antes de nuestra era. En los siglos siguientes los hombres no harán más que profundizar los conocimientos y perfeccionar las técnicas adquiridos en esa época. Y para que se produzcan otras innovaciones capaces de ensanchar el campo de visión del mundo científico y técnico habrá que esperar a los grandes pensadores griegos de los siglos VII y VI antes de Cristo. ☐

Un escriba y sus ayudantes miden un campo de trigo para cobrar el impuesto. Tumba de Menna, funcionario del catastro durante el Imperio Nuevo (Dinastía XVIII). ▼

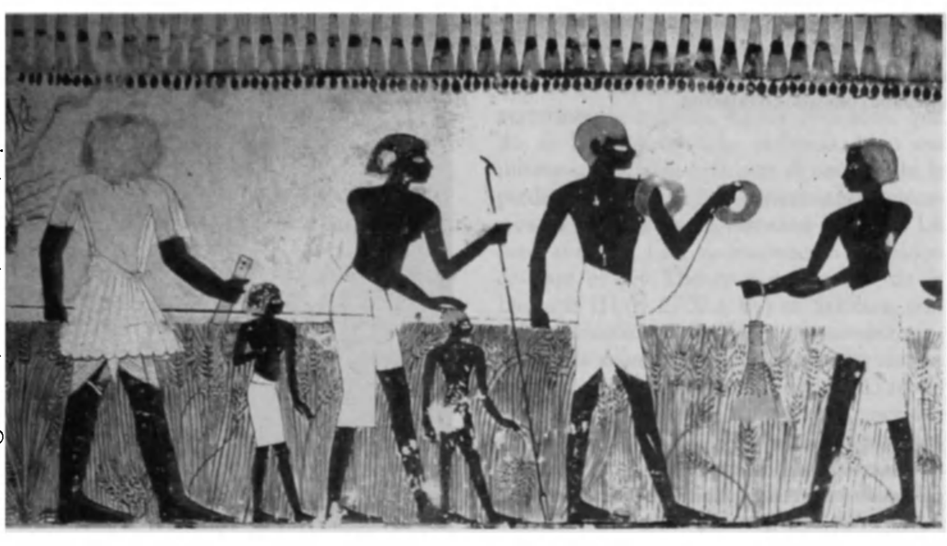


Foto © E. Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren, Rep. Fed. de Alemania

RAINER STADELMANN, de la República Federal de Alemania, dirige el Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo, así como las excavaciones del Instituto en el templo de Sethi I en Gurna/Tebas y de la Pirámide de Snefru en Dashur. Ha publicado numerosos artículos especializados y diversas obras entre las que sobresalen *Syrisch-Palastinensische Gottheiten in Aegypten* (Las divinidades sirio-palestinas en Egipto) y *Die Aegyptisch Pyramiden* (Las pirámides de Egipto, 1986).

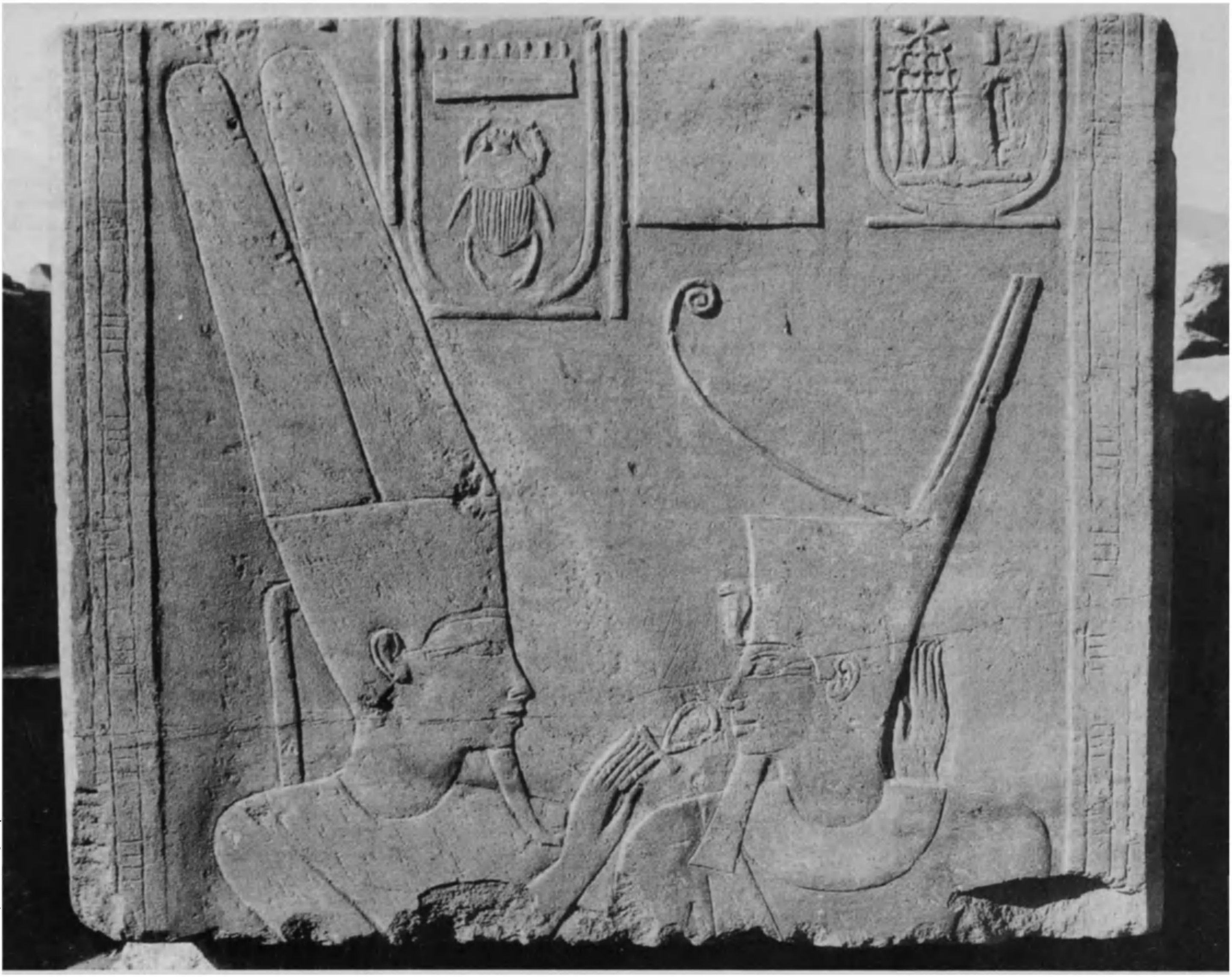


Foto Georg Gerster © Rapho, París

Cómo veían el mundo los hombres del antiguo Egipto

POR JEAN YOYOTTE

▲
Relieve de un templo que representa, a la derecha, a Tuthmosis III (h. 1479-1425 a.C.) tocado con la corona roja del Egipto inferior. A la izquierda, el dios Amón, creador del mundo y protector de los vivos, que sostiene una cruz con asa, símbolo de la vida, y lleva el bonete con dos plumas que es uno de sus principales atributos.

LOS monumentos del Egipto antiguo intrigan y asombran al hombre de nuestros días. Le impresionan las descomunales proporciones de esos templos y esos monumentos funerarios cubiertos de enigmáticos jeroglíficos, pero no comprende ni su significado ni su utilidad. Así reaccionaban ya los griegos en su día ante las pirámides de Gizeh en las que sólo veían una manifestación absurda y opresiva de la soberbia faraónica.

Sin embargo, nos chocaría menos el inquietante gigantismo de tales construcciones y nos explicaríamos mejor su sencilla grandeza si los relacionáramos con las concepciones cosmológicas de sus fundadores. Veríamos así claramente que para los egipcios eran un fiel reflejo de las leyes universales tal como ellos las concebían, a la par que una respuesta a los problemas que tenían que resolver en el marco de su sociedad, según modos de pensar y de obrar que nos son al mismo tiempo próximos y ajenos.

Lo sobrehumano se resiste a un análisis lineal. No hay proceso o fenómeno que pueda reducirse a una sola representación o explicación unívoca, y eso lo sabían los egipcios. De ahí que recurrieran a una infinita variedad de imágenes para expresar lo que sobrepasa el entendimiento. El cielo, por ejemplo, puede ser océano pero también techo, o vaca, o cuerpo de mujer. Cualquiera de esas figuraciones quedará sólidamente afincada en la tradición y conservará todo su sentido (pese a lo que en ella nos parece contradictorio) permitiendo a los hombres entendérselas con lo divino.

Esta diversidad de enfoque de los egipcios corre a menudo parejas con un modo de pensar dualista en el que una totalidad se reduce a la oposición y a la unión de dos modalidades: dualismo del sistema monár-

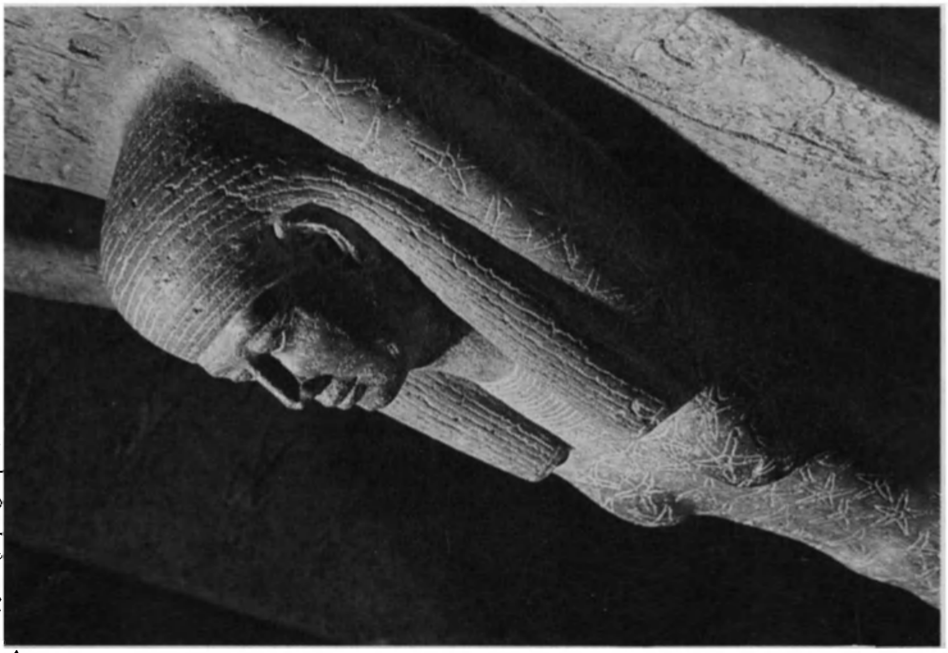


Foto J. Languepin © Rapho, París

▲
Detalle de un relieve de granito rosa que representa a Nut, diosa del cielo y protectora de los muertos. El relieve de la diosa de cuerpo estrellado adornaba la cara interior de la tapa del sarcófago de la tumba del rey Psusenes I (1040-992 a.C.) descubierta en San el Hagar (la Tanis griega) en el delta del Nilo. Los numerosos objetos artísticos encontrados en la tumba de Psusenes, que se hallan en el Museo Egipcio de El Cairo, son comparables por su riqueza al tesoro de Tutankhamón.

quico, de la tierra negra y el desierto, del Egipto superior y el inferior. Además, el lenguaje, la escritura y la imagen son mucho más que símbolos convencionales. Existe una simpatía entre el objeto y su designación verbal, o entre el objeto y su representación gráfica. Así, las palabras crean las cosas —de ahí que abunden los retruécanos en los relatos de las creación— y el habla las apremia.

Estos son dos de los principios del llamado "pensamiento mágico". El sistema jeroglífico nació al mismo tiempo que las artes gráficas y, como éstas, se vale de las imágenes que le propone la naturaleza, pero, cargado como está de "las palabras divinas", es su función explicitar la realidad. Al representar a un ser vivo y, con mayor motivo, al darle un nombre, se origina un desdoblamiento de ese ser vivo. La cultura faraónica se caracteriza por una pasión casi maniática de decir y de representar duraderamente la realidad para "reasentarla" mediante los procedimientos de una magia superior. Y eso explica sus extraordinarias hazañas en materia arquitectónica y epigráfica.

Dentro del horizonte de los egipcios quedan englobadas la "tierra negra" (*kemet*, de donde se deriva *kemi*, nombre de Egipto en copto), es decir el llano valle aluvial del Nilo, y la "tierra roja" (*desheret*), el vasto desierto sahariano que le rodea, seco y monstruoso. Lo Negro es la superficie cultivada, humanizada y familiar. Lo Rojo es el ámbito de lo terrible y lo extraño. Y ello por dos razones. En primer lugar, por ese ámbito se mueven poblaciones muy diseminadas y escasas, de índole atrasada y agresiva, pero por sus pistas irán llegando a lo largo de los siglos los diversos invasores, venidos desde más o menos lejos (el jeroglífico que representa el *yebel* o montaña denota la idea de "extranjero"). Pero además el desierto confina con los horizontes por donde nace y muere el sol; sus inmutables rocas y sus arenas se muestran acogedoras con los muertos y sirven de albergue para las resurrecciones. Una masa líquida infinita rodea el universo sólido. Esa agua constituye la bóveda celeste donde se encuentran los astros. De ella se nutre el río subterráneo en que el sol navega de oeste a este por la noche y que cada año conoce un nuevo caudal: la crecida del Nilo.

Poblado por misteriosos seres somnolientos, ese océano y las tinieblas llenaban el espacio hasta el día en que salió el sol, Atum-Ra, haciendo retroceder las espesas tinieblas hacia la periferia. Surgió entonces un montículo desde donde el dios organizó el mundo actual, insuflando en él el aire, la luz y la vida, aunque hubo de combatir al mismo tiempo las fuerzas de la nada. A continuación creó a los dioses y a los hombres, los animales y las plantas. Esta fue "La Primera Vez". Todas las tardes el sol envejece, pero a cada mañana, rejuvenecido y purificado por las aguas, recrea el universo y se lanza al combate. Y diariamente le amenaza en su periplo el dragón Apopi.

Ra se ha ido a los cielos huyendo de una rebelión de los hombres, pero sigue velando por el cumplimiento de la justa regla, el *maât*, que él mismo instauró y que es el eje de su vida. Los seres vivos están condenados a envejecer y rejuvenecer en este mundo, siguiendo, como el sol, el ritmo de un perpetuo tiempo cíclico (*neheh*), hasta el día en que, fulminados por la muerte, entran en la eternidad estáticos (*yet*) como Osiris. Cuando Atum vuelva a su inercia primordial, ya no habrá ni espacio ni tiempo.

Dada esta diversidad de enfoques y de pretensiones locales, es natural que varios mitos y varias doctrinas narren a su peculiar manera la obra del demiurgo único. Según la doctrina predominante, nacida en Heliópolis, fue Atum-Ra quien organizó todas las cosas; en cambio, según los sacerdotes de Menfis, fue Path, la tierra, la que primero apareció y después erigió el cielo y engendró el sol. Los sabios dicen que dios concibió el universo en su corazón (es decir en su espíritu) y lo realizó con su boca (es decir su verbo creador).

Para el pensamiento faraónico la dualidad sexual es inherente a la obra de la vida, y ello mucho antes de que los himnos del Imperio Nuevo cantaran en Dios "al padre y a la madre". Dos mitos, el del *Kamute* y el del "Ojo de Ra", encuadran la condición femenina. Todo dios importante va acompañado por una mujer que es al mismo tiempo su hija, su esposa y su madre. Es dado a luz por esa diosa a la que a su vez fecunda, siendo así su propio hijo y el "Toro de Su Madre" (*Kamutef*). Por otra parte, esa compañera es también su ojo, origen de las llamas y de la luz, que se ha alejado de él encolerizado y al que ha tenido que apaciguar; imagen de la

PAGINAS EN COLOR

Página de la derecha

La sepultura suntuosamente decorada de Sennefer en Sheij Abd el-Qurna se conoce como la "tumba de las vides" por los motivos de hojas de parra que adornan su techo. Sennefer, alcalde de Tebas durante el reinado de Amenofis II (h. 1427-1401 a.C.), aparece en cada uno de los pilares, acompañado a veces de una de sus tres esposas.

Foto B. Brake © Rapho, París

Páginas centrales

Arriba a la izquierda: pectoral con la efigie de Osiris, una de las numerosas joyas encontradas de la tumba del joven rey Tutankhamón (h. 1333-1323 a.C.) que en 1922 descubrió el egiptólogo inglés Howard Carter y cuyo contenido se conserva en el Museo Egipcio de El Cairo.

Foto © G. Dagli Orti, París

Abajo a la izquierda: "Nunca me alejaré de tí, mientras mi mano esté unida a la tuya". [Cantos de amor del Imperio Nuevo, tomados de los "papiros Harris"]. Detalle de la tumba de la reina Nefertari en el Valle de las Reinas en Tebas. (Ver también la foto de la pág. 22).

Foto B. Brake © Rapho, París

Arriba a la derecha: cabeza alargada de una princesa de la Dinastía XVIII esculpida durante el reinado de Akhenatón en el singular estilo propio de Tell el-Amarna. Los artistas de la corte de Akhenatón representaban a los miembros de la casa real con los defectos físicos propios del rey, en particular su cráneo alargado.

Foto © J. Vertut, París

Abajo a la derecha: la barca, de la que se han encontrado numerosos ejemplares de madera en las tumbas, era el medio de transporte más importante en el antiguo Egipto. Este ejemplar, que data del Imperio Medio (h. 2040-1640 a.C.), está provisto de dos enormes remos en la popa que hacían las veces de timón. Como los vientos dominantes en el valle del Nilo eran los del norte, se aprovechaban para remontar el río a vela, mientras que para la navegación aguas abajo se utilizaban los remos.

Foto © G. Dagli Orti, París













ambivalencia de lo sagrado, esa mujer es la bondadosa Hathor, deseo y júbilo, y la peligrosa Sejmet, agente leonino de las calamidades y serpiente cobra que es el castigo de los enemigos y de los pecadores.

Dos parejas divinas nacidas del demiurgo representan la organización del universo físico: aire, luz-fuego, tierra y cielo. La generación siguiente, próxima ya a la condición humana, conoce los dramas de ésta: los problemas del poder y de la muerte. Osiris muerto por Seth recobra la vida gracias a los cuidados de Isis y de Neftis y obtiene la soberanía sobre la muerte y los muertos. Su hijo póstumo Horus reconquista la realeza terrestre contra su tío Seth. Este, el perturbador que sólo se convertirá en Satán absoluto en la religión de la época tardía, es una figura ambigua. Su violencia divina, insoslayable, conduce a la vida hacia la eternidad y ayuda a Ra y al Faraón contra el extranjero y contra el dragón de la nada. De ahí esas leyendas contradictorias del poder compartido entre Horus señor de lo Negro y Seth señor de lo Rojo, o de Seth rey del Sur y Horus rey del Norte, indisolublemente confederados; o bien, aun más frecuentemente, de Horus que expulsa a Seth y reina solitario sobre el mundo organizado.

Estos complejos sistemas de imágenes y de ideas sirven de base a una teología política que ha marcado con tan fuerte impronta la historia y la cultura egipcias que los historiadores las calificaron con razón de "faraónicas" (la palabra *faraón*, que nos transmite la Biblia, designa específicamente al rey de Egipto). Este rey representa lo divino y, en virtud del dogma vigente, es el único agente en materia de procesos económicos, sociales y políticos. Encarnación de Horus desde los tiempos arcaicos e hijo de Ra desde la época de las grandes pirámides, el "dios perfecto" desempeña el papel de los dioses, de los que es imagen, heredero y servidor. En su persona une a Horus y a Seth. Su advenimiento es el de Horus y, al mismo tiempo, una nueva aparición del sol, el comienzo de una nueva era. Mantiene el *Maât* entre los hombres y se encarga de la seguridad rechazando a los bárbaros e imponiendo el orden egipcio fuera del valle del Nilo. Es el único depositario de la fuerza sobrenatural que es fundamento de la victoria y de la sabiduría política. Los decretos los dicta solo y nombra a todos los titulares de cargos y empleos. Es un iniciado y un letrado y, como tal, sustenta la vida de las deidades mediante las artes y los ritos.

Las bases doctrinales de la legitimidad de los reyes no se encuentran en la herencia sino en una inmediata predestinación, una elección de Dios, lo que pone de realce la ficción de su procreación por el dios mismo (mito de la teogamia). Desde el momento en que toma posesión de las coronas y coloca la cobra en su frente, el nuevo Horus se sitúa entre los dioses. Y a la eternidad pasará como ser sobrehumano. Su tumba y las ceremonias de su entierro manifiestan esa diferencia respecto de los hombres: pirámides del Imperio Antiguo y del Nuevo con sus vastos templos regios, sepulcros del Valle de los Reyes y "Castillos de Millones de Años" del Imperio Nuevo. Una de las escasas conquistas sociales de los egipcios a lo largo de la historia faraónica será la "democratización de los privilegios funerarios" que se establece en favor de los simples mortales en cada uno de los Periodos Intermedios, cuando el poder central flaquea. Pero, al restaurar la unidad monárquica, cada imperio inventa nuevas diferenciaciones.

Es evidente que el Egipto antiguo no conoció ni practicaba la democracia. Por el contrario, llevó a su último extremo, integrándola en su cosmología, la delegación del poder en un jefe. El egipcio "filosófico", poco inclinado a las abstracciones, no tenía palabras para designar el "Estado" ni la "Nación", pero investía a la persona del rey solar con todos los atributos del estado. Los diversos vocablos con que se designa al rey no se aplican a los soberanos extranjeros; al hablar del Faraón, el hombre antiguo interioriza su sentimiento nacional, aunque los narradores de historias saben muy bien que

Página de la izquierda

Una de las más bellas tumbas del Valle de las Reinas es la de Nefertari, primera esposa de Ramsés II (h. 1290-1224 a.C.). En esta pintura mural aparecen a la izquierda el dios Kepri, encarnación matinal del dios sol, y su emblema, un escarabajo, en lugar de la cabeza. Al otro lado de la puerta puede observarse a Hathor, la diosa del Occidente, con el símbolo del oeste sobre la cabeza, y a Ra Horajti u "Horus del horizonte", forma diurna del dios sol, representado por un hombre con cabeza de gavilán coronada con un disco solar.

Foto © E. Thiem, Lotus Film, Kaufbeuren, Rep. Fed de Alemania



Foto © G. Dagli Orti, París

Estela de piedra caliza pintada procedente de Tell el-Amarna que representa al rey Akhenatón (h. 1353-1335 a.C) con su esposa Nefertiti y tres de sus hijas. Esta escena de la intimidad familiar, característica de la iconografía real durante el reinado de Akhenatón, está iluminada por los rayos benéficos de Atón, el dios solar representado por un disco. Durante unos doce años Akhetatón, la actual Tell el-Amarna, fue la capital de Egipto y el centro del culto exclusivo de Atón impuesto por el rey. Fue éste el único periodo monoteísta de la historia del antiguo Egipto. ▶

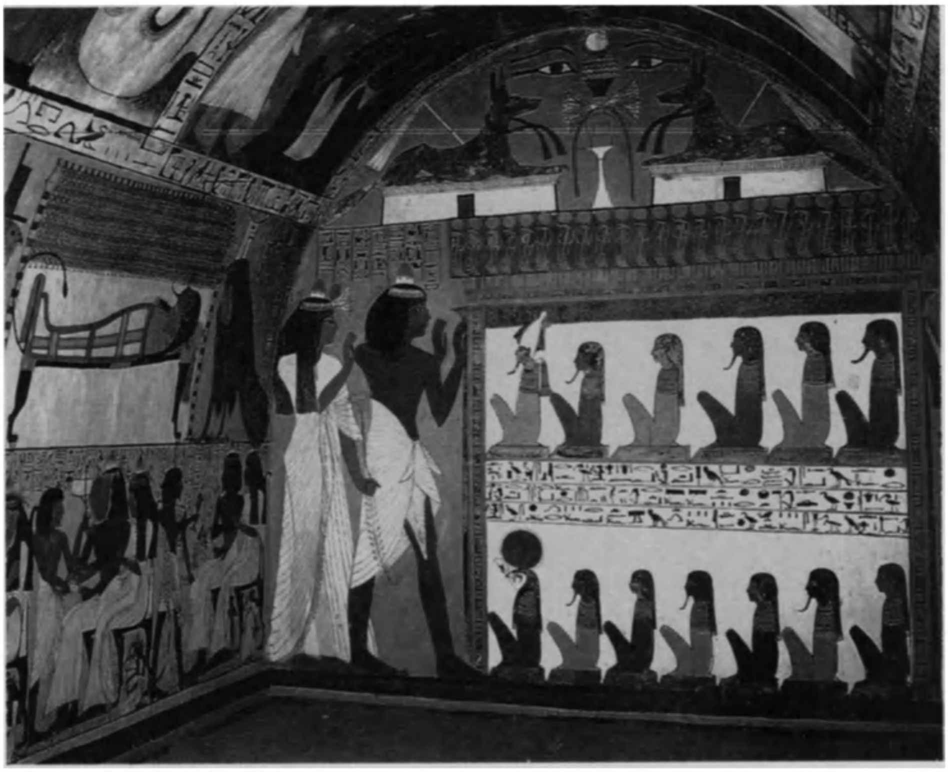
Foto Ross © Rapho, Paris



◀ Bajorrelieve en madera de la tumba de Hesire, jefe de los escribas, los dentistas y los médicos durante la Dinastía III (h. 2649-2575 a.C.), en Sakkara. Hesire lleva sobre el hombro el material propio de los escribas: el estuche y la paleta para diluir las tintas roja y negra.

En esta pintura de la tumba de Sennedjem, alto funcionario durante el reinado de Sethi I, el difunto y su esposa Iyneferti aparecen en adoración ante un grupo de divinidades. (Ver también la foto de la izquierda en la pág. 6). ▼

Foto © Dagli Orti, Paris



ese ser divino comparte con la especie humana las mismas flaquezas físicas y morales. Escribas y sacerdotes cultivaron la lealtad a la persona del monarca y le confirieron finalmente una dimensión ecuménica que facilitó la aceptación de señores extranjeros investidos de un Imperio universal : los persas Cambises y Darío, Alejandro Magno, el romano Augusto.

Esta sociedad unanimista cuyos poemas sagrados cantaban la unidad de la creación y el misterio del creador era al mismo tiempo radicalmente politeísta y obstinadamente idólatra. La nación egipcia acepta como suyas a todas las divinidades que exhiben las tradiciones de los diversos países. Los nombres, las leyendas, los atributos principales y las representaciones propias de cada una de esas deidades hacen de ellas algo "único en su género". Cada "dios de ciudad" es venerado por los habitantes del cantón del que es "señor" y cuya felicidad tiene a su cargo. Pero "todos los dioses y diosas" son reconocidos simultáneamente como padre y madre del Faraón que provee al sustento de todos y cuenta con su protección.

Con el tiempo se instaura una cierta lógica que organiza este nutrido panteón según una serie de jerarquías y de identificaciones. Así, todo dios principal de una provincia es una manifestación del sol: se habla de Amón-Ra, Montu-Ra, Sobek-Ra... Por último, teóricamente todas las divinidades se convierten en formas o en retoños de un lejano Dios único mientras que con su personalidad propia ofrecen en los rituales oficiales y en los actos de devoción locales un "medium" para acercarse a la Divinidad allí donde mora y tal como se manifiesta. El golpe de estado civilizador por el que el célebre Akhenatón impuso el culto exclusivo del sol visible (Atón) no podía tener éxito a la larga, ya que el politeísmo había moldeado sólidamente no sólo la espiritualidad tolerante de los egipcios sino también las estructuras económicas y sociales del país.

Pero ¿cuál era el lugar que ocupaban los hombres y las mujeres en este universo donde todo lo colectivo parece concebido y gobernado en función de la comunicación de un solo ser de carne y hueso —el faraón— y la multiforme divinidad? Pues bien, el espacio que le queda al individuo es sorprendentemente amplio. En comparación con los pueblos del Cercano Oriente en la Antigüedad, Egipto resulta singularmente "moderno". Los seres humanos son iguales ante el creador y en principio sólo deben esperar su ascenso social del juicio prudente del faraón. No existe aristocracia estatutaria ni instancia intermedia entre el estado y el individuo. Un hombre se define por el número de sus progenitores inmediatos y por el título que ostenta en la maquinaria administrativa. La capacidad jurídica de la mujer es igual a la del hombre, si bien el hogar patrilocal y la actividad de la esposa se centran en su papel, muy apreciado, de "ama de casa". La aspiración a la felicidad doméstica se expresa bellamente en las imágenes de las tumbas y en la literatura. Los niños son altamente valorados y cuidados con esmero, no simplemente con el fin de perpetuar una estirpe sino por el placer de los padres y para que, una vez muertos éstos, los hagan resucitar mediante los ritos funerarios. En cada aldea la convivencia es intensa.

El *Maât* prescribe que hay que ayudar a los menesterosos, y ya en el tercer milenio las Sabidurías hablan de caridad y de limosna con fórmulas que prefiguran nuestras religiones abrahámicas. Estas Sabidurías de funcionarios, por lo demás paternalistas y formalistas, predican los buenos modales, la reserva, la ausencia de gesticulaciones, es decir toda una disciplina que es típica de la estatuaria y del dibujo faraónicos.

Pese a la omnipresente mediación real, no dejan de existir las relaciones directas del individuo con los dioses. Es cierto que un particular, si no ejerce funciones de sacerdote, no puede penetrar en el recinto de los grandes templos que son en cierto modo fábricas para mantener la energía del universo, pero sí puede orar a sus propios dioses a la puerta de los recintos sagrados, en oratorios de aldea o en su fuero interno, a la par que consulta a sus oráculos para resolver sus problemas de salud y de carrera. Por otro lado, las teorías del nombre, de la escritura y de la imagen le brindan un medio mágico de obtener los favores divinos; una estatua o una estela instalada en un lugar sagrado transforma al individuo particular en comensal del dios y le hace beneficiarse indirectamente de la "ofrenda que le hace el rey", la cual permite al dios dispensar al fiel la prosperidad, la longevidad y la promesa de una buena sepultura.

Porque hay un ámbito en el que la concepción faraónica concede al hombre la posibilidad de afirmar su yo utilizando toda la magia del arte, de la escritura y de los ritos para lograr la perennidad de su cadáver momificado, de su nombre, de su alma móvil (*bai*) y de su energía individual (*ka*). A cada individuo

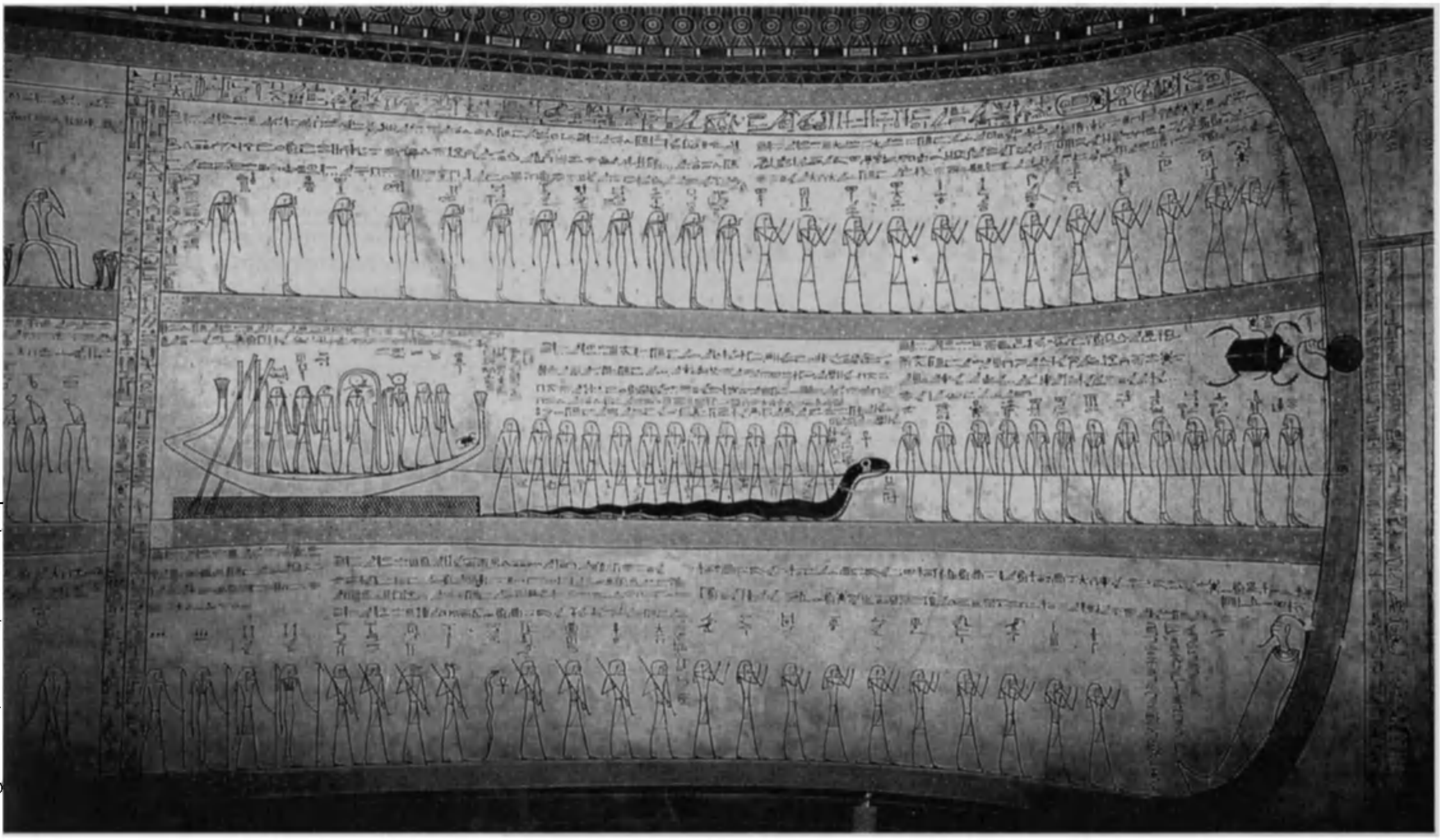


Foto © E. Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren, Rep. Fed. de Alemania

▲
En esta pintura mural de la cámara oval del sarcófago de Tuthmosis III aparecen una escena y textos del Amduat (libro donde se describe la trayectoria subterránea del sol durante la noche) que, a partir de la Dinastía XVIII, se encuentran a menudo en las paredes de las tumbas reales. Aquí, la barca del dios Sol ha llegado a la duodécima hora de la noche, momento en que el dios y su séquito entran en el cuerpo de una serpiente gigante de la que saldrán rejuvenecidos como "niños pequeños".

El juicio del muerto, detalle de uno de los numerosos papiros funerarios colocados en las tumbas durante el Imperio Nuevo y que hoy se conocen como el *Libro de los Muertos*. En este fragmento de papiro, el dios Anubis, inventor de los ritos de embalsamamiento y señor de la necrópolis, pesa el corazón del muerto en un platillo de la balanza opuesto al del *Maat*, término que significa "justa regla". A su lado, Tot, dios de la luna, símbolo de la sabiduría y escriba de los dioses, observa y anota el resultado. Si el corazón del muerto y el *Maat* (cuyo símbolo es una pluma o una diosa en cuclillas que sostiene una pluma) están en equilibrio, la prueba es satisfactoria y el difunto es presentado triunfalmente a Osiris.
▼



Foto © Dagli Orti, París

le está prometida una vida eterna, una vida verdaderamente regia ya que todos se convertirán en compañeros del sol. Sólo el Faraón desempeña en los templos el papel y el discurso de la humanidad, pero cada egipcio se expresa, según sus recursos y sus méritos, con su tumba.

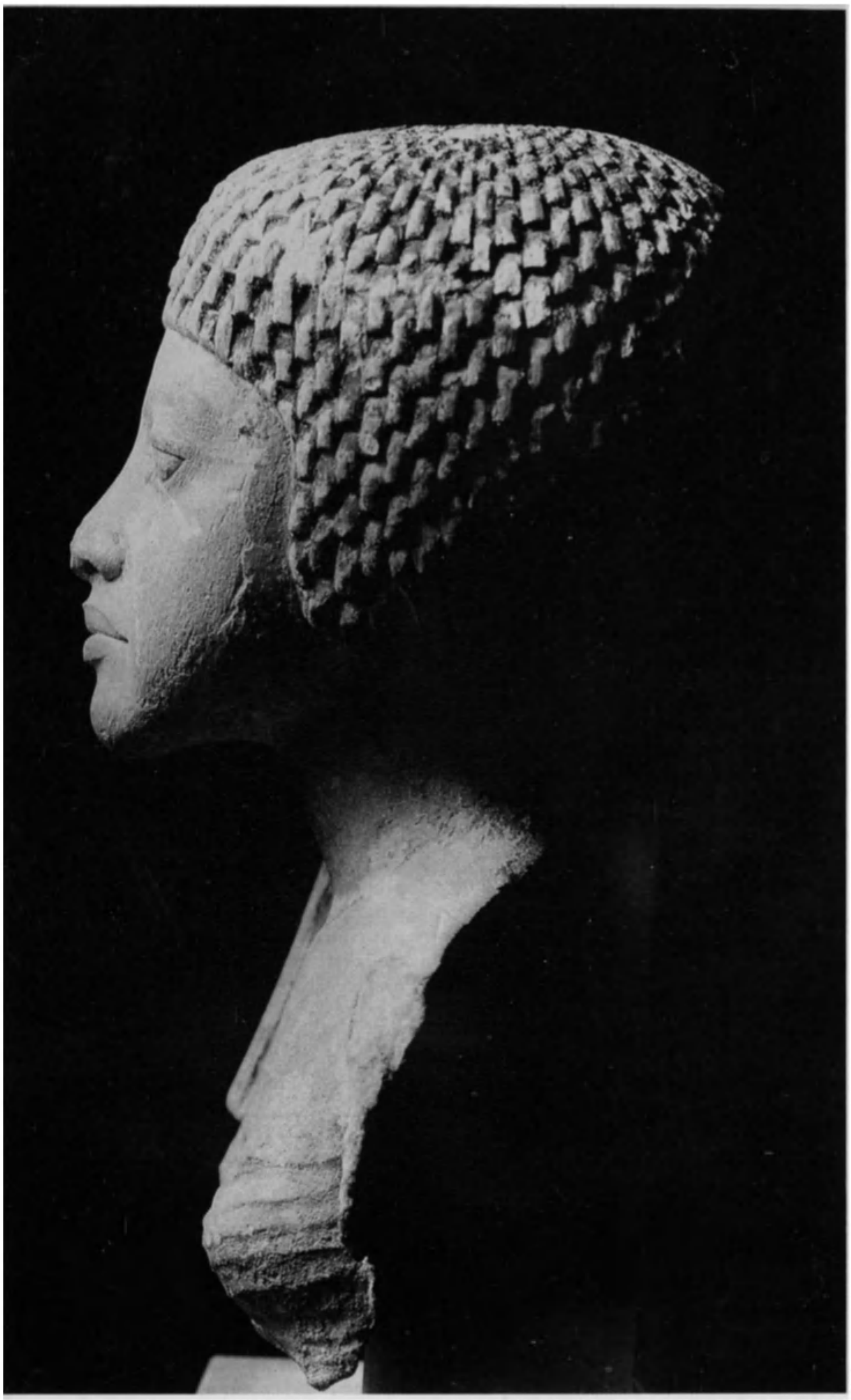
Los rasgos distintivos de la concepción faraónica del mundo cristalizan en las "Ciudades de pirámide" que jalonan la región de Menfis, donde se juntan las Dos Tierras. Bajo cada soberano los labradores crean en el valle una nueva zona cultivada, mientras se construye una ciudad regia a la orilla del desierto. Esa ciudad se ocupa del servicio de un templo en el que el Horus reinante rinde culto a los dioses. El Sancta Sanctorum del templo es la pirámide misma, imagen del montículo primordial y del curso del sol durante el cual resucitará el nuevo Osiris. En torno, llenas de imágenes de los trabajos cotidianos de los egipcios, las tumbas de los príncipes y los ministros y las de los sacerdotes y los colonos de las pirámides forman una ciudad de los muertos por encima de la ciudad de los vivos. La cadena de las pirámides, recuerdo de una conquista del suelo, era la expresión plástica de la concepción egipcia del cosmos, antes de constituir la esplendorosa y desconcertante colección de mausoleos que hoy admiramos. □

JEAN YOYOTTE, francés, es especialista en historia de la época tardía del Egipto faraónico y ha estudiado geografía histórica y religiosa del antiguo Egipto a partir de fuentes escritas y de datos arqueológicos. Responsable de estudios de la Escuela Práctica de Estudios Superiores de París, dirigió la misión francesa en las excavaciones de Tanis hasta el año 1985. Ha publicado, entre otras obras, *Le trésor des pharaons* (El tesoro de los faraones, 1968) y, en colaboración con P. Vernus, un *Dictionnaire des pharaons* (Diccionario de los faraones, 1988).

La vida cotidiana en el país de los faraones

POR CHRISTIANE DESROCHES-NOBLECOURT

Foto © Bulloz, París Museo del Louvre



◀ Cabeza de una adolescente amarniense en materia calcárea. El corto período amarniense (por Tell el-Amarna) del Imperio Nuevo, durante el reinado de Akhenatón (h. 1353-1335 a.C.), que abandonó Tebas para fundar su nueva capital no lejos de la actual Tell el-Amarna, dejó una estatuaria de un notable naturalismo que rompe con los cánones tradicionales.

AL recorrer las orillas del Nilo, jalonadas por los antiguos vestigios del país de los faraones, hasta el viajero menos receptivo advierte sin tardanza los rasgos esenciales de su luminosa civilización: ante todo, la expresión de una religiosidad excepcional que se traduce en inmensos templos y monumentos funerarios; luego, también, esa intensa y gozosa vitalidad que se refleja, prácticamente al infinito, en imágenes dibujadas, pintadas o esculpidas en los muros interiores de los camarines de las tumbas.

El examen de esas dos fuentes de información proporciona, al occidental por lo menos, la clave de su enfoque: la renuncia a la pretensión de juzgar o interpretar los fenómenos a través del personal sistema de pensamiento influido por el entorno espacio-temporal. Liberados así de ese prisma deformante, comprendemos que los templos de Egipto nunca estuvieron destinados a recibir a creyentes llegados para recogerse en oración ante la representación de un dios. Esos santuarios debían, ante todo, mantener el equilibrio cósmico por virtud de los más asiduos cuidados del Faraón y representante de la fuerza divina en la Tierra, del Pontífice supremo y de toda una jerarquía sacerdotal. El pueblo ordinario no tenía acceso a esos recintos: impregnado de divinidad, como "todo lo que vive en la tierra, en los aires y en el fondo de las aguas" (comprendidos el reino mineral y vegetal), reconocía y veneraba a su creador en todas las manifestaciones de la naturaleza que le rodeaba, sin que necesitara la ayuda aportada por la frecuentación de los templos. Herodoto tenía razón cuando afirmaba que el egipcio era el más religioso de todos los hombres. Así, cuando preparaba un acercamiento al dios, que debía efectuarse por la simple etapa que era la muerte, podía, en su pertrecho funerario, hacerse representar ante las formas divinas ctónicas, con las que iba a permanecer relacionado hasta su completa incorporación a la Eternidad.

Ya es hora de abandonar la óptica errónea con que visitamos las tumbas: las coloreadas evocaciones de la vida de todos los días en los muros de las cámaras mortuorias y, a veces, en los objetos rituales deben transponerse a un plano místico en el que expresan, por medio de las imágenes simbólicas, la "cotidianidad" de las pruebas a las que el difunto tiene que someterse y sus diversos avatares en su recorrido *post-mortem*, a través de los limbos osíricos, de donde surgirá, qué duda cabe, nimbado de gloria para alcanzar la eternidad.

El soporte figurado de ese lenguaje se inspira en las escenas diarias de la vida a orillas del Nilo: banquete funerario que incita al difunto a embriagarse de divinidad;

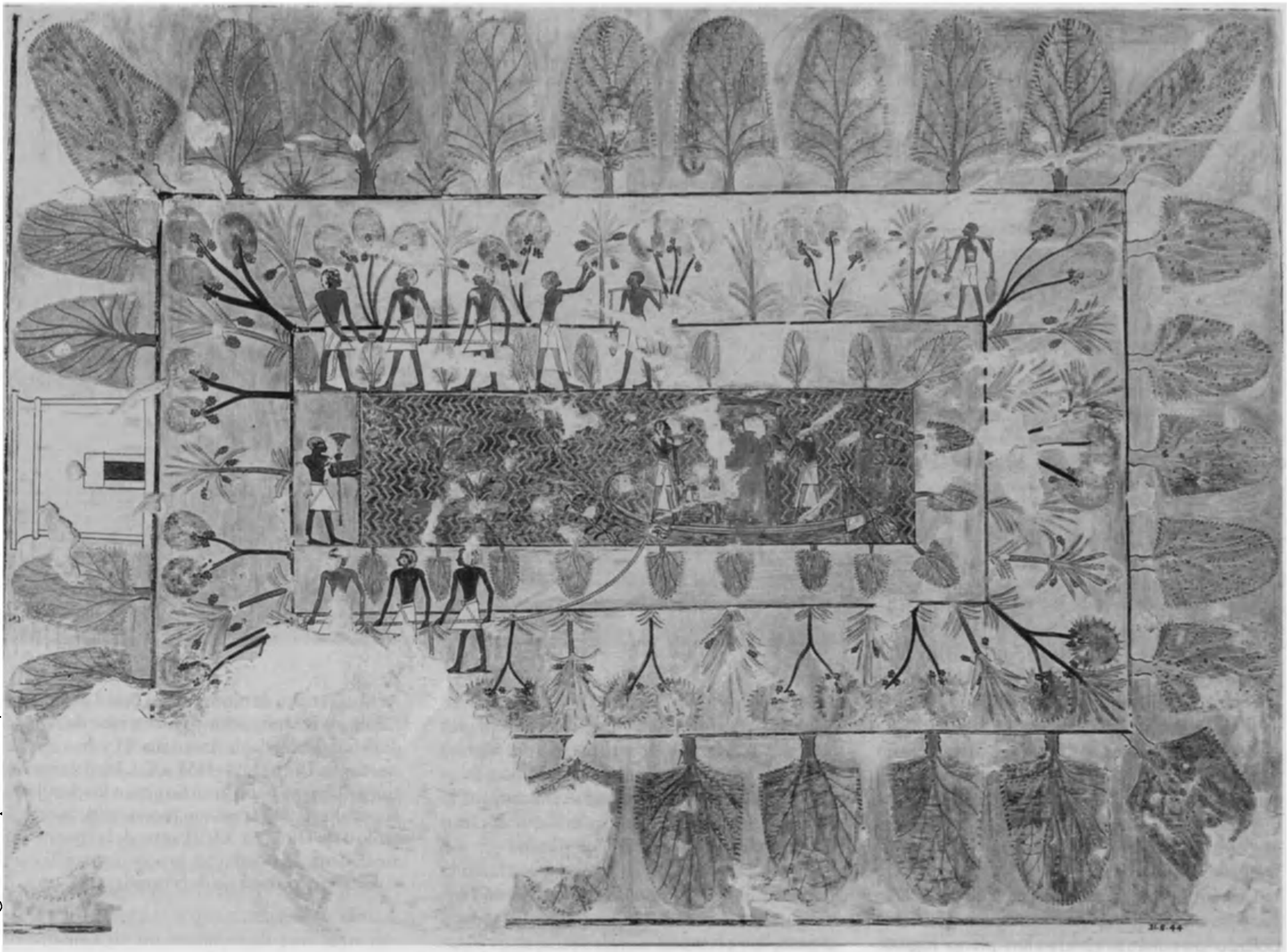


Foto © Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

▲
En esta pintura mural de la tumba del visir Rejmire (Dinastía XVIII), en Tebas, el difunto navega en un esquife de papiro que arrastran sirgadores por un estanque rodeado de hileras de sicomoros y de palmeras datileras, en el centro de un jardín cerrado. La naturaleza está abundantemente representada en el arte egipcio del Imperio Nuevo, en el que los artistas gozaban de más libertad para escoger los temas, especialmente cuando se trataba de decorar las tumbas de los particulares.

vegetal espesura de papiros que recuerda a la ciénaga primigenia a partir de la cual debe emprender, por etapas, su "gestación" hacia la apoteosis; caza del hipopótamo o exterminación de los patos silvestres para neutralizar los demonios que puedan entorpecer su progresión; captura del pez místico, símbolo de su devenir; siega o vendimia que darán el pan y el vino de la ofrenda osírica; aparición del ternero evocador del renacimiento solar.

Ese panorama abigarrado y vívido, aunque utilizado con finalidad distinta de la puramente descriptiva, nos permite conocer en sus grandes líneas el marco cotidiano en que se movía el "rebaño de Dios", por emplear la expresión de los antiguos egipcios. Marco constituido por un paisaje casi totalmente agrario, que, como es sabido, era regulado por el "más grande y más inteligente calendario del mundo", según declarara Julio César antes de adoptar su ritmo e imponerlo en el mundo romano. Se trata, evidentemente, del Nilo y su inundación, la cual, cada trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, volvía periódicamente para recubrir las tierras sedientas de Egipto (sin otra cuenca fluvial y sin auténticas lluvias), fecundándolas para un nuevo ciclo de vida.

Esta regularidad de la providencial inundación desde el alba de los tiempos, en un perpetuo recomenzar, impregnó al egipcio, profundamente sensible a su entorno, de la certeza de un eterno resurgimiento cuyo cumplimiento nada ni nadie debía perturbar.

Hombres y mujeres vivían a imagen y semejanza de las parejas divinas de los "tiempos primordiales" y conocían en su variedad propia una perfecta igualdad. La capacidad jurídica de la mujer egipcia, contrariamente al estatuto reservado a su sexo en otros pueblos de la Antigüedad clásica, era total. Aun después de casada, podía administrar su propia fortuna, disfrutar de una parte de la de su esposo, testar libremente o desheredar, si lo deseaba, a sus hijos. Una vez casada, se convertía en el Ama de Casa, aconsejaba a su cónyuge y gobernaba el hogar, a cuya prosperidad contribuía ampliamente. Objeto de los desvelos de su esposo y respetada por sus hijos —que deseaba numerosos—, su gozo consistía en sentirse el eje de la casa y del círculo familiar.

Los hijos de ambos sexos compartían por igual los cuidados de sus padres. A decir verdad, no parece que todos los pequeños egipcios recibieran una enseñanza escolar, y aun menos que los muchachos, las niñas. Algunas de éstas poseían, sin embargo, una instrucción bastante completa, ya que nada les impedía ejercer diversos oficios en la administración, en el comercio e incluso en sectores de carácter científico; así, la primera mujer médico que la humanidad conoce ejerció en la época de las pirámides: era Pesechet, que vivió en Menfis en el tercer milenio de nuestra era.

Aunque profundamente patriota, el egipcio no conoció la xenofobia. En este punto se manifiesta otro de los rasgos esenciales de su carácter. Muy pronto hubo prisioneros en los conflictos engendrados por la necesidad de preservar las fronteras, pues el hombre de la Tierra Negra (*Kemi*, de donde se deriva la palabra "química"), profundamente pacífico y para quien "la guerra es un día de desgracia", no gustaba de derramar sangre. Los hombres capturados eran tratados humanamente, con frecuencia quedaban bajo la guarda de los guerreros que se habían hecho con ellos y no era raro que se les concediese libertad o que contrajeran matrimonio en la propia familia de su capturador. Y, en todo caso, conservaban la libertad de venerar a los dioses de su infancia.

El matrimonio, tal como con escasas variaciones ocurría a orillas del Nilo todavía a comienzos de siglo, no recibía la consagración de una ceremonia religiosa ni se registraba en ninguna administración. Sólo el consentimiento otorgado ante testigos por el

Foto © Dagli Orti, Paris



hombre y la mujer que deseaban fundar una familia elevaba el acto a la categoría de compromiso moral excepcional. Empero, la unión podía ir acompañada del establecimiento de un contrato en el que se reconocían los bienes personales de cada uno de los cónyuges; su finalidad primordial estribaba en preservar los bienes de la mujer en caso de divorcio pedido por uno u otro de los esposos. En todo caso, cabe suponer que el marido obligado a restituir a la mujer todo lo que ella había aportado (o lo que él había reconocido como aportado por ella) se encontraba virtualmente arruinado. La prudencia por medio, todas esas condiciones contribuían a garantizar la estabilidad de la unión.

A la casa de la gente modesta, construida siempre según el mismo esquema, se entraba por un patio cerrado, detrás del cual se situaba una gran pieza en la que se reunían los miembros de la familia. En la parte posterior estaban las habitaciones secundarias. Por una escalera construida en el patio se subía a una terraza en donde era posible, entre otras cosas, dormir en verano para aprovechar con fruición el frescor nocturno.

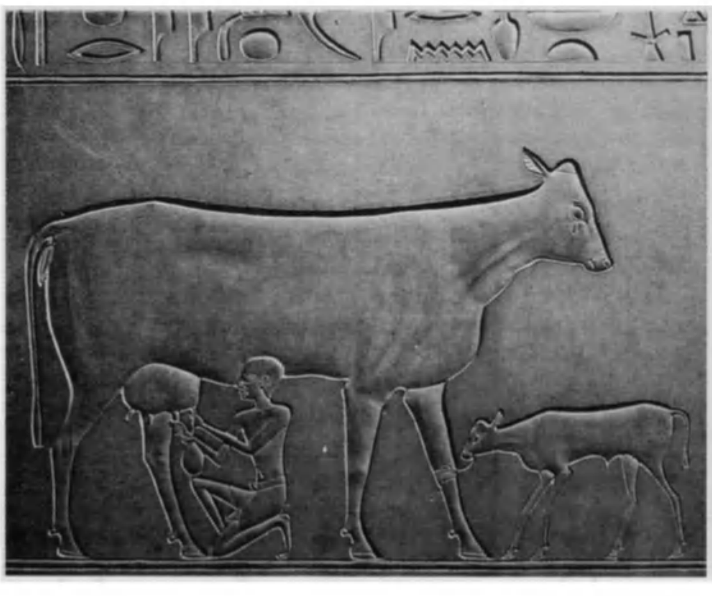
Los vestigios de casas más opulentas, en las pocas aglomeraciones antiguas que han podido estudiarse, revelan un plano lógico que se repitió durante milenios. Reservando siempre la piedra, material noble y duradero, para la edificación de monumentos religiosos, las construcciones utilizaban para las simples mansiones particulares el adobe fabricado con el lodo del Nilo mezclado con paja y cenizas. Las casas rurales, edificadas sobre un vasto solar, constaban de tres grupos de habitaciones correspondientes a las diversas necesidades de la vida cotidiana. Un gran vestíbulo abría paso hacia la sala central, de alto techo apoyado en una o cuatro columnas. Las ventanas, en la parte superior, eran pequeñas y provistas de barrotes. Las recepciones y festejos, caros a los egipcios, se celebraban en esa sala, mientras las piezas laterales servían de despensas, de despachos o de alojamiento para secretarios e intendentes. También en esa gran sala se encontraba la escalera conducente a una galería que corría a lo largo de los muros del vestíbulo.

La tercera parte de la mansión era la de la vida familiar propiamente hablando: un "salón" central común, más pequeño y más íntimo, las estancias donde trabajaban y jugaban los niños durante los días fríos del invierno, los dormitorios y un sector entero para el aseo, en el que figuraban cuartos de duchas y unciones y hasta retretes con dispositivos de evacuación.

Fuera del recinto principal, completaban la propiedad, organizada como una pequeña explotación económica privada, las cocinas, la panadería, los silos para los cereales, la carnicería y locales de diversa utilización, como el que servía para la fermentación de la cerveza o la hilandería, gran especialidad de la mujer egipcia de todas las clases sociales. La servidumbre, en cambio, solía ser mascu-

▲ Arriba, retrato de niños en una pared de la tumba de Ramose, visir y gobernador de Tebas durante el reinado de Amenofis III y de Amenofis IV (h. 1391-1353 a.C.). Modelados con delicadeza y con gran finura en los detalles, estos relieves calcáreos son característicos del estilo de la Dinastía XVIII antes de la época amarniense. A la derecha, procesión para llevar el mobiliario funerario de la tumba.

El sarcófago de la real esposa Kauit, en el recinto funerario de Mentuhotep (h. 2061-2010 a.C.) en Deir el-Bahari, está adornado con bajorrelieves que describen la vida cotidiana de la difunta princesa y la perpetúan en el más allá. A la derecha, la princesa está sentada en un sillón de alto respaldo y tiene un espejo en la mano, mientras la doncella arregla los rizos de su peluca; al mismo tiempo, lleva a sus labios la copa de leche que le acerca un intendente. La vaca de la que se ha extraído la leche está representada a la izquierda, con su ternero todavía atado a su pata. ▼





Fotos © Dagli Orti, Paris



Foto © E Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren, Rep. Fed de Alemania

lina, sobre todo en las cocinas, salvo para la fabricación del pan. En las cuadras se guardaba, primero, a los asnos y, a partir del Nuevo Imperio, a los caballos recién introducidos en Egipto y utilizados casi exclusivamente para tiro de carros ligeros, también heredados del Cercano Oriente.

Un huerto con sicomoros, sauces, tamarindos y palmeras, esmaltado con flores y provisto de una parra que extendía sus ramas por encima de un estanque dispensador de frescura, era el sueño de todo egipcio. En la ciudad, la escasez del terreno sólo permitía pequeños jardines o plantas trepadoras, que cubrían las paredes de moradas provistas de varios pisos para las distintas partes del hábitat, que, en cambio, en las casas rurales estaban distribuidas en un sólo nivel.

En los sótanos de las casas urbanas podía estar instalada la hilandería y, seguramente, allí se guardaban también al fresco alimentos y bebidas. En la terraza se encontraban las cocinas y los graneros.

La escuela del Templo acogía a todos los niños, verosímilmente tanto a los pobres como a los hijos de nobles, puesto que las inscripciones nos enseñan que un modesto muchacho había podido "llegar hasta los pies del Faraón gracias a su escribanía". Las madres aportaban cotidianamente el salario del maestro en forma de alimentos. Los alumnos que manifestaban buenas disposiciones para los estudios frecuentaban durante varios años el recinto del Templo, donde aprendían los numerosos signos jeroglíficos, la lengua escrita y las bellas letras, la aritmética y la geometría, obteniendo al término del ciclo secundario el título de "Escriba que ha recibido la escribanía".

Entonces el postulante ingresaba en alguna de las administraciones. Y si estaba particularmente bien dotado iba a proseguir sus estudios en una "Mansión de Vida", igualmente vinculada al Templo y en la que impartían su enseñanza grandes maestros de arquitectura, de ciencias (medicina, farmacia, química, astronomía, geometría), de letras y también de cierta filosofía o práctica de la Sabiduría. La mayoría de las enseñanzas tenían un corolario de ejercicios prácticos o de aplicación en laboratorio.

La población entera cesaba el trabajo con ocasión de las grandes festividades de las estaciones, que acompasaban el año y durante las cuales los desfiles, las representaciones teatrales y toda clase de manifestaciones jubilosas rodeaban la aparición en público, fuera de los santuarios, del símbolo divino transportado en naves sagradas.

La más importante de esas ceremonias se celebraba, naturalmente, el Día de Año Nuevo y en las semanas subsiguientes a la inundación que recubría todo el Egipto agrícola, liberando a sus habitantes de las faenas del campo; podían entonces circular por vía acuática de un poblado a otro y reunirse con parientes y amigos para una gozosa comunión de acción de gracias a los antepasados venerados y al Creador de ese divino y providencial fenómeno que les tocaba en suerte. □

En la tumba del funcionario del catastro tebano Menna (Dinastía XVIII) están ilustradas todas las fases del trabajo agrícola. Abajo, la trilla. ▼



Foto © J. Vertut, París

CHRISTIANE DESROCHES-NOBLECOURT, francesa, es Inspectora General y Conservadora jefe honoraria de los Museos de Francia, profesora honoraria de arqueología egipcia en la Escuela del Louvre y medalla de oro del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia (CNRS). Fue asesora de la Unesco para el Centro de Documentación sobre el Egipto Antiguo, que contribuyó a crear, y participó desde sus comienzos en la Campaña Internacional para Salvar los Monumentos de Nubia. Miembro fundador del Centro franco-egipcio de Karnak, dirige actualmente la renovación del Valle de las Reinas en Luxor. Ha publicado numerosos libros y artículos, entre los que cabe mencionar *Toutankhamon* (Tutankhamón, 1962), *Le petit temple d'Abou Simbel* (El pequeño templo de Abú Simbel, 1965) y, más recientemente, *La femme au temps des pharaons* (La mujer en tiempos de los faraones, 1987).

Egipto en el mundo mediterráneo antiguo

POR GABALLA ALI GABALLA

Cuando Tales de Mileto se llevó del Nilo el calendario solar

UNIFICADO y dotado de un sistema original de escritura, Egipto entra en la historia hacia fines del cuarto milenio antes de Cristo. Muy pronto se convertirá en el centro de una civilización brillante que florece en los diversos ámbitos del pensamiento y de las letras, de la arquitectura y del arte, de la ciencia y de la medicina, de la administración y de la organización social. Gracias a su litoral mediterráneo, desde la Antigüedad multiplica sus contactos con Europa, en la que deja su impronta. Contribuye en particular al desarrollo de la civilización occidental, enriqueciendo a la vez la civilización humana en general.

Casi en la misma época vio la luz otra civilización en torno al mar Egeo y especialmente en la isla de Creta: la civilización minoica (de Minos, rey legendario).

Si bien el Mediterráneo no constituía un obstáculo entre Egipto y el mar Egeo, los contactos entre mercaderes y emisarios de una y otra región tuvieron lugar en un principio en los puertos del litoral fenicio, en particular en Biblos. Después, los barcos mercantes egipcios se dirigieron seguramente hacia Creta e hicieron escala en Chipre, Rodas, Kárpathos y Kassos antes de regresar directamente a Egipto (separado de Creta por 270 millas marinas) aprovechando los vientos del norte que soplan en verano. Ese trayecto se recorría entonces en tres días y tres noches.

Abundan los restos arqueológicos que demuestran la existencia de esas relaciones entre los dos pueblos. Los vasos egipcios de piedra, de forma cilíndrica, encontrados en Creta son numerosos; por lo demás, los cretenses terminaron por adoptar la técnica egipcia de fabricación de vasos. En la isla de Citera se descubrió un vaso de alabastro que lleva el nombre de un rey egipcio de la Dinastía V (h. 2465-2323 a.C.). A partir del siglo XXII antes de nuestra era los textos griegos empiezan a hablar de Kaftiu (adaptación griega del nombre semítico de Creta: Kaftor), que aparece también en la Biblia.

A comienzos del segundo milenio antes de Cristo se intensifican las relaciones comerciales entre el Imperio Medio (h. 2000-1650 a.C.) egipcio y la Creta del periodo minoico medio. También aquí se han descubierto numerosos objetos egipcios que datan de esa época: utensilios de la vida diaria, escarabajos empleados como sellos y una estatua de diorita. Análogamente, en un templo situado cerca de Luxor se han identificado objetos de alfarería minoica de estilo Camares y vasos de plata de inspiración egea.



Foto © E. Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren, Rep. Fed. de Alemania



Foto © Hassia/Telecolor, Vanves, Francia

◀ Figurilla minoica de barro cocido del siglo XIV o XIII a.C. con un tocado egipcio.



Foto © Hassia/Telecolor, Vanves, Francia

▲ Este objeto votivo del Imperio Nuevo que representa a una egipcia fue encontrado en una gruta en Tzuzura, Creta.



◀ En este bajorrelieve de la tumba de Puiemré, uno de los grandes sacerdotes de Amón en la época de Tuthmosis III (h. 1479-1425 a.C), unos extranjeros llevan sus "tributos" al templo de Amón en Karnak. Entre dos sirios se reconoce a un cretense por la larga cabellera que le cae sobre los hombros.

Hacia 1500 a.C. Egipto se liberó del yugo de los hicsos[1], saliendo de su aislamiento tradicional para convertirse, gracias a sucesivas conquistas militares, en una potencia internacional. Sometió así a Fenicia y a Siria. Su flota impone su ley a los puertos fenicios y extiende probablemente su influencia hasta la isla de Chipre. La presencia egipcia crea una nueva situación en la cuenca oriental del Mediterráneo. A partir de ese momento, los egeos del último periodo minoico y los micénicos de la Hélade[2] han de tratar directamente con los egipcios a fin de que sus naves mercantes tengan acceso a los mercados tradicionales de Palestina y Siria. Todo indica que los cretenses y los micénicos concluyeron un acuerdo con el poderoso faraón Tuthmosis III (h. 1490-1436 a.C.); en efecto, en la tumba de su visir Rejmire, en la necrópolis de Tebas, puede verse la imagen de los emisarios cretenses llevando los tributos de su isla. El texto egipcio describe como sigue la escena : "La llegada de los príncipes de Kaftiu y de las islas del medio del mar, sumisos y con la cabeza gacha ante el poderío de Su Majestad Tuthmosis III". Lo más probable es que las "islas del medio del mar" fuesen las islas del Mediterráneo oriental y la ciudad de Micenas, en el Peloponeso.

La visión de los egeos de tez morena vestidos con taparrabos de colores vivos, con abundante cabellera que les caía sobre los hombros o formando una o varias trenzas que les ceñían la frente, pasó a ser algo familiar para los egipcios. Los veían atravesar las calles de Tebas para llevar sus presentes al faraón (que los egipcios llamaban tributos): grandes copas decoradas, con asas zoomórficas, o vasos esbeltos con pequeñas asas, adornados con motivos florales o líneas horizontales policromas.

Hacia mediados del siglo XV a.C. se derrumbó la civilización cretense, tal vez como consecuencia de luchas intestinas. No es pues de extrañar que el nombre de Kaftiu desapareciera desde fines de ese siglo de las fuentes egipcias. En cambio, se encuentra en ellas a menudo la expresión "islas del medio del mar", que desaparecerá a su vez hacia el siglo XII a.C. En efecto, oleadas sucesivas de pueblos bárbaros, que los egipcios llaman "los pueblos del mar", se vuelcan entonces sobre la península del Peloponeso y la saquean. Sus hordas atraviesan Anatolia (donde aniquilan el imperio hitita) y Grecia y convergen hacia Egipto por tierra cruzando Siria y por mar a través de las islas del Mediterráneo. Pero son rechazados por poderosos faraones como Ramsés II, Merenptah y Ramsés III, que salvan a Egipto de una terrible destrucción.

A principios del siglo VII a.C. la presencia

1. Invasores asiáticos procedentes del Este que dominaron Egipto entre 1785 y 1580 a.C. *(NDLR)*
2. Del griego *Hellas*, nombre de las provincias centrales de la antigua Grecia; conservado por los griegos, designa la Grecia actual. *(NDLR)*

griega es evidente en Egipto gracias a los mercenarios que sirven en los ejércitos egipcios y a los mercaderes que fundan factorías en diversas ciudades del delta. A continuación llegan filósofos, historiadores y geógrafos deslumbrados por la civilización de Egipto, sus monumentos gigantescos y su saber.

Así, el astrónomo, filósofo y matemático griego Tales de Mileto trajo probablemente de Egipto el calendario solar dividido en 365 días. Según Herodoto, Solón (h. 640-560 a.C.), hombre de estado ateniense, visitó Egipto por la época en que Amasis II, rey de la Dinastía XVI, promulgaba una ley en virtud de la cual cada egipcio debía hacer una declaración anual de sus ingresos y entregarla al gobernador de su provincia. Toda persona que hubiera obtenido ganancias ilícitas era condenada a la pena de muerte. Solón dictó una ley idéntica. Según otro historiador griego, Diodoro de Sicilia, Licurgo, rey legendario de Esparta, se inspiró también en las leyes egipcias.

La influencia egipcia es también apreciable en el arte griego naciente. El *kuros*, figura de muchacho característica de la estatuaria griega arcaica, revela una inspiración egipcia : el joven, con su cuerpo hierático y esbelto, está de pie adelantando la pierna izquierda, los brazos pegados al cuerpo y las manos cerradas. Las estatuas de este tipo no sólo imitan la actitud de los personajes egipcios sino que respetan también las reglas tradicionales del arte egipcio, sobre todo el "principio de las proporciones" que sus creadores aplicaban desde hacía más de 2000 años: el cuerpo se dividió primero en 18 cuadrados iguales y después en 21 a partir de la época saíta[3] (siglo VII a.C.), al modificarse el codo, la unidad de medida de longitud. Diodoro de Sicilia relata que en el siglo VI a.C. Teleklés y Theodorus, dos célebres escultores griegos, se inspiraron en esta tradición para levantar una estatua de Apolo, dividiendo el cuerpo en 20 cuadrados y cuarto.

Con el correr de los siglos, los griegos se verán cada vez más envueltos en la historia de Egipto. En 332 a.C. Alejandro Magno conquistaba el país del Nilo. Una nueva dinastía macedonia, los Lágidas, subía al trono y gobernaba el país durante tres siglos aproximadamente. Egipto pasó en ese momento a formar parte del mundo helenístico, que abarcaba la cuenca oriental del Mediterráneo. Alejandría, nueva capital fundada por los griegos, dará un lustre sin precedentes al helenismo gracias a sus escritores, sus geógrafos, sus historiadores, sus arquitectos y sus astrónomos. Cuando el general romano Marco Antonio, aliado de Cleopatra VII, perdió la batalla de Accio en 31 a.C., Egipto se convirtió en una provincia romana. Considerado el granero de Roma, contribuyó a aprovisionar al ejército romano durante sus grandes conquistas.

En el plano religioso, el culto de Isis y de Osiris (en su forma tolomaica de Serapis) y de su hijo Horus-Harpócrates se difundirá ampliamente en el mundo grecorromano. El mito osiriano de la supervivencia del alma en un mundo mejor está muy próximo a la sensibilidad popular pues promete la salvación a todos los hombres, y es una concepción totalmente ajena al culto oficial de las divinidades griegas y romanas. Para los griegos Isis encarna el destino, ya que no ha podido liberarse de la tutela de los dioses, y ello le confiere un poder absoluto. En Roma su culto rivaliza con la religión romana y el culto imperial. Es más, la tríada osiriana prefigura la Trinidad cristiana. Antes del advenimiento del cristianismo, la adoración de Isis cobró una importancia comparable a la que tendrá más tarde el culto de la Virgen.



Foto Mario Carrieri © Menil Foundation, Houston, EUA

▲ **Estatua romana en basalto negro de la diosa egipcia Isis, cuyo culto estaba muy difundido en el mundo grecorromano.**

La mano de Sechat, diosa de la escritura y protectora de las crónicas y los anales reales. Junto con Tot, patrono de los escribas y los letrados, escribía en las hojas del árbol de la vida el nombre y los años de cada rey. Así es como la representa este relieve del trono de Ramsés II (h. 1290-1224 a.C.) en Luxor. ▼



Foto Ross © Rapho, París

El mundo debe también dos inventos a los egipcios: el calendario y el alfabeto.

Al igual que otros pueblos, los egipcios concibieron primeramente un calendario que dividía el tiempo en años lunares y contaba 354 días. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que carecía de rigor suficiente y se adaptaba mal a la organización de su complejo sistema administrativo, por lo que decidieron utilizarlo solamente para celebrar ciertos acontecimientos religiosos. Hacia el tercer milenio antes de nuestra era inventaron un calendario solar compuesto de 365 días divididos en 12 meses y 30 días cada mes, a los que se añadían al final del año cinco días suplementarios o *epagómenos*. Los egipcios sabían que su año contaba seis horas menos que el año solar (365 días y un cuarto) pero durante mucho tiempo no hicieron nada para poner remedio a este desfase. Sólo durante el reinado de los Lágidas se añadió, cada cuatro años, un día al año oficial para que correspondiera al año solar. Este calendario fue adoptado por Julio César y seguido en Roma a partir de 45 a.C. El calendario juliano se utilizó en Europa y en Occidente hasta que, a fines del siglo XVI, el papa Gregorio XIII le introdujera una leve modificación, convirtiéndose así en el llamado calendario gregoriano, vigente desde entonces en el mundo entero.

Desde fines del cuarto milenio antes de Cristo los egipcios inventaron un sistema de escritura que utilizaba signos jeroglíficos, es decir imágenes en vez de letras. Esas imágenes se elegían no por su significado sino por el sonido que representaban.

Sabido es que el alfabeto europeo moderno tuvo su origen en el alfabeto grecorromano, que a su vez arranca directamente del alfabeto fenicio. Cabe preguntarse entonces cuál es el sistema de escritura en que se inspiraron los fenicios. Los textos semíticos más antiguos que se conocen datan del siglo XV a.C. Descubiertos en el Sinaí, contienen vocablos semíticos transcritos con signos que se asemejan a los jeroglíficos. Cabe suponer que esta escritura semítica, con su sistema de sonidos dibujados, se inspiraba en los jeroglíficos y que, tras una evolución de algunos siglos, dio lugar al alfabeto fenicio en el que una sola letra representa a cada sonido. Es pues muy probable que la cuna del alfabeto, una de las conquistas más importantes de la inteligencia humana, fuera Egipto. □

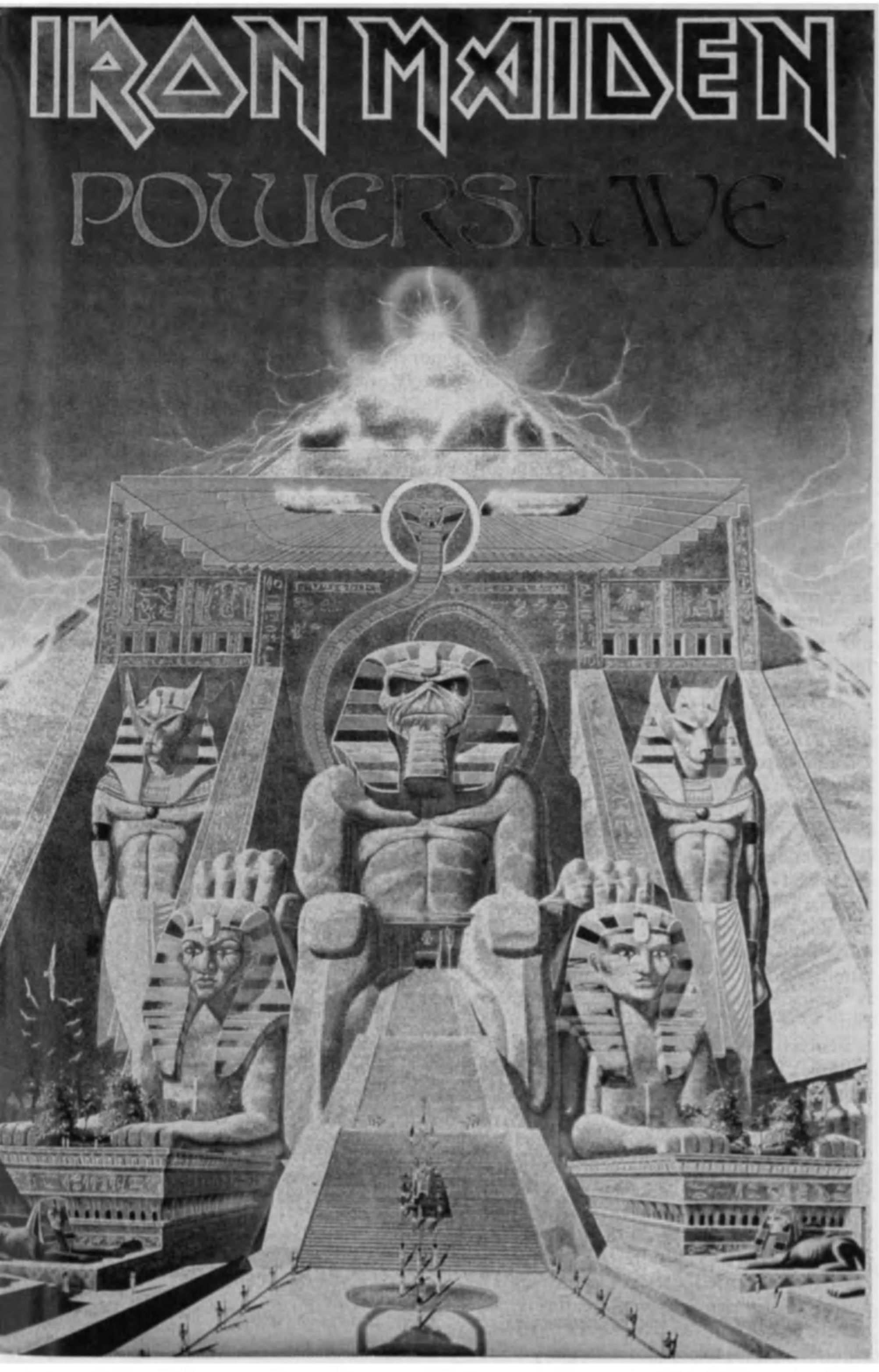
GABALLA ALI GABALLA, egipcio, es profesor de egiptología de la Universidad de El Cairo. Ha sido profesor visitante de la Universidad Mohamed V (Marruecos), de la Universidad de Florida Central (EUA) y de la Universidad de Kuwait. Entre otras obras, ha publicado en inglés *Narrative in Egyptian Art* (La narrativa en el arte egipcio, 1976) y numerosos artículos.

Foto © Derek Riggs-Iron Maiden (Holdings), Ltd., Nueva York

3. Del nombre de la capital, Sais, de la Dinastía XXVI, que reinó en esa época. *(NDLR)*

El arte faraónico y la imaginación moderna

POR RICHARD A. FAZZINI



◀ Esta fantasía egiptizante, que mezcla con teatralidad muchas de las imágenes que hoy van asociadas al antiguo Egipto, es un cartel publicitario de un álbum de discos de un moderno grupo de música rock.

EL sentido de identidad que inspiraba el movimiento nacionalista egipcio se vio reforzado con el redescubrimiento arqueológico del antiguo Egipto, hecho que se refleja en obras como la escultura *El despertar de Egipto*, en parte de inspiración faraónica, de Mahmud Moktar (1891-1934), que se encuentra en El Cairo, y en las primeras novelas alegóricas del escritor moderno Najib Mahfuz que aluden a episodios de la historia de la vieja civilización del Nilo.

Este manera de utilizar elementos de la historia y del arte del antiguo Egipto no habría sorprendido a los faraones de principios del Imperio Nuevo (siglo XVI a.C.) que expulsaron a los hicsos —los llamados "reyes pastores que venían del Este"— y reunificaron el país. Considerándose herederos de los monarcas de los primeros tiempos del Imperio Medio (fines del siglo XXI a comienzos del XX a.C.), época en que Egipto se reunificó tras el derrumbe del Imperio Antiguo, esos faraones establecieron un estrecho paralelismo basado en la religión y el arte antiguos entre ellos y sus "antecesores" del Imperio Medio. En realidad, si bien la antigua civilización egipcia era lo suficientemente evolutiva como para admitir notables transformaciones en el plano artístico, no es menos cierto que podía resistir al cambio con firmeza y lograr una sorprendente continuidad artística pues los conceptos en que se inspiraba permitían que el pasado fuese un modelo válido para el presente.

Esto explica también en parte por qué en el arte egipcio del siglo IV a.C., que comprende las dinastías autóctonas XXIX y XXX (h. 399-343 a.C.), e incluso de después, había una mezcla de elementos tradicionales e innovadores. Entre las características del arte de esa época cabe mencionar una mayor plenitud del estilo figurativo, una tendencia más marcada a mostrar figuras de animales, una representación abundante de imágenes de dioses y de símbolos religiosos y, en general, un empleo de formas decorativas más complejas. Fue este arte egipcio tardío, en particular, el que se extendió por todo el mundo helénico y romano gracias a la difusión de los cultos egipcios. En Italia, y especialmente en Roma, a los objetos importados de Egipto se sumaron otros nuevos inspirados en el arte egipcio que se destinaban a la celebración de cultos que también empleaban elementos no egipcios o a la exaltación de la gloria imperial o que servían simplemente para la decoración de casas y jardines.

Con el ocaso de Roma y el surgimiento de la Cristiandad y del Islam, el antiguo Egipto se vio relegado al reino de lo misterioso, lo desconocido y lo fabuloso. Tal situación perduraba todavía cuando en el Renacimiento empezó a redescubrirse Egipto, ya que lo que impulsaba a quienes se interesaban por la vieja civilización era, entre otras cosas, la idea de establecer una relación entre la doctrina cristiana y la sabiduría o la magia del antiguo Egipto. Además, las principales fuentes renacentistas para el estudio de la

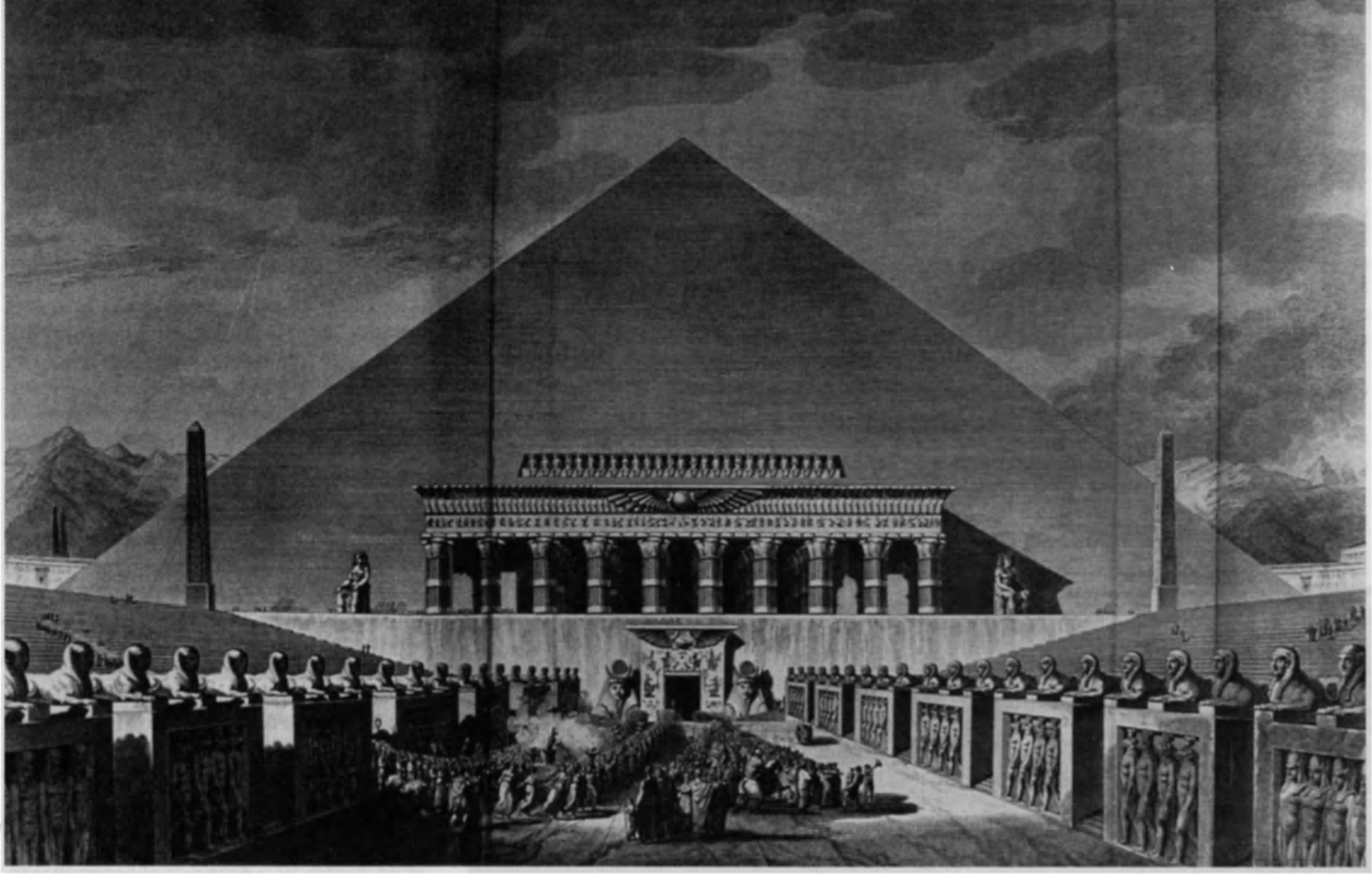


Foto © Fazzini, Nueva York

Arriba, *La gran pirámide*, grabado del pintor y dibujante francés Louis-François Cassas (1756-1827). La composición en su conjunto es una fantasía romántica que combina una pirámide del Imperio Antiguo con un templo de una época muy posterior al que se llega por una avenida bordeada de esfinges tan poco egipcias como el paisaje montañoso que le sirve de telón de fondo. Arriba a la derecha, la pirámide de vidrio y acero que sirve de entrada principal al modernizado Museo del Louvre, de París, construida según los planos del arquitecto norteamericano I.M. Pei y que quedó terminada en 1988.

civilización faraónica eran los objetos egipcios o egiptizantes existentes en Italia o en Roma. Los primeros eran escasamente representativos del antiguo Egipto en general y la medida en que los segundos se ceñían a las normas egipcias era sumamente variable.

Un descubrimiento de particular importancia fue la *Mensa Isiaca*, un objeto egiptizante de bronce y plata del periodo romano con imágenes de divinidades y símbolos egipcios y falsos jeroglíficos. Igual que ocurrió con esculturas como la estatua de estilo clásico egipcio de Antínoo, favorito del emperador Adriano, del siglo II d.C., descubierta en Tivoli en 1740, la *Mensa Isiaca* se convirtió en una fuente de elementos egiptizantes para el arte del Renacimiento. Debido en parte a que se las continuó presentando como referencias ejemplares, tales obras y otros objetos egipcios y egiptizantes de origen romano siguieron influyendo en los estudios sobre Egipto y en el arte egiptizante del mundo occidental, pese al creciente interés que despertó Egipto y al conocimiento directo que se logró tener de esa civilización en el siglo XVII y, sobre todo, en el XVIII. Ahora bien, varios hechos desprovistos de carácter científico trajeron consigo también en el siglo XVIII un mayor interés por el antiguo Egipto y acentuaron la influencia de éste en el arte occidental. Entre ellos cabe mencionar la creciente importancia de la francmasonería, el concepto de lo sublime (la capacidad del arte y de la arquitectura para suscitar reacciones emocionales como el asombro o el pavor) y el afán de grandeza, sencillez y solidez propio del neoclasicismo.

Tales conceptos inspiraron las reconstituciones de templos egipcios realizadas por el pintor y dibujante francés Louis-François Cassas y publicadas en 1799 y los proyectos de vastos monumentos egiptizantes elaborados también en Francia por arquitectos como Etienne-Louis Boullée (1728-1799). Igualmente importantes, pero de un estilo muy diferente, son los dibujos de extravagantes salas y chimeneas de estilo egiptizante del grabador y arquitecto italiano Giambattista Piranesi, publicados en 1769. Basados en buena medida en el arte egipcio tardío o romano egiptizante, constituyen un intento capital de crear un estilo egiptizante en lugar de emplear motivos individuales. En efecto, Piranesi fue uno de los primeros en apreciar la belleza decorativa del arte egipcio más allá de sus elementos de majestad o de misterio. De ahí que Europa estuviera ya familiarizada con el antiguo Egipto cuando la campaña que Bonaparte llevó a cabo entre 1798 y 1801 en el país del Nilo centró la atención del mundo en la vieja civilización faraónica y fue el comienzo de sucesivos rebrotes de un interés por ella que nunca ha desaparecido totalmente.

Con la expedición napoleónica se inició también el redescubrimiento arqueológico de Egipto, que permitió a los especialistas reconstituir con una exactitud mucho mayor la historia y la civilización del país y comprender y valorar las manifestaciones artísticas de sus distintas épocas. También hizo posible una presentación más fiel de los elementos egiptizantes en la literatura, el arte, la arquitectura, los decorados teatrales y otras manifestaciones. Sin embargo, este fenómeno no se produjo de la noche a la mañana; por ejemplo, la figura de la fuente egiptizante de la calle de Sèvres en París, que data de 1808, se basa en la estatua de Antínoo descubierta en 1740. Aunque otros modelos egipcios muy anteriores pero encontrados después aparecieran ahora junto a los más recientes ya conocidos desde antiguo, no consiguieron sin embargo suplantar a éstos porque son los estudiosos y no los artistas los



Foto © Staatliche Sammlung Ägyptischer Kunst, Munich



Foto El Correo de la Unesco

Abajo a la izquierda, este torso romano de Antínoo, favorito del emperador Adriano (siglo II), se inspira en el arte egipcio antiguo. Divinizado por el emperador después de morir ahogado en el Nilo, Antínoo está representado como una encarnación de Osiris. Abajo, la figura de la fuente construida en 1808 en la calle de Sèvres, en París, se basa en uno de los numerosos ejemplares de esas estatuas de Antínoo que han llegado hasta nosotros.
▼



Foto El Correo de la Unesco

que intentan lograr una reconstitución completa y fiel de las civilizaciones antiguas.

Son varios los factores, no siempre nuevos, que han permitido en el siglo XX conocer y apreciar mejor el antiguo Egipto y sus manifestaciones artísticas, a saber: los descubrimientos arqueológicos (en especial el de la tumba de Tutankhamón), las exposiciones de arte egipcio (algunas de las cuales, como la de los tesoros de Tutankhamón, han suscitado un renovado interés por lo egipcio), el incremento del turismo en Egipto, el aumento de la educación y el mayor respeto de Occidente por el arte no occidental. Al igual que en el siglo XIX, el arte egipcio sigue influyendo en las obras de arquitectos, artistas y diseñadores que, pese a su interés por ese arte, no caen en una imitación servil.

Ahora bien, otros aspectos reales o imaginarios de la cultura del antiguo Egipto siguen fascinando a Occidente y ejerciendo una influencia en su cultura. A decir verdad, aun antes de la edad de oro de las superproducciones cinematográficas hubo obras teatrales, óperas (*Aida*, en particular), novelas históricas y hasta relatos fantásticos y de terror (los temas egipcios aparecieron en el siglo XIX mucho antes de que se difundiera por el mundo la noticia de la "maldición" de la tumba de Tutankhamón) que presentaban al público una imagen más o menos fiel de la cultura egipcia. También ha estado presente su influencia en la publicidad y en los embalajes de diversos artículos, en especial los cigarrillos y los productos de belleza.

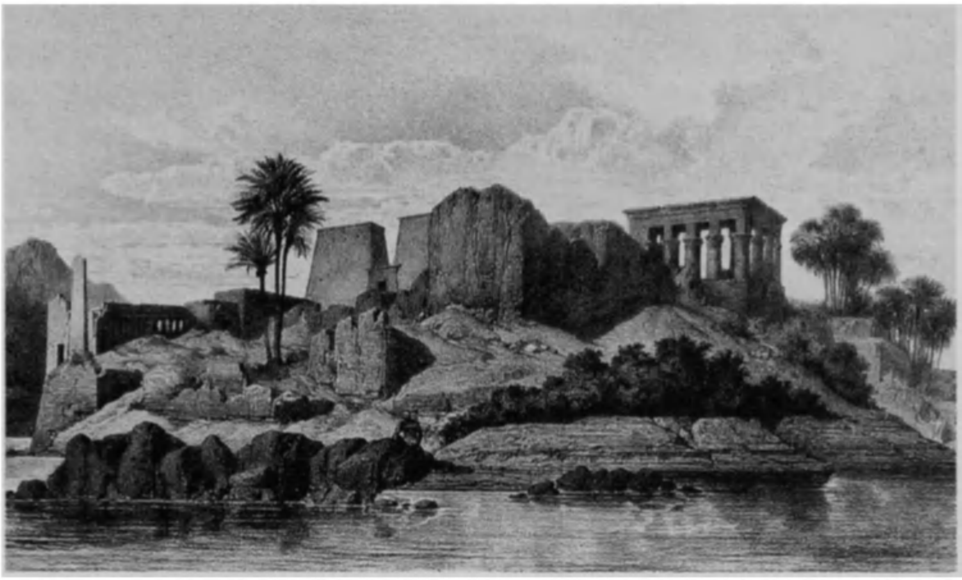
Efecto a la vez que causa del interés por el antiguo Egipto, Hollywood y sus imitadores utilizaron desde un principio, con un grado muy variable de fidelidad histórica y artística, espectáculos basados en temas egipcios aptos para fascinar a un vasto público. Otra influencia decisiva sobre la percepción popular justa o errada del antiguo Egipto y de su arte proviene de la televisión, de las historietas ilustradas norteamericanas (que no siempre van dirigidas solamente a los niños) y sus homónimas francesas más elaboradas. En algunas de estas últimas alternan dibujos muy precisos sobre el Egipto actual con representaciones sumamente vívidas de su civilización pretérita.

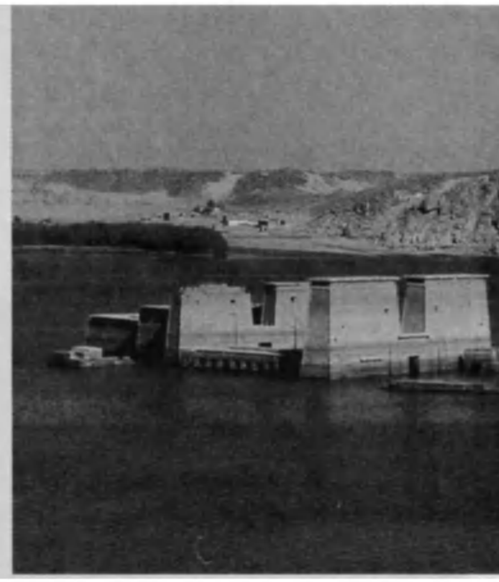
Los modernos medios de comunicación, herederos no sólo de la tradición de Hollywood sino de las obras de los siglos XVIII y XIX, perpetúan mitos antiguos y modernos sobre Egipto como el de que sus orígenes se remontan a la Atlántida, el de la influencia de seres extraterrestres o el del "poder de las pirámides".

Un ejemplo elocuente de la importancia de los temas egipcios en los medios populares de comunicación es el cartel y la portada del álbum de discos *Powerslave* del grupo Iron Maiden. Habría sido imposible diseñarlos sin conocer los templos de Abú Simbel que la Unesco ha dado a conocer ampliamente gracias a su campaña para salvar los monumentos de Nubia. Sin embargo, no se trata realmente de una representación de Abú Simbel sino de una fantasía teatral egiptizante que recoge muchas de las imágenes que el hombre moderno asocia con esa vieja civilización.

Una cosa parece cierta: es posible que llegue a conocerse y a comprenderse mejor el antiguo Egipto y sus manifestaciones artísticas, pero el país de los faraones, del que Herodoto, el historiador clásico griego, decía: "Se encontrarán aquí más monumentos indescriptibles que en ninguna otra parte del mundo", seguirá siendo una fuente de fascinación y de ensueños que sólo en cierta medida reflejarán la antigua realidad. □

RICHARD FAZZINI, norteamericano, es conservador de arte egipcio, clásico y del Oriente Medio del Museo de Brooklyn. Egiptólogo especializado en arte del antiguo Egipto, es también arqueólogo y dirige las excavaciones del Museo de Brooklyn en el recinto del templo de la diosa Mut en el sur de Karnak.





Fotos Unesco/Alexis Vorontzoff

De la campaña de Nubia a la Biblioteca de Alejandría

La Unesco y el salvamento de los tesoros egipcios

POR GAMAL MOJTAR

LA Campaña para Salvar los Monumentos de Nubia ha sido la manifestación más palpable del interés de la Unesco por el antiguo Egipto, y el éxito con que se llevó a cabo es la prueba más evidente de lo que puede conseguirse en el plano de la cooperación cultural y la conservación del patrimonio gracias al entendimiento internacional y a la solidaridad mundial.

En cuanto el gobierno egipcio empezó a estudiar un proyecto de construcción de una gran presa al sur de la ciudad de Asuán con objeto de desarrollar y modernizar la economía del país, proyecto cuya ejecución decidió en 1954, se puso de manifiesto que Egipto y Sudán tenían que afrontar un grave problema cultural: en las aguas del inmenso lago artificial que iba a formarse detrás de la gran presa quedarían sumergidos decenas de templos y lugares arqueológicos de Nubia. El lago, con una anchura de 25 km en algunos puntos, se extendería por más de 300 km en la parte egipcia de Nubia y por unos 200 km en la parte sudanesa.

Dos ejemplos bastan para hacerse una idea de la magnitud del problema. El primero son los dos templos de Abú Simbel, a 270 km al sur de Asuán. La base del de mayores dimensiones se encontraba a 124 metros sobre el nivel del mar y a 122 la del más pequeño. Estos templos estaban ubicados aguas arriba de la antigua presa de Asuán, construida a principios de siglo, pero como el nivel del agua embalsada nunca sobrepasaba los 121 metros, se hallaron siempre a salvo. Ahora bien, la construcción de esa gran presa iba a hacer elevarse el nivel del agua hasta 182 metros, es decir, 62 metros más que el nivel máximo de agua de la antigua presa, con lo que ambos templos quedarían totalmente sumergidos.

El otro ejemplo son los templos de la isla de Filae, a 104 metros por encima del nivel del mar, al sur de la antigua presa y al norte de la nueva. Estos templos estaban la mayor parte del año sumergidos casi por completo en las aguas de la vieja presa de Asuán. Con la construcción de la gran presa (cuyo embalse no afectaría directamente a los templos por encontrarse éstos aguas abajo), iba a descender el nivel del antiguo embalse, oscilando diariamente entre los 102 y los 110 metros por la salida de las aguas para generar electricidad. Dicho de otro modo, el agua sólo inundaría en parte los edificios, pero las oscilaciones del nivel del agua supondrían un mayor riesgo para la piedra de los mismos que su total y permanente sumersión.

Así pues, en virtud del proyecto los gobiernos de Egipto y Sudán debían afrontar una gran responsabilidad con respecto al antiguo reino de Nubia, estrechamente vinculado con Egipto a lo largo de su historia,

La operación de cortar de la roca original los dos ▶ templos rupestres de Abú Simbel y de reconstituir el sitio y los santuarios, con una orientación exactamente igual pero 64 metros más arriba y 180 metros más atrás, figuran entre los logros más espectaculares de la Campaña Internacional para Salvar los Monumentos de Nubia lanzada por la Unesco en 1960. En el dibujo inmediato, el gran templo con los colosos sentados (a la izquierda) y el templo pequeño (a la derecha) están protegidos del Nilo por un gran dique. Detrás del gran templo se ha vaciado la montaña para desmontar las salas interiores. En la foto de la derecha, los templos tal como se reconstruyeron en un nivel más elevado inaccesible a las aguas. Dos grandes cúpulas de cemento recubiertas de rocas y de arena reproducen la forma inicial de la montaña. Las obras se concluyeron en 1968.

Foto © Hochtief, Essen, Rep. Fed. de Alemania





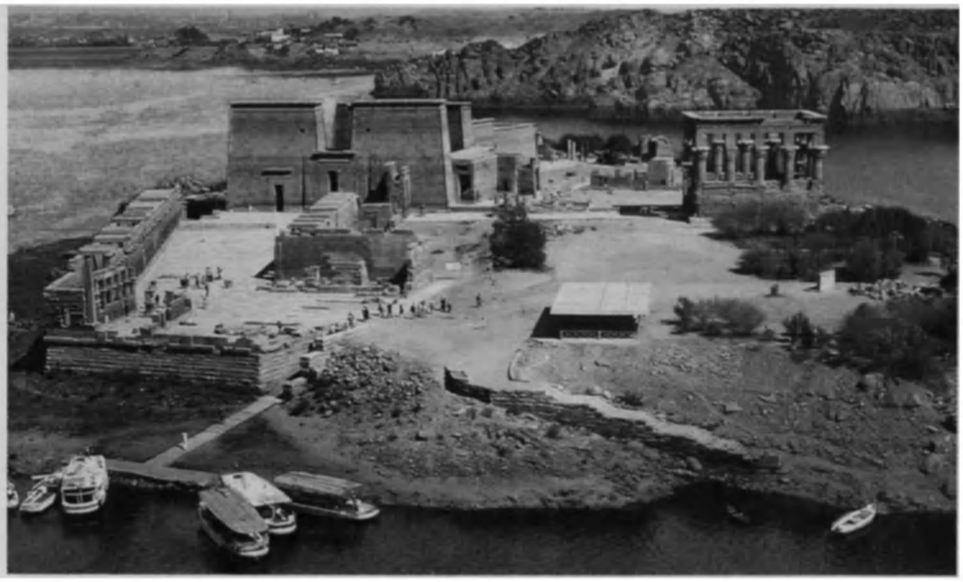


Foto © Patzelt, Photo Shaya, Munich, Rep. Fed. de Alemania

▲ **El salvamento de los templos de Filae constituyó la última etapa de la Campaña Internacional para Salvar los Monumentos de Nubia. Los templos, dedicados al culto de Isis, estaban todavía casi intactos en el siglo XIX, como puede observarse en el grabado de la izquierda, que data de esa época. Comenzaron a estar amenazados a principios de siglo cuando se construyó aguas arriba la primera presa de Asuán. Después de 1934, al darse mayor altura a la presa, la isla y los templos quedaron sumergidos bajo las aguas represadas durante buena parte del año. En el centro, vista del templo de Isis y del quiosco de Trajano sumergidos a medias en las aguas del Nilo. En 1960, como la construcción de la gran presa de Asuán entrañara una amenaza de desaparición definitiva de los templos, se decidió desmontarlos y transportarlos a la vecina isla de Agilkia, que se acondicionó para que se asemejara a Filae. Las obras indispensables se iniciaron en 1972 y se concluyeron en 1979. Arriba, los monumentos reconstruidos en su nuevo emplazamiento.**

sobre todo durante el periodo faraónico, razón por la cual hubo de ser el escenario de una intensa actividad arquitectónica, orientada fundamentalmente a la construcción de templos, fortificaciones y baluartes para proteger las rutas del comercio y mantener la paz. En distintos periodos se edificaron ciudades, cementerios y tumbas, de los que han llegado hasta nosotros un número incalculable de estelas, relieves e inscripciones en piedra, por no hablar de todos los vestigios del pasado que aun no han sido desenterrados.

Ante un problema de esta índole, el gobierno egipcio recurrió a la Unesco el día 6 de abril de 1959, solicitando que le prestara asistencia material, técnica y científica para estudiar y ejecutar los proyectos necesarios a fin de salvar los monumentos de Nubia. Justificaban esta solicitud la envergadura y el costo de la empresa, así como el hecho de que esos monumentos formaban parte del patrimonio de toda la humanidad y eran pues importantes para el mundo entero. Se estimó, además, que la Unesco tenía una función esencial que cumplir en la conservación y la salvaguardia del patrimonio mundial y que era la única organización internacional capaz de obtener los medios financieros y la colaboración de los especialistas y técnicos de todo el mundo que se precisaban para llevar el proyecto a término. El gobierno de Sudán presentaba a la Unesco unos meses después otra solicitud en el mismo sentido.

La respuesta de la Organización consistió en lanzar dos grandes llamamientos internacionales. El primero de ellos lo hizo el Director General el 8 de marzo de 1960; el segundo, relativo más concretamente a la necesidad de rescatar los templos de Filae, lo lanzó el 6 de noviembre de 1968. En ambos el Director General instaba a los gobiernos, a los organismos públicos y privados y a toda fuente potencial de ayuda a prestar asistencia financiera, técnica y científica para salvar los monumentos de Nubia.

La campaña se inició con las siguientes actividades arqueológicas:

1. Una catalogación exhaustiva de los monumentos de Nubia, meticulosamente establecida por el Centro de Documentación y Estudio de la Historia del Arte y la Civilización del Antiguo Egipto, con sede en El Cairo y creado en 1955 en virtud de un contrato de cooperación entre la Unesco y el gobierno de Egipto para documentar los monumentos egipcios con sus inscripciones y relieves. Egipto financiaba la creación del Centro mientras la Unesco proporcionaba los expertos y el equipo.

2. Una investigación arqueológica de Nubia para hacer el inventario de todas las zonas y lugares de interés que quedarían inundados y determinar en cuáles no se habían llevado aun a cabo excavaciones. A continuación, más de setenta misiones arqueológicas procedentes de veinticinco países efectuaron excavaciones en las zonas que las aguas iban a invadir.

3. El rescate de más de veinte templos, tanto en Egipto como en Sudán, entre ellos :

Los dos templos de Abú Simbel, excavados en la roca. Se recibieron numerosas propuestas y se realizaron minuciosos estudios en el terreno. Finalmente se optó por desmontar los templos por piezas y vólver a edificarlos bajo una cúpula artificial en el mismo emplazamiento en que se encontraban, pero elevándolos a 60 metros. La inauguración tuvo lugar en 1967.

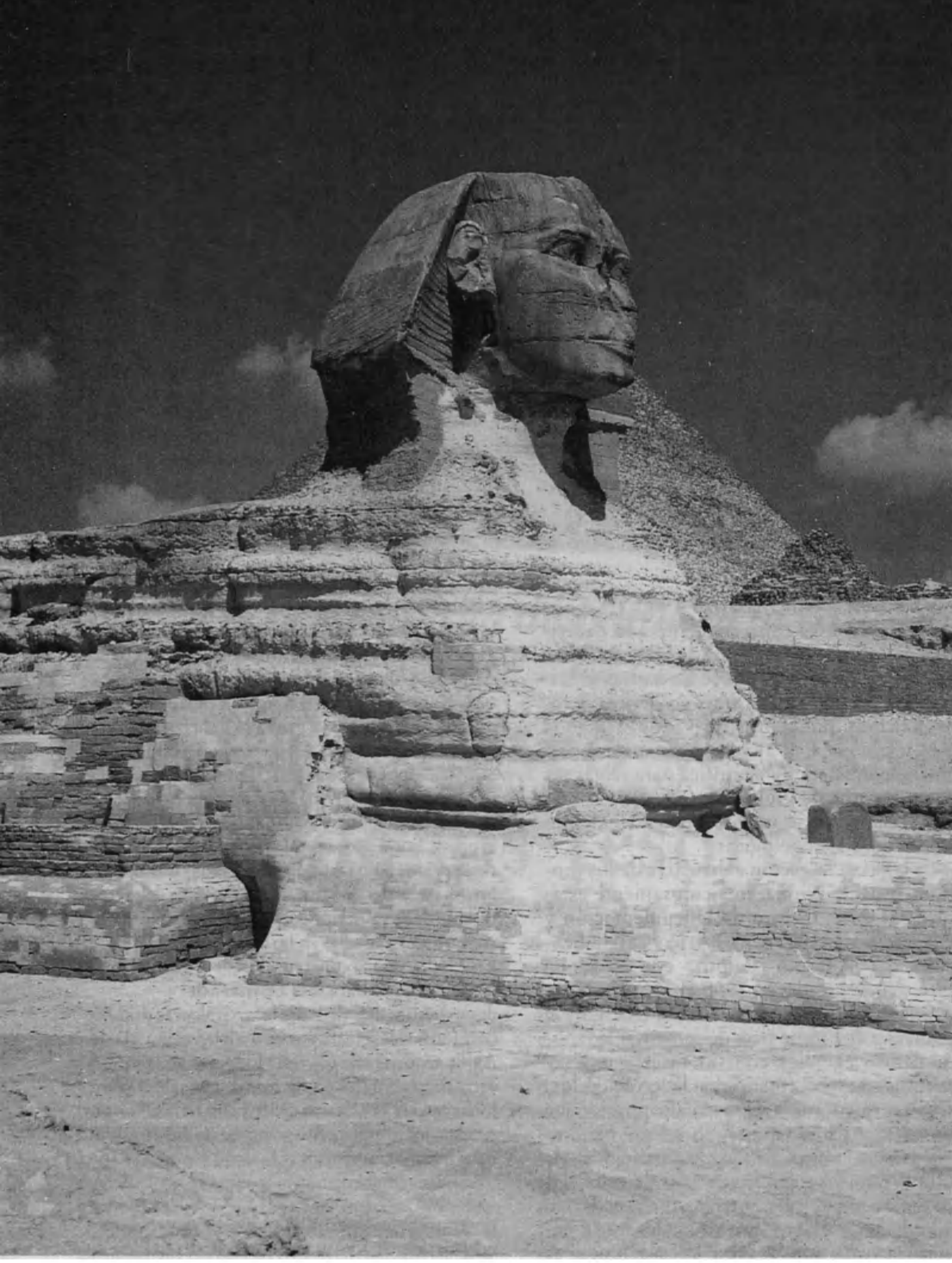
Los templos de Filae. Se presentaron varios proyectos de salvamento, encargándose de la ejecución del que fue seleccionado varias empresas egipcias e italianas que desmontaron los templos y los montaron de nuevo en la vecina isla de Agilkia, tras preparar y nivelar el terreno. En 1980 se celebraron fiestas espectaculares con motivo de la terminación del proyecto y de la feliz conclusión de la campaña para salvar el patrimonio de Nubia. (Ver *El Correo de la Unesco* de marzo de 1980.)

Otros muchos monumentos religiosos, estelas y relieves que, además de todos los templos, hubo que desmontar, transportar y volver a montar en un lugar más elevado, a salvo de las aguas del nuevo embalse, bautizado con el nombre de Lago Nasser. De todas estas actividades de rescate se ocupó el Ministerio de Antigüedades de Egipto, con la excepción del templo de Kalabsha, rescatado por la República Federal de Alemania, y de una parte del templo de Amada, de la que se encargó Francia, trasladándolo a lugar seguro sobre rieles hasta un emplazamiento próximo.

Así se salvaron para la posteridad los monumentos de una región muy vinculada con



Foto Unesco/Dominique Roger



La gran esfinge en peligro

◀ Este coloso en forma de león tumbado con cabeza humana, esculpido en la roca al pie de las grandes pirámides de Gizeh para guardar la tumba del faraón Kefrén (h. 2520-2494 a.C.), hijo y sucesor de Keops que hizo representar en la estatua sus rasgos, está amenazado tanto por la erosión como por las intemperies y el ascenso de las aguas subterráneas con un alto grado de salinidad. En el pasado mes de febrero un bloque de piedra de cerca de 300 kg se desprendió de su hombro izquierdo partiéndose en dos trozos. El Ministro de Cultura de Egipto hizo un llamamiento a la Unesco pidiéndole ayuda para salvar este monumento que figura, junto con los demás de Gizeh, entre los bienes culturales de valor universal inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial. El Director General de la Unesco, que visitó recientemente el sitio y pudo darse cuenta de la magnitud de los daños, declaró que la Unesco estaba dispuesta a aportar su contribución al salvamento de la esfinge.

el Egipto de los Faraones. Durante miles de años se habían mantenido en pie como símbolo extraordinario de las conquistas del hombre en una tierra aislada, árida e inhóspita, y son en la actualidad un exponente sin par de las posibilidades que ofrecen la ciencia y la técnica modernas para salvar el patrimonio que nuestros antepasados nos han legado.

La salvaguardia de los monumentos de Nubia fue un hito en la historia de la Unesco, ya que para ésta supuso embarcarse en la empresa cultural y científica más ambiciosa de toda la historia de la humanidad. Su éxito sin precedentes fue el fruto de una estrecha cooperación entre todas las partes interesadas durante un lapso de casi veinte años. La victoria se alcanzó gracias al decidido empeño de los gobiernos de Egipto y Sudán en salvar su patrimonio cultural, a la generosidad de los estados miembros de la Unesco y al entusiasmo y los conocimientos de cuantos participaron en el rescate mismo, en especial los arqueólogos, arquitectos, ingenieros y expertos que aunaron sus esfuerzos bajo la égida de la Unesco.

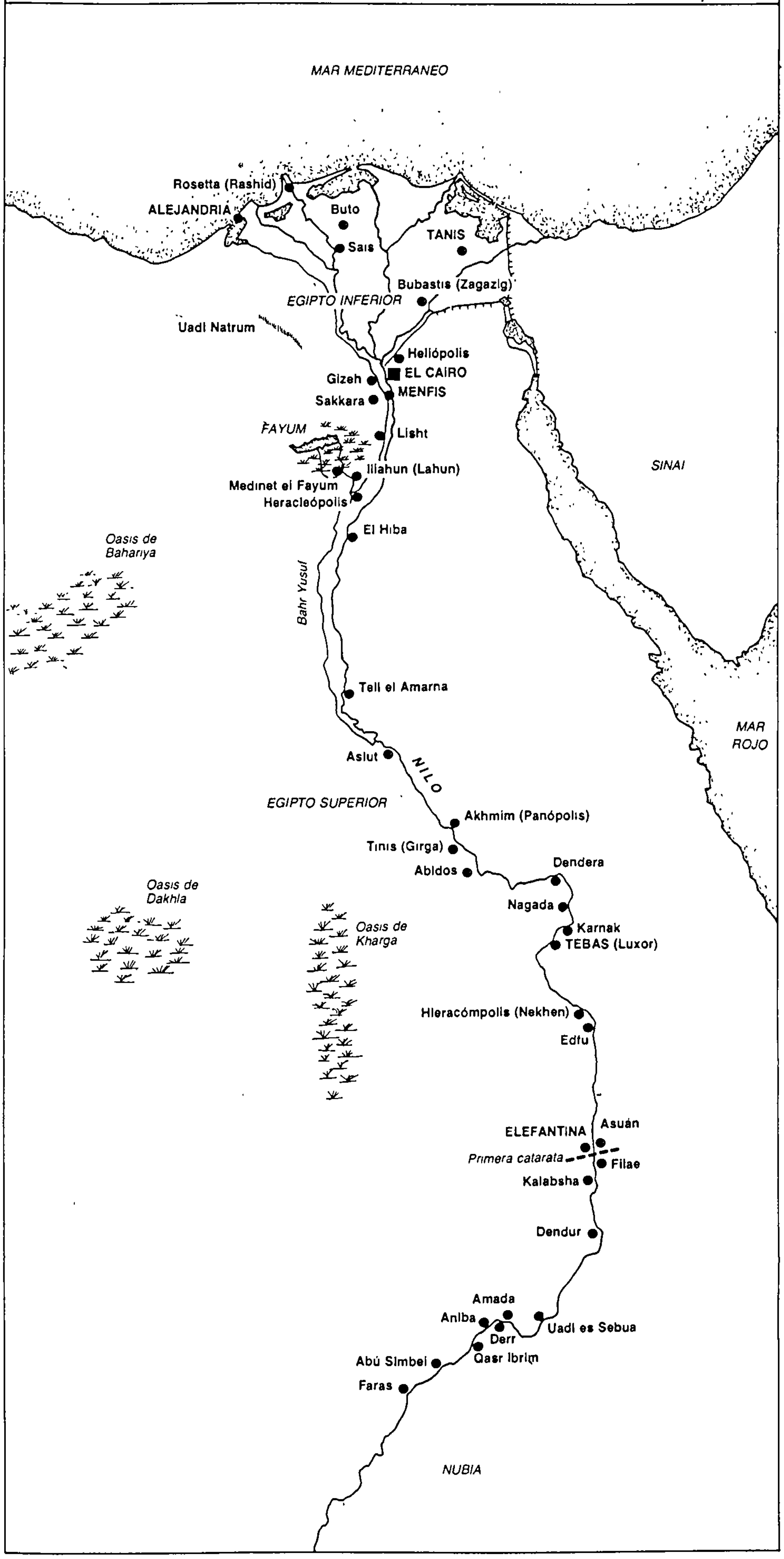
La Organización ha contribuido también por otros medios a difundir y preservar el patrimonio del antiguo Egipto. Se trata, entre otras cosas, de:

- la ampliación de los servicios de algunos museos, en particular el Museo Egipcio de Antigüedades Faraónicas de El Cairo;
- la conservación y restauración de lugares arqueológicos faraónicos y musulmanes, como las Pirámides, la ciudad de Luxor y diversos monumentos islámicos de El Cairo;
- la inscripción de una serie de antigüedades egipcias en la Lista del Patrimonio Mundial;
- la asistencia prestada para la publicación de los manuscritos coptos de Nag' Hammad, conocidos con el nombre de "Los códices gnósticos";
- el lanzamiento en 1982 de una Campaña Internacional para la creación del Museo de Nubia en Asuán y del Museo Nacional de las Civilizaciones Egipcias en El Cairo, y toda la asistencia financiera, técnica e informativa necesaria para alcanzar los objetivos fijados. El Museo Nacional tiene por objeto presentar las civilizaciones egipcias desde la prehistoria hasta nuestros días. Las exposiciones del Museo de Nubia recogerán los aspectos geológicos, geográficos, ecológicos, etnográficos y artísticos de esa tierra y la totalidad de su historia y de su arqueología. El Museo contará también con un centro de investigaciones para el estudio de todas las cuestiones relacionadas con Nubia y sus vinculaciones con el resto de Africa, pues en su día fue una importantísima encrucijada de intercambio de influencias culturales entre el Mediterráneo y Africa.
- el apoyo prestado al proyecto de resurrección de la antigua Biblioteca de Alejandría[1], centro de sabiduría en el que se cultivaron los científicos y filósofos del mundo griego cuando Alejandría era uno de los emporios mundiales de la sabiduría y de la ciencia. La Unesco, que ha solicitado contribuciones para sufragar los gastos de construcción y donativos de equipo básico, ha ofrecido también su ayuda para planificar este ambicioso proyecto, que estará terminado a fines de siglo. □

1. El proyecto de la Biblioteca de Alejandría será el tema de un artículo que aparecerá en el número de noviembre de este año de *El Correo de la Unesco* (NDLR).

GAMAL MOJTAR, arqueólogo egipcio, ha sido Director del Servicio de Antigüedades de su país. Es autor de numerosas obras sobre historia del antiguo Egipto y dirigió la preparación de *Antiguas civilizaciones de Africa* (1984), volumen II de la *Historia General de Africa* publicada por la Unesco. Los redactores de *El Correo de la Unesco* agradecen la valiosa colaboración prestada por el Dr. Mojtar para la elaboración del presente número.

Principales sitios arqueológicos del antiguo Egipto



El Correo

Una ventana abierta al mundo

Revista mensual publicada **en 35 idiomas** por la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
Se publica también trimestralmente en **braille**, en español, inglés, francés y coreano.

Redacción y distribución:
Unesco, Place Fontenoy, 75700 París.

Redacción (en la Sede, París):
Secretaria de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Francisco Fernández-Santos, Miguel Labarca
Francés: Alain Lévêque, Neda el Khazen
Inglés: Roy Malkin, Caroline Lawrence
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmudi
Braille:
Documentación: Violette Ringelstein
Ilustración: Ariane Bailey
Composición gráfica: Georges Servat
Relación con las ediciones fuera de la Sede: Solange Belin
Ventas y suscripciones: Henry Knobil
Proyectos especiales: Peggy Julien

Ediciones (fuera de la Sede):
Ruso: Georgi Zelenin (Moscú)
Alemán: Werner Merkli (Berna)
Japonés: Seiichiro Kojimo (Tokio)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Ram Babu Sharma (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo: Alexander Broido (Tel-Aviv)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Río de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Abdul Manaf Saad (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung-Gil (Seúl)
Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar es-Salam)
Croata-serbio, esloveno, macedonio y serbio-croata: Bozidar Perkovic (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Pekín)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiu (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasckara Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Lina Svenzén (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)
Vietnamita: Dao Tung (Hanoi)
Pashtu: Nasir Seham (Kabul)
Hausa: Habib Alhassan (Sokoto)

Tarifas de suscripción:
1 año: 90 francos franceses (España: 2.385 pesetas IVA incluido).
Tapas para 12 números (1 año): 62 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 85 francos.

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

Imprimé en France (Printed in France)
Dépôt légal : C1 - Septembre 1988
Photogravure-impression : Maury-Imprimeur S.A., Z.I. route d'Etampes, 45330 Malesherbes.

ISSN 0304-310X
Nº 9 - 1988 - OPI - 88 - 3 - 460 S

